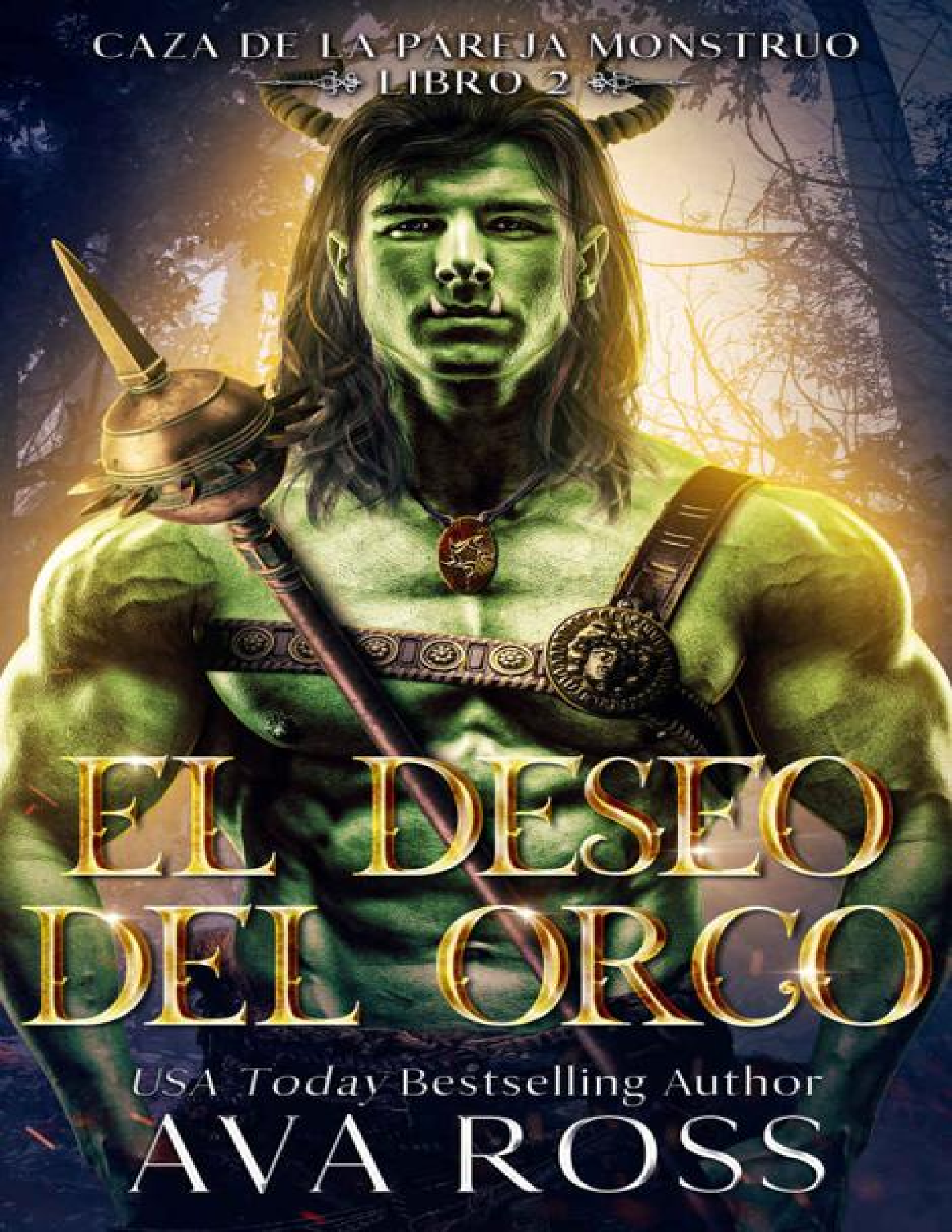
CAZA DE LA PAREJA MONSTRUO

LIBRO 2



EL DESEO DEL ORCO

USA Today Bestselling Author

AVA ROSS

EL DESEO DEL ORCO

CAZA DE COMPAÑERAS PARA MONSTRUOS LIBRO 2

AVA ROSS

ENCHANTED STAR PRESS, LLC

EL DESEO DEL ORCO

Caza de Compañeras para Monstruos Libro 2

Clan Azuris

Copyright © 2023 Ava Ross

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, salvo el uso de citas breves con aprobación previa. Los nombres, personajes, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, es pura coincidencia.

Arte de portada: Germancreative

Edición: JA Wren y Owl Eyes Proofs & Edits

Editado en español por Javier López de Lérida.

avarosswrites.com avarosswrites(dot)com

Suscríbete a mi newsletter aquí

ÍNDICE

El Deseo Del Orco

Prólogo
1. Rhoslyn
2. Jaus
3. Rhoslyn
4. Jaus
5. Rhoslyn
6. Jaus
7. Rhoslyn
8. Rhoslyn
9. Jaus
10. Rhoslyn
11. Jaus
12. Rhoslyn
13. Jaus
14. Rhoslyn
15. Jaus
16. Rhoslyn
17. Jaus
18. Rhoslyn
19. Jaus
20. Rhoslyn
21. Jaus
22. Jaus
23. Rhoslyn
24. Jaus
25. Jaus
26. Rhoslyn
27. Rhoslyn
28. Jaus
29. Rhoslyn
30. Jaus
31. Rhoslyn

32. Jaus
33. Rhoslyn
34. Jaus
35. Rhoslyn
36. Jaus
37. Rhoslyn
38. Jaus
39. Rhoslyn
40. Jaus
41. Rhoslyn
42. Jaus
43. Epílogo

El Destino Del Orco
Acerca del Autor

Para mi propio héroe especial,
mi esposo, Rusty.

EL DESEO DEL ORCO

La noche de la Caza de Compañeras de Monstruos, seré reclamada como la novia de un orco.

Rhoslyn: Cuando mi hermana es elegida para la Caza de Compañeras de Monstruos, un evento anual en el que dos mujeres deben sacrificarse a los orcos por el bien de todos, me ofrezco en su lugar. Los orcos me persiguen mientras corro por el bosque. Me captura el rudo y gruñón comandante Jaus, quien espera que cocine, limpie y, además, duerma en su habitación cada noche, a pesar de insistir en que no quiere una compañera.

Entonces, algo cambia, y su oscura y tormentosa mirada se vuelve hacia mí...

Jaus: Rhoslyn es hermosa, está furiosa y está decidida a no ser mi esposa. La llevo a mi hogar en la ciudad de los orcos, y en poco tiempo anhelo lo que no merezco: una compañera y una vida llena de felicidad. Cuando la ciudad es atacada y su vida corre peligro, destruiré todo con tal de protegerla. Voy a derrotar a nuestro enemigo y luego haré que Rhoslyn sea mía.

El deseo del orco es el libro 2 de la serie *Caza de Compañeras de Monstruos*. Aquí encontrará compañeros predestinados, familias

encontradas, una marcada diferencia de tamaño y un héroe con la actitud de "la tocas y mueres". Cada libro es auto conclusivo, pero la serie se disfruta mejor en orden.

Libros en Orden:
La Pareja del Orco (Precuela)
El Deseo del Orco
El Destino del Orco
La Doncella del Orco
La Cautiva del Orco
El Sometimiento del Orco

PRÓLOGO

Términos, Personajes e Información General de Caza de Parejas para Monstruos

La Pareja del Orco (ocurre 5 años antes de El Deseo del Orco):

Clan Zephyr: Aire. El colgante es un disco circular formado por remolinos que representan el aire y el agua.

Personajes: Odik Brunellon, Eleri. Sus hijos: Zur, Yusta.

Birgid: mujer que se burla de Eleri y asesinó a Zur, el cazador que crió a Eleri.

Cassatine: comadrona orca.

Crikin: padre de Dakur.

Drabass: hombre del clan de Odik.

Madine: orca anciana; la guardiana de las historias del clan.

Trilden: amigo de Odik.

Zarran: vox de Odik.

Zur: hombre anciano que adoptó a Eleri. Le ponen el nombre de él a su hijo.

El Deseo del Orco, Libro 1

Clan Azuris: Agua/Mareas. Medallón: espirales metálicas con picos que representan las olas.

Personajes:

Rhoslyn, Jaus Kreedaull, Shirra: su hija.

Arkest: el sanador más antiguo y venerado.

Eamon: alcalde del pueblo que quiere a Rhoslyn para sí mismo.

Feyla: vox femenina de Jaus.

Kael: guardia mayor.

Rey Surled: padre de Jaus y Madr.

Liall: orco mayor que maneja una tienda de hierbas en la ciudad orca.

Lyneth: hermana de Rhoslyn; casada con Sveth.

Mastivule: jefe de los guardias del reino.

Viskeete: orco algo grosero.

El Destino del Orco, Libro 2

Clan Lumen: sol/montañas. Medallón: con forma de sol, representa las montañas y los cielos de arriba.

Personajes:

Madr Thourand, Lyneth.

Brakkis: vox de Madr.

Finsteg: macho del Clan Matis que desafía a Madr.

Grock: macho del Clan Azuris que guarda a Lyneth y es asesinado.

Kael: guardia mayor del pueblo, amigo de Lyneth.

Milllamay: shayde que Dakur crió.

Pulost: macho del Clan Matis que desafía a Madr.

Riank: primo de Madr que desea gobernar.

Sessavia: hembra del Clan Matis, recibe a Lyneth.

Taen: shayde que Dakur crió.

Tenkaril: madre de Madr, adoptó a Zickar; mujer sabia que "ve" cuando toca a alguien.

Tescall: hermano menor y aliado de Riank.

La Doncella del Orco, Libro 3

Clan Matis: bosque. Medallón: picos del sol como rayos de sol atravesando el dosel.

Personajes:

Zickar, Alwen, su hijo: Ferrin.

Bredar: hermano de Alwen.

Brillie: hembra de Flazant.

Creea: hermana de Alwen.

Dillu: macho de Flazant.

Loobek: macho orco que fue a buscar a Dakur.

Mavileen: mujer humana, líder de la aldea en el borde del bosque.

Nayleen: hermana de Alwen.

Noul: uno de los tres shaydes que Dakur crió.

Pirrah: anciano de Flazant.

Roolina: madre de Alwen.

Rusket: macho orco mayor.

Trillie: hembra de Flazant.

Ulong: orco herrero.

Villadeer: hembra de Flazant.

Wambak: macho de Flazant.

La Cautiva el Orco, Libro 4

Clan Matis

Personajes:

Dakur, Nia

Brunt: hermanastro de Nia.

Kengart: jefe de los guardias de Brunt.

Lianire: segundo al mando de Brunt.

Veegar: hombre humano, cocinero.

Woobedon: aldea de Nia construida en medio del vasto desierto, cerca de un oasis.

El Sometimiento del Orco, Libro 5

Clan Ember: desierto/fuego.
Colgante: llamas disparándose hacia el cielo.
Personajes:
Turren, Kaila
Airest: vox de Turren.
Brunnen: hermano menor de Kaila.
Daskin: segundo al mando de Turren.
Ferella: orca femenina, Clan Ember.
Gromget: juego orco que es una mezcla de fútbol y fútbol americano.
Jabon: jefe de Kaila en la aldea.
Nuark: orco adolescente que vive en el Clan Ember.
Reven: orco adolescente que vive en el Clan Matis.
Sianna: cría orca.
Urlain: anciano del Clan Ember.
Varalar: herrera femenina en la aldea.

Historia de los Vox: Criaturas aladas criadas en el Clan Ember y vinculadas con los orcos. Se forman dentro de una semilla y, cuando salen, se vinculan con la persona más cercana. En tiempos antiguos, esta era su madre o su padre, pero ahora todos los machos y hembras elegibles viajan al Clan Ember para estar presentes durante el nacimiento. El orco vinculado permanece con el recién nacido el tiempo suficiente para que el vox crezca para volar, alimentándolo y acicalándolo para que reconozca su toque y su olor. Anidan cerca del orco vinculado, pero regresan al territorio del Clan Ember cada tres años cuando están listos para procrear.

Términos Generales
Ashenclaw: criatura similar a un lobo
Aspest berries: encontradas en la isla de Odik, se pueden añadir al té
Avestilar: grandes aves que anidan en lo alto del dosel

Boolong: criatura parecida a una vaca salvaje

Brugel: carne similar a tocino

Caedos: líder de un clan

Chall: similar a un gato; sus crías se llaman kits

Cheerish: tipo de ave

Clik: distancia; aproximadamente una milla

Daphoon: criatura marina parecida a un delfín

Doonet: una tela ligera hecha de una planta.

Dresalod: enormes y feroces criaturas marinas similares a cangrejos que atacan la ciudad orca.

Elkern: criatura tímida, similar a un ciervo.

Árboles Effervast: fragantes.

Piedra Emerest: rara, encontrada en cavernas. Turren compara su color con los ojos de Kaira cuando está enojada.

Fillawate: bebida hecha de una fruta rara que crece en las profundidades subterráneas. Fermentada, provoca una sensación de felicidad, aunque no es alcohólica.

Flazant: personas de piedra nacidas de los peñascos cercanos. Aliados antiguos de los orcos.

Hilardep: enorme araña venenosa que habita el bosque.

Lamest: serpiente del bosque.

Flores Liladek: de aroma encantador, florecen de noche.

Lindenmint: hierba que Rhoslyn toma como té; tiene propiedades antibacterianas y detiene el flujo sanguíneo de un corte. Altamente tóxica para los dresalods.

Mellabar: mermelada de fruta.

Orcling: bebé o niño orco.

Reskit: criatura parecida a un conejo.

Ribber: criatura parecida a una rata.

Secondist: martes.

Shayde: grandes y feroces criaturas similares a lagartos que viven y cazan en el bosque.

Sinderfluff: material similar a la seda.

Squitt: criatura parecida a una ardilla.

Succire: una baya roja dulce.

Mar Tartledge: vasta extensión de mar púrpura más allá del Reino Orco.

Teegar: plantas utilizadas para propulsar a los orcos hacia plataformas en el dosel o para descender al subsuelo. Funcionan como ascensores. Se alimentan con fillawate diluido.

Teetser: insecto parecido a una mosca o mosquito.

Trulist: árboles que crecen en densas arboledas.

Wanderer: orco que viaja, aprendiendo nuevas formas de usar sus colgantes.

Hojas de Weelen: usadas para hacer té.

Whisp: insecto que, al soplar sobre él, se ilumina. Utilizado en linternas como fuente de luz.

Willadon: raíz negra preparada como té para aliviar el dolor de la artritis.

CAPÍTULO I

RHOSLYN

Un sol con un anillo de sangre se puso en la tarde de la Caza de los Monstruos. Cuando la oscuridad cubriera nuestro mundo, dos mujeres de nuestro pueblo abandonarían la seguridad de los altos muros de la fortaleza para convertirse en esposas de los violentos y poderosos orcos.

Nadie sabía con certeza qué ocurría después de que cruzaban los muros, porque nunca se volvía a saber de las mujeres.

Con mi canasta de hierbas colgada sobre el brazo, apuré el paso por el sinuoso sendero del bosque que se retorcía como una serpiente entre la maleza. La luz del sol atravesaba el denso dosel sobre nosotros, proyectando sombras extrañas que danzaban entre los árboles ancestrales. El silencio reinaba en el bosque, roto solo por mis pasos ligeros, el canto aleatorio de un pájaro y el graznido de un squitt escondido entre las ramas altas. La misma naturaleza parecía contener la respiración.

Nunca era prudente quedarse más allá de la seguridad de los muros de la fortaleza cuando la oscuridad devoraba el mundo, y no solo por la Caza.

Los shaydes nos acechaban, cazándonos para comernos. Nosotros éramos su presa.

Con mi cuchillo bien sujeto en la mano, dejé las profundidades del bosque y crucé a toda prisa la amplia zona de césped entre los bosques y los altos muros de la fortaleza.

Mi pueblo era el único en esta área, aunque había oído que había otros pueblos lejanos. Sin embargo, solo unos pocos de mi pueblo habían viajado en esa dirección.

Más de mil humanos se ocultaban tras el anillo de piedra, dependiendo de los orcos fieros y enormes que nos otorgaban protección contra criaturas aún más peligrosas que ellos a cambio de esposas.

Me deslicé a través de la puerta bien custodiada.

—Rhoslyn —dijo el guardia con una mirada fulminante, avanzando hacia mí—. ¿Por qué los desafías así?

—¿A qué te refieres? —pregunté con ligereza, guardando el cuchillo en la funda atada a mi cintura y sacudiendo las agujas de pino de mi largo vestido azul. Las había recogido mientras cavaba raíces en la base del árbol—. Encontré algo de willadon. —Levanté el trozo de raíz negra y nudosa de mi canasta—. Ahora puedo hacer más té para tu madre.

El rostro arrugado del guardia se suavizó.

—Eres demasiado amable con todos nosotros.

—Me encanta hacer pociones y elaborar tinturas que ayuden a mis amigos.

—¿Y qué hay de ti, Rhoslyn? ¿Qué deseas para ti misma? —Sus ojos azules pálidos, como los míos, se suavizaron, y su voz adoptó un tono paternal.

Volví a colocar la raíz en mi canasta junto con las hierbas que estaba deseosa de secar.

—Quiero ver a mi hermana casarse con el hombre que ama y pasar el resto de mis años meciendo a sus bebés en mis piernas. Y descubrir nuevos usos para las hierbas.

—¿Nada de matrimonio ni de bebés para ti?

Hice una mueca.

—Tengo veinticinco años. ¿Quién querría casarse conmigo?

—Muchos. Si fueras a los bailes del pueblo, encontrarías a un hombre que te amara.

—No necesito un hombre para sentirme completa.

—¿Y los hijos? Seguramente desearías criar niños.

Sí, deseaba un hijo, pero aún no había encontrado a nadie a quien me atreviera a entregarle mi corazón.

—Lyneth se casa en unos meses, ¿no es así? —preguntó.

Pensando en lo feliz que sería mi hermosa hermana con el hombre que amaba, sonreí.

—Es cierto.

Me dio una palmada en el brazo.

—Y luego se mudará con él y te dejará sola. Ese sería el momento de encontrar a tu propio marido.

Mi mentón se alzó.

—Me gusta estar sola. —la mayoría de las veces. Demasiado a menudo, me siento sola—. Tengo la intención de intercambiar una tintura por un kit de chall. La bestia peluda será una buena compañera.

—De hecho, la pequeña criatura lo será, pero aún no te he dado por perdida. Alguien pedirá tu mano. —Su cálida mirada mostraba aprecio, aunque no se sentía violenta como...

Los ojos de Kael se afilaron mientras miraba por encima de mi hombro.

Se acercaron unos pasos pesados y mis hombros se encogieron. Si tan solo pudiera hundirme bajo los adoquines. No necesitaba voltear; sabía quién se acercaba sigilosamente.

Me giré, mi mano fue directamente a mi cuchillo, aunque no lo saqué. Eso podría meterme en más problemas de los que quería asumir en ese momento. Pero lo último que quería era darle mi espalda a Eamon, nuestro alcalde.

—Ahí estás, Rhoslyn. —Su tono grasoso hizo que mi piel se estremeciera.

Anoche, ese hombre me acorraló en un callejón y presionó sus gruesos labios contra los míos. Sus manos recorrieron mi cuerpo hasta que clavé mi rodilla entre sus piernas. Con sus gruñidos de ira resonando a mi alrededor, corrí a casa, donde cerré la puerta y me apoyé en ella, temblando de rabia y desesperación.

No hacía mucho, me dijo que pronto sería su esposa.

Dijo que no pediría permiso, que me llevaría a su casa y nadie me defendería.

También me dijo que, si no lo dejaba hacer lo que quisiera, lastimaría a mi hermana.

—Lo siento, Eamon. Debo regresar a mi casa de inmediato. —Levanté la raíz, esperando que no viera el temblor en mi mano—. La madre de Kael necesita su té, o su cuerpo dolerá toda la noche. —Forcé una sonrisa alegre en mi rostro—. No querríamos dejar a una anciana con dolor, ¿verdad?

Eamon resopló y su mirada viajó por mi figura curvilínea.

—Las mujeres han sido elegidas.

Kael se tensó, golpeando el suelo con los pies y sosteniendo su arma.

—Deberíamos decirle a los orcos que no. Hemos sacrificado a nuestras mujeres para ellos durante diez años. ¡Esto tiene que terminar!

—Si no cumplimos con nuestra parte de la tregua, los orcos retirarán su protección. —El miedo se apretó alrededor de mi corazón—. Seremos invadidos y consumidos por los shayde antes de que podamos respirar profundamente.

Pero, ¿acaso los destinos ayudan a la mujer reclamada durante la caza?

Los hombros de Kael se hundieron. Sabía que no teníamos opción.

—¿Quién debe ir al bosque esta noche? —El miedo en su voz me dijo que rezaba porque una de las elegidas no fuera su única hija.

Nadie deseaba convertirse en la pareja de un orco. ¿Por qué lo harían?

Nuestros ancianos hablaban de ellos en susurros, y los padres usaban historias sobre ellos para que sus hijos se comportaran. Algunos decían que vivían en esplendor en un brillante reino cerca del mar, mientras que otros decían que eran enormes y horribles bestias que vivían en frías y húmedas cavernas.

Decían que quienes eran reclamadas durante la caza eran emparejadas hasta quedar embarazadas de un orcling. Una vez que daban a luz, las emparejaban nuevamente. Una y otra vez hasta el día de su muerte.

—Calita es la primera. Su madre se aferra a ella, pero su padre hará que se cumpla el trato. —La mirada astuta de Eamon se cruzó con la mía—. El nombre de la otra mujer que debe dejar la seguridad de la fortaleza y convertirse en la esposa de un orco se está notificando en este momento.

—¿Quién es? —gritó Kael, sus armas chocando contra su costado.

La sonrisa resbaladiza que Eamon me dedicó hizo que mi pulso se detuviera de golpe. Mi boca se secó, y mi garganta se bloqueó por el terror.

—No —gruñí, sabiendo inmediatamente a quién se refería—. Lyneth planea casarse pronto.

—Lyneth hará lo que se le diga. —Se rio, bajo y desagradable—. A los orcos no les importará si ella ama a otro cuando la capturen y la reclamen en el suelo del bosque. Escuché que sus cuerpos son grandes en *todas partes*. Que no se toman el tiempo para… ¿cómo decirlo?, asegurarse de que una mujer esté deseosa de recibir sus favores.

La ira recorrió mi cuerpo, haciendo que mi rostro ardiera. Dejé caer mi canasta y me acerqué a él, desenvainando mi cuchillo. Si lo destripaba en este instante, no solo evitaría tener que acostarme debajo de él en su cama pronto, sino que también podría tener una oportunidad de salvar a mi hermana.

—¡Dije que no!

Él retrocedió, sus labios se retorcieron.

—No es tu decisión, mujer.

—Lo es si me ofrezco como voluntaria para la caza en su lugar.

Kael jadeó.

—No, Rhoslyn. No puedes.

—Cualquiera menos Lyneth. —Sujeté mi hoja con tanta fuerza que me dolió la mano.

—No tienes opción en este asunto —dijo Eamon.

Oh, pero siempre hay una opción. Nadie se había ofrecido nunca, pero no había nada en el acuerdo que dijera que una mujer no pudiera hacerlo. Yo misma había leído el pasaje en los rollos.

Sorbí una amarga respiración y la empujé desde mis pulmones apretados.

—Me ofrezco.

—¿Estás segura? —preguntó Eamon—. Puede que tengas una mejor oferta que considerar.

—Preferiría destriparme antes que casarme *contigo* —le espeté.

—Muy bien. —Eamon me sujetó del brazo y me empujó hacia la puerta, Kael lo siguió, protestando inútilmente—. El sol casi se ha puesto. Debes irte ahora.

Mis ojos ardían con lágrimas, y luché por liberarme de su agarre.

—Pero Lyneth. Al menos déjame decirle adiós.

—Le diré que tomaste su lugar. —La mirada cálida de Kael se cruzó con la mía—. Yo también la protegeré. —Miró furiosamente a Eamon—. Ella se mudará conmigo hasta que se case.

—Gracias. —Rompiendo el agarre de las uñas de Eamon, abracé a Kael, susurrándole una súplica de corazón—. Dile que la amo, ¿quieres? Que volveré.

—Lo haré. —Su rostro se arrugó de dolor. No hacía falta decirlo. Todos lo sabíamos.

Ninguna mujer jamás había regresado de la caza.

CAPÍTULO 2

JAUS

—No necesitas vigilarme —dijo el príncipe Madr con firmeza desde donde estaba sentado en una gruesa rama de árbol junto a mí.

Aprecié que no mirara por encima de mi hombro como lo hacía el rey.

—Sabes que sí. Tu padre dio la orden él mismo.

—Nuestro padre —dijo él, levantando la gruesa ceja.

Solo Madr reconocía nuestra sangre compartida. El resto del reino podría susurrar sobre mi ascendencia a puertas cerradas, pero el respeto que se dignaban a darme había sido duramente ganado en batalla contra los shayde y los dresalods.

—No tanto para él.

—Su error será su perdición.

—No debes decir eso —siseé.

La mandíbula de Madr se tensó, y recogió su cabello teñido de musgo, tan común en el Clan Real Lumen, a la nuca. Yo había recibido mis mechones de color vino de mi madre.

—Solo enuncio un hecho.

—No lo hagas. —Negué con la cabeza para reforzar mis palabras —. Nunca.

—Maldita sea, mi padre piensa que todavía tengo quince años. Con veintiocho, soy perfectamente capaz de protegerme a mí mismo. —Me dio un golpecito en el brazo—. Además, esta noche podrías encontrarte cazando.

—Sabes que no quiero reclamar una pareja.

—¿No quieres a alguien que caliente tu cama y te dé orclings? —preguntó mi compañero del clan Azuris, Viskeete, desde una rama más abajo. Su risa ronca resonó—. Mejor para nosotros, entonces.

Otros murmuraron en acuerdo desde donde se agachaban o se sentaban en las ramas cercanas.

El sol pronto se pondría, y dos mujeres dejarían el pueblo y entrarían al bosque. Dieciocho hombres — tres de cada uno de nuestros seis clanes de orcos — contendrían la respiración, esperando ver quién sería el afortunado en recibir una pareja.

Diecisiete hombres, en realidad, porque yo estaba aquí para proteger a Madr, no para perseguir a una mujer.

—Creo que esta noche cazarás —dijo Madr, hablando como si pudiera escuchar mis pensamientos, mientras levantaba su maza—. Nadie se atreverá a dañarme aunque no estés a mi lado.

—Admito que probablemente seas mejor con esa arma que yo — le respondí, notando cómo la bola con púas al final de la cadena atada a la parte superior del asta brillaba con la luz del sol tardío.

—Aún no se ha demostrado —dijo él, apoyando la palma en mi hombro y mirando fijamente a mis ojos—. Si no soy seleccionado esta noche, con gusto me uniré a ti en los tapices cuando regresemos a casa para probarlo.

Con gusto lucharía con mi medio hermano por deporte. Habíamos luchado y mantenido competiciones amistosas durante gran parte de nuestras vidas.

—Acepto el reto —mantuve la voz baja para que los demás no me oyeran, aunque a Madr no le importaría. Era el miembro de la realeza con el que más fácil me llevaba.

—Viene una —dijo Fudron del Clan Basselt. Levantó la mano y todos nos giramos a ver a una mujer vestida con un largo vestido y una bolsa que atravesaba la gran puerta de la fortaleza. Se apresuró hacia el bosque, deteniéndose para mirar atrás solo una vez antes de deslizarse en el bosque bajo nosotros. Encontró un sendero, recogió sus faldas y corrió.

—Ah. —El colgante de Fudron, del Clan Basselt, un círculo gris que representaba la piedra o el propio mundo en el que vivíamos,

brilló donde colgaba en su pecho desnudo. Nos mostró una sonrisa llena de colmillos antes de saltar al suelo y correr tras ella.

—Quedamos diecisiete —dijo Madr, poniéndose de pie—. Y solo una mujer más —por este año, al menos. Se agarró al tronco del árbol y observó la puerta. Se cerró de golpe, y el cerrojo sonó al asegurarse.

Observamos. Esperamos.

El sol se escapó por debajo del horizonte y los guardias en las murallas de la fortaleza encendieron antorchas.

Cuando la puerta se abrió una vez más, todos nos tensamos, incluso yo que no deseaba cazar, nunca.

Una mujer vestida con una falda azul y una blusa azul más clara salió tropezando por la abertura.

La puerta se cerró de golpe tras ella, y como tantos otros en el pasado, pobres criaturas asustadas, giró y se lanzó hacia el panel sólido.

—Por favor. —A pesar de la distancia entre nosotros, pude escuchar sus sollozos—. ¡Lyneth! ¡Por favor, déjame ver a Lyneth!

Había algo en su voz...

Mi colgante del Clan Azuris, un disco metálico formado por espirales que terminan en picos representando las olas, y atado en una tira de cuero alrededor de mi cuello, brilló antes de apagarse.

A mi alrededor, se oyeron suaves gemidos de pesar. Algunos hombres saltaron de las ramas y corrieron hacia el claro donde habíamos dejado nuestros voxes.

—No correrá para nosotros esta noche —dijo uno de los hombres.

—Ni ruteará —agregó Viskeete, sujetándose la ingle.

Los inusuales ojos verdes de Madr reflejaron su decepción, pero una sonrisa apareció en su rostro esculpido cuando me dio un golpecito en el hombro.

—Me alegro por ti. Ve a reclamarla, hermano.

Él no estaba molesto, no demasiado. Un colgante de clan brillando significaba que tu destino había sido elegido. Nadie podía negar la llamada.

Al igual que con todos los orcos del reino, teníamos pocas oportunidades de aparearnos con alguien que no fuera humana. Hace diez años, mientras luchábamos contra los dresalods en la playa, los shaydes se colaron por nuestras defensas y entraron en nuestra ciudad. Encontraron a nuestras mujeres escondidas en el complejo central. Barriendo el lugar, mataron a la mayoría de ellas, incluyendo a mi madre y la madre de Madr.

Para nuestro horror, los dresalods atravesaron a las que se escondían. Mataron a todos los atacantes, pero no podíamos negar la devastación que habían causado. Nuestras piras funerarias escaldaron el aire durante casi una semana, y los lamentos resonaron en mi ciudad hasta el día de hoy.

Nuestra especie se extinguiría a menos que plantáramos orclings en otras mujeres. Fue entonces cuando nuestras miradas se volvieron hacia el pueblo humano que estaba siendo diezmado por las criaturas de la tierra llamadas shaydes.

De acuerdo con nuestro acuerdo, protegíamos su fortaleza de los shaydes, y ellos nos regalaban dos mujeres cada año.

—Tráela al palacio para presentármela —dijo Madr con una sonrisa llena de colmillos—. En un mes o así, cuando tu deseo por ella haya comenzado a disminuir.

—La mía nunca lo haría —dijo otro orco con una carcajada—. Se dice que cuando los destinos eligen a tu pareja, ella te amará, y suspirará por ti, para siempre. Me gustaría algo de eso.

—Como a todos nosotros —dijo Madr con amargura.

—Ve —gritó alguien a la mujer desde la cima de la muralla, atrayendo mi atención en esa dirección—. ¡Cumple con tu deber hacia tu pueblo!

Cuando el hombre le arrojó una bolsa que le dio en el hombro, un gruñido se levantó de mi garganta.

—¡Lyneth! —gritó ella, antes de girar hacia el bosque. Con la bolsa aferrada en su mano, tropezó lejos de la muralla, cruzando el gran claro. Su cabello casi blanco ondeaba tras ella, y la luz de la luna brillaba en su piel de tono medio.

—Preciosa —dijo Madr, asombrado—. Los destinos han sido amables contigo, Jaus.

Esa sería la primera vez.

Cuando la mujer pisó el estrecho sendero del bosque, levantó las faldas y salió disparada, corriendo por debajo de donde nos encontrábamos apostados en los árboles, altos sobre ella.

Desapareció entre la maleza densa.

—¿No vas a ir tras ella? —Madr se giró hacia mí, los ojos abiertos de asombro—. Es tuya. Debes reclamarla.

Así lo dijeron los destinos.

—No deseo una pareja —gruñí, dejando que mis colmillos hicieran un chasquido—. Estoy demasiado ocupado comandando el ejército.

—No todo el tiempo.

—Mi hogar es pequeño.

Madr sonrió con burla.

—Tu cama es lo suficientemente grande para dos.

—Él estará encima de ella la mayor parte del tiempo de todos modos —dijo otro.

Una risa baja resonó, aunque dudo que el sonido llegara al suelo del bosque.

—La capturaré si no lo haces tú. La fecundaré poco después —Viskeete se levantó en cuclillas, su mirada salvaje fija en el lugar donde la mujer había desaparecido en el bosque—. No necesito amor para plantar un orcling en su vientre. —A una hembra no le iría bien bajo su toque. Ya lo había atrapado pateando a un chall. Después de golpearle los colmillos con mi puño, le dije que si volvía a hacer algo así, lo mataría.

Sospechaba que pronto tendría que cumplir mi amenaza.

—No la tomarás —gruñí, enderezándome. Desenvainé mi maza de la funda en mi espalda y la levanté.

—Por si no lo sabías, no la reclamas con esa arma —dijo alguien —. Tal vez podrías usar la que tienes entre las piernas.

—Ve —dijo Madr, empujándome ligeramente en el costado—. Te prometo que no permitiré que nadie se acerque lo suficiente para hacerme daño.

—No puedo dejarte —era mi deber jurado por esta noche, no perseguir a una mujer que no deseaba.

—También prometo que volaré a casa con los demás —agregó Madr.

Dos de mis compañeros de clan apretaron sus puños contra sus pechos y asintieron solemnemente.

—¿Ves? Estoy perfectamente seguro —la mirada sombría en los ojos de Madr me dijo que estaría seguro incluso si no hubieran ofrecido acompañarlo de vuelta al castillo. Su padre necesitaba darse cuenta de que su preciado hijo había crecido y se había convertido en un guerrero endurecido, capaz de valerse por sí mismo en combate.

Mi gruñido salió disparado. El deber era mi vida, pero el destello de mi colgante me decía que mis deseos no significaban nada en este asunto.

Incliné la cabeza, distinguiendo las sutiles huellas de sus pasos a un clik de distancia.

Cuando el grito de un shayde resonó desde esa dirección, mi pulso rugió. Ningún shayde dañaría a *mi* compañera.

—Nos acecha —gruñó Madr.

Salté al suelo, una caída sólida de unos nueve metros, y con mi maza levantada, corrí tras ella.

CAPÍTULO 3

RHOSLYN

Con la bolsa que Kael había arrojado al suelo aferrada en mi mano, tropecé por el bosque. Ojalá los destinos fueran amables y me mostraran un lugar donde pudiera esconderme. Hasta ahora, no escuchaba a nadie persiguiéndome, pero los orcos tal vez aún no habían llegado a esta zona.

La bolsa contenía ropa. Dejamos dos junto a la puerta por la mañana, al inicio de la caza. En los últimos diez años, los orcos habían reclamado a veinte mujeres de nuestro pueblo. Con más de mil personas viviendo tras los muros de la fortaleza, la caza no había mermado mucho nuestra población.

No, simplemente condenaba a esas veinte a una vida con un orco.

Mis pulmones ardían por la carrera, y con el sudor deslizándose por mi espalda, reduje mi paso a un caminar. Ojalá la luna se alzara, entonces tal vez podría ver algo. Miré a mi alrededor, pero más allá de un espeso matorral de moras a mi derecha que no podía atravesar, no había encontrado un lugar donde resguardarme. ¿Me encontrarían los orcos si subiera a un árbol?

Si pudiera esperar hasta el amanecer, regresarían a donde sea que vinieran, y yo podría regresar a casa, a la fortaleza. Evitaría a Eamon y estaría allí para mi hermana como lo había estado desde que los shaydes mataron a nuestros padres, siete años atrás, cuando tenía dieciocho. En ese entonces, había pensado en

casarme, pero el lugar de una mujer era junto a su esposo, y temía que quien eligiera no aceptara a Lyneth junto conmigo.

Desprecié todas las ofertas hasta que dejaron de preguntar y di todo lo que tenía dentro de mí por mi hermana. Valió la pena.

No necesitaba más amor que el de ella.

Un sonido sutil detrás de mí hizo que mi estómago cayera al centro del mundo. Con miedo retorciendo mi vientre en nudos, miré por encima de mi hombro.

Un shayde estaba en el camino, sus ojos rojos brillando y clavados en mí. Su largo y escamoso rabo se movía de un lado a otro mientras la criatura gruñía.

Mientras sacaba mi cuchillo, el enorme lagarto chirrió y se puso sobre sus patas traseras, revelando su vientre escamoso de un marrón pálido. Cuando volvió a caer sobre todas sus patas, se lanzó hacia mí, sus garras levantando la tierra. Me destrozaría en segundos y me devoraría con la misma rapidez.

Con un grito, corrí colina abajo y me metí entre un espeso bosque de árboles, esperando que tuviera que reducir su velocidad para seguirme.

Pocos lograban escapar de un shayde. El recuerdo de lo que los aldeanos trajeron a casa ese día, los únicos restos de mis padres, me persiguió, haciéndome estremecer la espalda. Necesitaba encontrar un lugar seguro donde pudiera defenderme; si mi pequeño cuchillo podía considerarse defensa.

Salí corriendo de un denso grupo de árboles y corrí por un estrecho sendero que cortaba a través de la hierba alta, con mis oídos atentos detrás de mí.

Esta era la razón por la que se enviaban dos mujeres al bosque cada año. Ellas pagaban el precio para mantener a los shaydes alejados. Las criaturas no podían escalar las murallas de la fortaleza, pero nos perseguirían implacablemente siempre que saliéramos del recinto. Solo la presencia de los orcos los mantenía alejados.

Mi corazón estaba en llamas, corrí hacia otro grupo de árboles, con mis pasos demasiado fuertes sobre las hojas caídas que cubrían el sendero. Me costaba trabajo mantener mi cuchillo en mi mano sudorosa.

El aliento apestoso del shayde me recorrió la espalda, y gimoteé. Pensar que había temido convertirme en la compañera de un orco solo para ser desgarrada por una bestia como mis padres. Pobre Lyneth. Esto no era justo para ella ni para mí.

Se escucharon golpes a mi derecha. ¿Otro shayde? Había oído que rara vez cazaban en manadas. Sin embargo, la realidad y el mito estaban muy separados.

Un orco salió de los árboles y se lanzó hacia mí, con un gran garrote en su mano carnosa. Se interpuso entre el shayde y yo, un gruñido subió por su garganta.

Aunque debería seguir corriendo, después de todo, era el trabajo del orco proteger al pueblo de los shaydes, me detuve y me apoyé contra un árbol mientras el orco se lanzaba hacia él, su garrote girando.

El shayde saltó hacia el orco, quien se movió mucho más rápido de lo que debería ser capaz un hombre grande como él. Su garrote impactó con la cabeza derribándolo al suelo.

El shayde se retorció y el brillo rojo en sus ojos se apagó.

Con un gruñido, el orco sacó su garrote de la cabeza del animal muerto. Se giró hacia mí, con su mirada oscura evaluándome de una manera que me hizo temblar la piel y flaquear el corazón.

Apretando mi agarre en mi cuchillo, hui alrededor del árbol y corrí lejos de esta nueva amenaza. Él me siguió, manteniendo el ritmo con facilidad gracias a sus zancadas largas.

Una mirada hacia atrás mostró una ceja fruncida en su rostro angular. Enroscó un dedo grueso hacia mí, como si pensara que me daría la vuelta y correría hacia él. Saltaría a sus brazos y le permitiría que me tumbara en el suelo del bosque, donde me reclamaría.

¿Por qué mi piel se estremecía al pensarlo? me pregunté.

—Adrenalina, eso era —me dije—. Casi había sido asesinada por el shayde. Mi piel estaba en llamas por el miedo, no por el deseo.

—¿Y por qué el colgante que llevaba estaba hecho de remolinos de metal que brillaban donde se balanceaba en su pecho? —me pregunté.

No me detuve a mirar durante mucho tiempo, pero la impresión de él se grabó en mi mente. Pecho ancho y hombros enormes.

Cintura estrecha y muslos gruesos. Piel verde dorada. Solo llevaba un grueso envoltorio de armas alrededor de su cintura que se hundía entre sus piernas para cubrir apenas su ingle abultada.

Su cabello parecía teñido con bayas, pensé tontamente, mientras corría cuesta abajo y subía otra colina. Para cuando llegué a la cima, el jadeo ronco de mis pulmones resonó a mi alrededor. Mi corazón latía en mi pecho como si planease romper su jaula y correr hasta el fin del mundo.

Él todavía me seguía, y se había acercado, moviéndose solo un paso o dos detrás de mí.

Está *jugando* conmigo, me di cuenta.

La ira me recorrió, dándome la fuerza para seguir adelante. No me rendiría fácilmente a la lujuria desenfrenada de un orco.

Con un gruñido, me agarró el brazo con su mano carnosa. Me tiró hacia atrás contra su pecho musculoso.

Me quedé con la boca abierta mirando sus ojos oscuros, jadeando mientras tomaba en cuenta los colmillos del tamaño de mis pulgares que sobresalían de su mandíbula. Una vez y media más grande que yo, este macho me dominaba. Me aplastaría, me destruiría con su reclamo.

Mientras lo miraba, sin poder respirar, su miembro se movió debajo de su taparrabos y se presionó contra mi espalda.

Me liberé de su agarre y le lancé un golpe con mi cuchillo. Le corté los abdominales, aunque solo le causé un arañazo.

Frunciendo el ceño, miró hacia abajo la herida.

Me di la vuelta y salí corriendo, gimoteando mientras mis labios temblaban.

Antes de que pudiera dar un paso, me derribó, arrastrándome hacia abajo. Se giró hasta que me encontré debajo de él. Se inclinó sobre mí, apoyando sus enormes palmas en ambos lados de mis hombros. Su mirada cortante atravesó sus rasgos tallados.

—Me atacaste —dijo en el lenguaje universal.

—Tú... —No podía formular una acusación sólida. Hasta ahora, no había hecho nada más que matar a un shayde para evitar que me matara.

Y acecharme.

Una de sus gruesas cejas se levantó de forma sardónica.

—Si deseas causar un verdadero daño, pequeña, necesitas cortar más fuerte con tu cuchillo.

Intenté atacarlo con mi cuchillo, tratando de abrirle el vientre, pero él me agarró las muñecas y las clavó sobre mi cabeza, apretando hasta que el cuchillo se me resbaló de las manos. Lo recogió y lo arrojó a un lado con facilidad.

—Basta, mujer. —Golpeó su palma contra el suelo junto a mi cabeza. Su parte inferior presionó la mía, y algo mucho demasiado grande se movió debajo de su taparrabos.

Me retorcí, grité, intentando empujarlo, pero habría sido lo mismo que intentar rodar una roca cuesta arriba.

Él sonrió.

—También necesitas aprender a pelear mejor, pequeña.

—Déjame ir. Por favor. —Me arqueé contra él, conteniendo un escalofrío cuando mi entrepierna hizo contacto con la suya.

Me atravesaría. Me partiría en dos con un solo embiste. Luego me dejaría gimoteando en el suelo del bosque, con su orcling creciendo dentro mío.

—Me temo que no puedo hacer eso —dijo sin emoción.

—¿Por qué no?

—Porque me han obligado a reclamarte.

Parpadeé lentamente, sin saber qué pensar de su declaración. Mi miedo a otro ataque de shayde se desvaneció. Al menos, este orco me protegería.

—No deseo una pareja —añadió.

—Entonces no persigas a una y no la reclames.

Su mirada oscura se encontró con la mía, y encontré un humor inesperado en ella.

—Sin embargo, aquí estoy, haciéndolo.

—No necesitas reclamarme. Yo tampoco quiero una pareja.

No estaba segura de dónde había encontrado el coraje para gruñirle, pero debió haber estado fermentando dentro de mí, como el desprecio por Eamon.

—Entendido—dijo. Se levantó de encima de mí, arrastrándome con él al levantarse.

Antes de que pudiera intentar zafarme, me levantó sobre su hombro. Caí con un suave "uffff", cuando el aire se me escapó de los pulmones.

Con su mano grande sujetando mi trasero y mi bolsa en su mano, comenzó a correr, adentrándose más en el bosque.

CAPÍTULO 4

JAUS

No quería una pareja, pero parecía que ya la tenía. Al menos la había mantenido a salvo de ser comida por un shayde.

Mi colgante Azuris, que me fue regalado por mi clan cuando alcancé la madurez hace quince años, brilló en el momento en que la vi. Seguía brillando, aunque la luz se había atenuado. Volvería a resplandecer cuando la reclamara, luego se apagaría por el resto de mis días.

No la quería.

—Tengo un puesto bien remunerado en el reino —gruñí mientras trotaba por el sendero que me llevaría al prado donde había dejado mi vox, Feyla. La había entrenado desde el momento en que emergió de la semilla. Domada a mi toque, esperaría.

—Me alegro por ti —dijo la impertinente mujer.

No estaba enojado con ella, en realidad. Estaba molesto conmigo mismo por haber venido aquí esta noche. Irritado con la respuesta de mi cuerpo a su suculento aroma. Y con mi colgante por gritar a los clanes que ella era mi destinada.

—Estoy demasiado ocupado para una pareja —bajé por una colina y atravesé un espeso bosque de árboles trulist. —Soy el comandante de las fuerzas. Necesito pasar mis días revisando planes de misión. Preparando órdenes y dando instrucciones a los subordinados. Entrenando para la batalla. Haciendo todo lo que puedo para demostrar que soy digno.

Levanté mi maza para reforzar mi punto.

—Necesito pasar mis noches descansando para el día siguiente, no apareándome contigo.

—¿Cuándo te pedí que te aparearas conmigo? —preguntó, con sus palmas demasiado calientes en mi espalda. Cada vez que las deslizaba por mi piel, el deseo me recorría.

—Corriste por el bosque la noche de la caza.

—Si no quieres que dos de nosotras salgamos del fuerte y corramos por el bosque de noche, no pongas eso como un requisito anual.

—Te proporcionamos protección a cambio de esto —rugí, la frustración y la irritación por mi situación desbordándose.

—No hay necesidad de gruñir.

—Estoy hablando en un tono normal. No estoy gruñendo.

—Parece que sí lo estás haciendo desde donde yo...

Porque su aroma embriagante seguía golpeando mis sentidos como un garrote en el costado de mi cráneo, la bajé al suelo, aunque mantuve un agarre firme en su muñeca. Puede que no la desee, pero no iba a dejarla huir.

—¿Por qué no me dejas ir si no me quieres como pareja? —preguntó, mirándome con unos ojos azules increíbles, del mismo color que mi Feyla. Su cabello pálido era común entre su gente, aunque era lo contrario al de un orco, con hebras oscuras entrelazadas con los colores del clan.

¿Serían nuestros orclings bendecidos con su color o con el mío?

Un gruñido salió de mi garganta, y comencé a caminar con fuerza por el sendero, arrastrándola conmigo, aunque reduje el paso al notar que le costaba seguirme. No quería que cayera ni se lastimara la piel delicada.

—Eres mi pareja, me guste o no —dije.

Ella frunció el ceño.

—No es como si estuviéramos casados y todos dijeran que no puedes divorciarte de mí.

—No hay divorcio entre parejas verdaderas.

Sus labios se torcieron y sacudió la cabeza.

—Eso suena como una situación difícil si la pareja no se lleva bien.

Mis pasos se ralentizaron mientras me acercaba al prado donde había dejado a Feyla.

—Te enamorarás de mí y estarás contenta con lo que tienes. *Yo* seré el que busque la manera de llevarme bien.

Ella resopló.

—El amor se tiene que ganar, y a este paso, no puedo verte ganándote mi amor.

Resoplé.

—¿Por qué no tienes miedo de mí?

—Se necesita más que un orco arrastrándome por el bosque para encender el miedo en mi corazón. —Habló levantando un poco su pequeño mentón, pero un leve temblor se coló en su voz. —Lo que sí diré es que agradezco que no quieras aparearte conmigo.

El problema era que mi cuerpo sí lo deseaba, aunque mi mente no estuviera de acuerdo. Ella era mi pareja. Cumpliría con mi deber de engendrar orclings con su cuerpo.

Ya estaba sin aliento. Si fuera una de mis subordinadas, la haría correr durante muchos meses hasta que desarrollara suficiente resistencia.

¿Era apropiado pedirle eso a una pareja?

—Te dije que no *quiero* aparearme contigo. Eso no significa que no lo vaya a hacer. —Pausé, mirando a través de los árboles delgados hacia el prado. Era conveniente abordar cada situación con cuidado, aunque dudaba que Feyla dejara que una amenaza se acercara.

—¿Estás diciendo que debo esperar que te lances sobre ti pronto?

—¿Lanzarme?

—Ya sabes. —Hizo un gesto hacia mi erección luchando contra el cuero de mi taparrabos. —Empalarme con esa cosa.

—No te empalaré con *esa cosa* a menos que me lo supliques. Lo cual harás. No tomo a las mujeres en contra de su voluntad.

Con esta mujer, sentía que la persuasión jugaría a mi favor.

Ella era mi pareja, aunque no la quisiera. La reclamaría a pesar de mi interés por apartarla.

Resopló.

—Entonces no tengo motivo para preocuparme, porque no planeo suplicarte que me folles.

—Me has lanzado un desafío que soy más que digno de aceptar.

Una suave risa se escapó de ella.

La giré para mirarla, y la miré fijamente.

—Muchas desean aparearse conmigo. Besarme. —No estaba siendo vanidoso. Me deseaban porque era un macho con considerable poder, no porque les importara quién era por dentro.

—Pensé que todas las mujeres orcas estaban muertas.

—Algunas quedan.

—¿Y todas ellas están salivando por meterse en tu taparrabos? —El tono de su voz me dijo que estaba escéptica, y eso me irritó tanto como la posición en la que me encontraba.

—Sí.

—Bueno, qué bien para ti. Puedes aparearte con ellas en vez de conmigo. —Miró alrededor y frunció el ceño. —¿A dónde me llevas?

—Al reino.

—Déjame ir, y prometo que me quedaré fuera de tu camino para que puedas seguir follando con las hembras salivando por tus tobillos.

—No salivan.

—¿Entonces gimen?

Suspiré.

—Solo gimen cuando las follo. O gritan de alegría.

No había duda de que había sarcasmo en su risa.

—Quise decir que me buscan de manera figurativa —concedí.

—Ah, así que has estado presumiendo.

Le rodé los ojos, sin saber qué hacer con su impertinencia. Ninguna hembra orca le hablaba a un macho ilustre como yo de esa manera.

—Tienes una boca amarga, pareja.

Su sonrisa hizo que mi erección se moviera.

—No eres la primera persona que me dice eso.

—¿Quién ha hablado de tu boca? —gruñí, listo para matar a cualquiera que la mirara.

—Solo un hombre horrible del que me alegro de haberme deshecho. Déjame aquí y volveré al fuerte.

—¿Al macho que habló de tus labios?

—Al que quiere besarlos, aunque hasta ahora he logrado evitarlo bastante bien.

—¿Cómo?

Ella se tensó.

—Con mi daga, que lamentablemente dejaste atrás, y con mi habilidad para clavar en el lugar correcto la rodilla.

—Lo mataré por tocarte. —Empuñando mi maza, solté un gruñido hacia el entorno en general.

—Tengo otras opciones. —Sus bonitos ojos brillaron—. Hay hierbas que pueden encargarse de él por mí.

—No me *envenenarás*.

Sus labios se curvaron apenas de un lado, pero no dijo nada más.

CAPÍTULO 5

RHOSLYN

Nunca pensé que tendría una conversación casi civilizada con un orco sobre follar.

Ninguna mujer había regresado jamás de una cacería para contar qué sucedía después de ser capturada. Asumíamos que se las llevaban contra su voluntad. Nunca las mataban, porque los orcos nos necesitaban vivas para engendrar orclings.

Y tenía que ser yo la que terminara capturada por un orco que no me quería. No debería molestarme. A nadie, salvo a mi hermana y a unas pocas amigas en la fortaleza, le importaba si vivía o moría, por lo que ¿por qué él habría de ser diferente?

Sería agradable encontrar amor y compañía con alguien… pero no con este orco. Era demasiado arisco.

Y engreído.

—Debemos irnos —dijo, tirando de mí en dirección a un prado más adelante. Algo grande y azul pálido brillaba a la luz de la luna, pero no lograba distinguir qué era.

—¿Qué haremos cuando lleguemos al reino? —pregunté, intentando no tropezar en la oscuridad. La luna al fin se había alzado, pero las nubes la cubrían con un velo opaco.

—*Tú* permanecerás en mis aposentos. *Yo* retomaré mis deberes.

—¿Y cuáles serán mis deberes, ya que no te daré orclings?

—Lavarás mi ropa. Prepararás mis comidas. Mantendrás mis aposentos en orden.

—¿Por qué no contratas a alguien para eso?

Frunció el ceño al mirarme.

—¿Por qué contrataría a alguien, si te tengo a ti?

Buen punto.

—Y también me ayudarás a bañarme —añadió.

—Arréglatelas solo —espeté. ¿Por qué demonios me imaginaba a este orco corpulento recostado en una bañera completamente desnudo? No quería ver ninguna parte de su cuerpo, y mucho menos su polla.

—No tendré que hacerlo, ahora que te tengo a ti.

Bufé, sin saber qué opción me quedaba. Estaba completamente a su merced, y sospechaba que su gente lo respaldaría.

—También calentarás mi lecho por las noches —dijo esta vez sin mirarme.

—No seré complaciente.

—Créeme, lo serás.

Orco arrogante. Ni loca.

—Intentaré escapar —solté con fiereza.

—Si lo haces, alguien más intentará reclamarte antes de que des dos pasos fuera de mi puerta. Y ellos no serán tan gentiles como yo.

—¿Llamas "gentil" a arrojarme sobre tu hombro?

—Podría haberte reclamado cuando estabas atrapada bajo mío en el bosque.

—Solo no lo hiciste porque no quieres montarme.

—Mi colgante te ha elegido —dijo con paciencia—. Eventualmente, me resignaré a ello.

—¿Gracias? —suspiré, siguiéndolo hacia el prado.

Una enorme bestia azul pálido se alzó sobre sus cuartos traseros. Sus alas iridiscentes se desplegaron sobre su espalda y sus cuatro patas con garras se clavaron en la tierra. Estiró su largo cuello y alzó la cabeza hacia el cielo.

Su rugido sacudió el mundo a mi alrededor… y mi alma.

Entonces, giró sus ojos diminutos hacia mí y avanzó con paso firme, y sus patas retumbando contra el suelo.

CAPÍTULO 6

JAUS

Cuando mi nueva compañera jadeó y retrocedió, levanté mi maza, escaneando el área sin encontrar ninguna amenaza.

Al menos mis compañeros orcos ya se habían ido con sus voxes. Para cuando llegáramos al reino, esperaba encontrar a Madr a salvo detrás de los muros del castillo y yo liberado de mi deber de protegerlo.

—Es... es un... —dijo la mujer, retrocediendo hacia la protección del bosque.

—¿Cuál es tu problema, doncella? —gruñí, mirando alrededor.

—¡Hay una... bestia! —Su dedo se alzó, señalando a Feyla.

Entonces no era un shayde. Si fueran sabios, permanecerían en las sombras. No era el único que los despacharía rápidamente. Feyla se abalanzaría sobre ellos, sus colmillos partiéndolos por la mitad de un solo mordisco.

—Ven, pequeña compañera —la jalé hacia el prado donde estaba Feyla.

—¡La bestia me comerá!

En realidad, aparte del shayde ahora muerto, yo era la única bestia en las cercanías que quería comérmela.

No, no deseaba hacer eso con ella, me reprendí a mí mismo. Me aparearía con ella solo para crear orcos, y eso no incluía chuparle el clítoris. Me aseguraría de que encontrara placer en el acto principal, pero hacer más que eso podría arriesgar todo por lo que había

trabajado tan duro desde que mi madre fue expulsada de la casa de mi padre cuando yo era joven.

—Feyla no te hará daño —dije, manteniendo un firme agarre en la muñeca de la mujer mientras la llevaba hacia mi vox, que había esperado pacientemente mi regreso.

—Es... enorme —tragó saliva.

—¿De qué otra manera esperas que lleve a un orco?

Ella sacudió la cabeza.

—No... no sabía que algo así existía, así que ¿cómo podría pensar algo al respecto?

No podía imaginar cómo ella o su gente no habían visto ni un solo vox. Eran nuestro principal medio para viajar largas distancias.

Caminamos hacia el costado de Feyla, y ella giró su largo hocico hacia nosotros, estudiando a la mujer.

—Es mía —gruñí, tocando la punta del hocico de Feyla—. No te la comas.

Feyla resopló y volvió a mirar hacia adelante.

La mujer mantuvo su mirada de ojos bien abiertos en mi vox.

Con un solo movimiento, la levanté y la subí al lomo escamoso de la bestia. Ella se agitó, sus piernas acomodándose alrededor de la base del cuello de Feyla, sus manos levantadas como si no se atreviera a tocar a la bestia.

Esta mujer era más sabia de lo que parecía al principio.

Después de colocar la correa de su bolso sobre una de las púas del cuello de Feyla, salté detrás de la mujer, acomodando su cuerpo contra el mío. Mi compañera encajaba bien allí, a pesar de ser tan pequeña.

Mi maldito miembro notó su cercanía y comenzó a endurecerse. Incluso mi gruñido no lo detendría.

—Soy Jaus Kreedaull. ¿Cómo te llamas, mujer? —pregunté mientras clavaba mis talones en los costados de Feyla, instándola a emprender el vuelo. Si me concentraba en guiar a mi vox, quizás mi miembro se calmaría y se comportaría.

Feyla despegó del suelo, sus alas extendiéndose para atrapar el aire y elevarnos más alto. Unos cuantos aleteos, y estábamos

volando por encima del bosque, dirigiéndonos hacia el reino, lo suficientemente lejos como para no verlo durante mucho tiempo.

—¡Ahh! —gritó la mujer, sus manos agitándose. Se movió para darme la cara, aferrándose a mi pecho, sus piernas envolviéndome.

Con sus piernas abiertas de esa manera, su falda se levantó, revelando unos muslos cremosos en los que anhelaba hundir mis dedos. Esta posición también insinuaba la unión entre sus piernas, donde quería enterrar mi rostro y lamer y chupar hasta que gritara de placer.

Mi maldito miembro se tensó dentro de mi taparrabos, luchando por liberarse.

—Deja de moverte —espeté.

Ella me miró, con sus labios jugosos entreabiertos. Malditos labios besables. Mi colgante brilló de nuevo, iluminándose como una estrella. Si los shaydes pudieran volar, se lanzarían hacia nosotros para destrozarnos.

Ella inhaló pequeñas bocanadas de aire, y sospeché que haría el mismo sonido mientras yo enterraba mi miembro dentro de ella.

—Dudo que *"ahhh"* sea tu nombre —dije secamente, rodeándola con mi brazo para evitar que se cayera de Feyla. No me gustaba cuánto disfrutaba sostenerla firmemente contra mi pecho.

—Es... ¡es...! —Apretó los labios y tragó con fuerza.

—Si hubiera sabido que podía callarte simplemente mostrándote a Feyla, lo habría hecho mucho antes.

Ella se tensó.

—Es normal tener miedo de una bestia como esta. ¡Volando! No puedo creerlo. Estamos volando. Y mi nombre es Rhoslyn.

La sonrisa que me lanzó hizo que mis pulmones se comprimieran y mi colgante brillara.

—Brillante, ¿no? —preguntó, frunciendo el ceño al colgante que pendía de mi pecho.

Agarré el colgante, bloqueando la luz.

—Este es un símbolo del Clan Azuris. Representa el agua.

—¿Por qué sigue brillando?

Porque ella era mi destino. Solo brillaba por ella.

—No significa nada —dije.

—Ya veo —frunció el ceño y se acurrucó contra mi pecho—. Ya no tengo tanto miedo.

—¿Por qué no? —Hasta donde yo podía ver, nada había cambiado.

—Porque... —Cerró los ojos antes de mirarme—. A pesar de no quererme como tu compañera o desear follarme, has demostrado que me protegerás. Al menos, sé que evitarás que me caiga.

Sospechaba que resistirme a la linda y pequeña Rhoslyn sería más difícil que luchar solo contra una legión entera de dresalods.

CAPÍTULO 7

RHOSLYN

Volamos a través de la noche, pero todavía no llegamos al final del bosque.

—No termina nunca —dije, demasiado cansada para seguir discutiendo con Jaus.

—Me detendré y podrás descansar —dijo.

—No habrá sexo —le advertí.

Se rio por la nariz, pero no dijo nada.

Feyla voló más bajo, sus garras rozando las copas de los árboles. Cuando un área abierta se acercó, bajó tan rápido que mi estómago no estaba seguro de poder seguirle. Tragué saliva mientras la criatura gigante aterrizaba con un golpe sordo en la hierba gruesa y crecida.

Antes de que pudiera decir nada, Jaus me rodeó la cintura con su brazo y saltó del vox, llevándome con él. Me puso en el suelo y me quitó la mochila, dándomela. La dejé caer en la hierba, demasiado cansada para preocuparme por lo que podría haber dentro.

También desenganchó una pequeña bolsa de uno de los pinchos que corrían por el cuello de la bestia. De ella, sacó una cantimplora y me la dio.

—Bebe. Encenderé un fuego. Dormiremos aquí por el resto de la noche y continuaremos viajando mañana.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—Llegaremos a la ciudad a última hora de la tarde de mañana —dijo.

—Tan lejos —dije. Si escapara, nunca podría caminar de regreso al pueblo. Mi corazón se hundió en mi estómago, y los dos se revolvieron juntos. Las lágrimas me picaban en los ojos, pero las reprimí. Estaba aquí para que Lyneth no estuviera, y les agradecería a los dioses por eso.

Jaus recogió leña y despejó un área bajo las ramas anchas de un abeto. Encendió un fuego rápidamente, y el olor pesado a humo me llenó la nariz cuando sopló hacia mí.

—Siéntate —dijo, señalando un lugar a su lado.

Todavía estaba de pie donde me había dejado junto a Feyla. Ella me miraba con lo que juré era indulgencia en sus ojos. Al menos no me había mordido el brazo.

Con un resoplido, comenzó a mordisquear la hierba junto a sus patas delanteras.

—Ella no come carne —dijo Jaus, tirando varios troncos gruesos al fuego.

Después de beber de la cantimplora, caminé hacia él y la dejé caer a su lado. —Necesito... —dije.

Asintió y se levantó de cuclillas, levantando su maza. —Voy contigo —dijo.

Un escalofrío me recorrió. —Por favor, no —dije.

—Te prometo no mirar.

Porque gruñó las palabras, decidí confiar en él al menos en esto. Me di la vuelta y caminé hacia el bosque, aunque no fui muy lejos. El sonido del chillido del shayde todavía me perseguía en la mente, y no quería atraer a otro cerca. Necesitábamos descansar, no luchar contra ellos durante el resto de la noche.

Después de que terminé, regresamos al fuego.

Jaus se agachó de nuevo, agregando más leña. Me senté enfrente de él, saboreando el calor de las llamas que lamían hambrientas los troncos.

Se levantó y vino a mi lado, sentándose junto a mí y colocando la bolsa en su regazo. Antes de que pudiera moverme de nuevo, se aferró a mi brazo.

—Te quedarás conmigo, pequeña compañera, para asegurarte de que nada te arrebate.

Me recorrió un escalofrío. Miré hacia el bosque, pero todo lo que pude ver fueron las llamas que había estado mirando.

—No mires directamente a ellos. Te cegarán momentáneamente, y no sabrás que algo te está acechando hasta que... —Su risa baja resonó—. Te salte—.

—Consejo sabio que aplicaré también contigo.

Su risa se volvió más fuerte. Después de colocar su maza en la funda de su espalda, abrió la bolsa y sacó un paño empapado en aceite, desenrollándolo para revelar grandes trozos de lo que parecía grano, bayas secas y algo grasoso que lo mantenía todo unido. Rompió uno por la mitad y me dio una pieza, hundiendo sus colmillos en la otra con ansias.

Me comí un poco, y pronto mi estómago rugió, diciendo que bocados pequeños no eran suficientes. Después de comer más de la mitad, sin embargo, le di el resto a él.

—Tú lo necesitas —dijo—. ¿De qué otra manera criarás a mis orclings en tu barriga redondeada?

—Será interesante ver cómo planeas obtener orclings de mí si no planeas follarme.

—Te montaré pronto.

—Permíteme decir, que no espero ese momento con ansias.

—Lo harás.

—¿Presumiendo *de nuevo*?

—Diciendo la verdad—. Comió el resto de la comida y lanzó la bolsa hacia donde había dejado la cantimplora de agua. —Es hora de dormir, pequeña compañera.

—Me acostaré allí —señalé al otro lado del fuego—. Y tú puedes quedarte aquí.

—Dormiremos juntos desde ahora en adelante.

Mi respiración se detuvo, pero me mordí la réplica afilada. Estaba demasiado cansada para seguir con la batalla. Podría levantar mi espada, por así decirlo, de nuevo en la mañana.

Se acostó, tirando de mí con él, manteniéndome entre él y el fuego.

—¿No necesitas hacer guardia? —pregunté suavemente.

—Feyla lo hará por mí. Ella oirá a los shaydes acercarse antes de que yo lo haga, y atacará mientras suena la alarma—. Uno de sus brazos se enrolló cerca de la empuñadura de su maza y el otro permaneció apretado alrededor de mí. —Duerme, compañera. Te despertaré en la mañana—.

—Me despierto temprano—dije—. Al amanecer, la mayoría de los días. Entre preparar tisanas y pócimas y atender a aquellos que necesitan mis habilidades de curación, mi día está lleno. No soy la única curandera en el pueblo, pero incluso sin presumir, puedo decir fácilmente que soy mejor que la mayoría. Mis compañeros de pueblo sufrirán con mi partida.

Eamon es un alcalde increíblemente estúpido por no ver mi valor fuera de calentar su cama.

Jaus me apretó contra su longitud. Protestaría por nuestra cercanía si no estuviera saboreando su calor. Este macho era un segundo fuego, y no pasó mucho tiempo antes de que mis párpados comenzaran a hundirse por el agotamiento.

Su polla me presionaba el trasero, pero por ahora, confiaría en que no me la metiera dentro.

CAPÍTULO 8

RHOSLYN

Me desperté con Jaus golpeando mi trasero.

—Levántate, pequeña compañera. No más dormir junto al fuego para ti. Ya es hora de que nos vayamos.

Me senté, miré alrededor y noté a Feyla masticando hierba mientras se paraba en el centro del prado, con su cola espinosa moviéndose lentamente de un lado a otro, y su mirada intensa escaneando el bosque circundante.

Me di la vuelta hacia Jaus.

—Maldita sea —dije—. Estaba rezando para que fueras una pesadilla que se fuera antes del amanecer—. Me saqué el cabello de los ojos y lo até en una trenza apresurada. Mi vejiga protestó el movimiento, y temí decirle que necesitaba entrar al bosque de nuevo. Anoche, estaba oscuro. Ahora, podría ver todo.

Los labios de Jaus se abrieron en una gran sonrisa mientras me veía arreglar mi cabello, sus colmillos fuertes brillaron intensamente a la luz del sol.

—Soy tu sueño más querido, pequeña compañera, nunca tu pesadilla.

—Para un macho que no me quiere, seguro sugieres que sí.

—Montarte es una cosa. Quererte es otra.

Bufé.

—Funciona en ambos sentidos.

—Por ahora.

Me levanté y comencé a caminar hacia el bosque.

—¿Estás sugiriendo que te enamorarás de mí y me pedirás que te devuelva el cariño?

—No me preocupa en lo más mínimo.

—¿Qué significa eso? —. Me detuve mientras decidía cómo evitar un gran montón de zarzas adelante.

Me levantó y me dejó caer en el lado opuesto. Al menos era útil para eso.

Caminé un poco más con él justo detrás de mí, su mano en la empuñadura de su maza.

—No me enamoraré —dijo—. Pero tú sí. Sucumbirás como todas las demás hembras reclamadas durante la caza.

Bufé.

—Yo controlo mi corazón, y no lo doy fácilmente.

—Así como yo. Pero es común que aquellos destinados a los orcos amen a sus nuevas parejas con ferocidad y rapidez.

—Probaré que esa idea es incorrecta—. Le lancé una mirada torva. —Date la vuelta, por favor.

Puso los ojos en blanco, pero lo hizo.

Después de que terminé, regresamos al fuego muerto y a Feyla, que nos esperaba.

—Vuelve a subir a mi vox, pequeña compañera —dijo, levantándome fácilmente y colocándome para que enfrentara la cola de Feyla—. Un salto, y se sentó conmigo, tirando de mí hacia arriba para que me sentara en su regazo. Ahora mis piernas no tenían dónde ir más que alrededor de sus caderas. Su brazo me rodeó la cintura, y sus pies se movieron sutilmente debajo de nosotros.

Feyla saltó hacia arriba, con sus alas chasqueando, y pronto estábamos volando sobre el bosque de nuevo.

Volamos en silencio, lo que fue un respiro bienvenido de su jactancia y mi respuesta.

No soy normalmente el tipo de persona que discute, aparte de con Eamon, y con él, solo siento desdén, no deseo.

El horror me invadió cuando me di cuenta de algo. A pesar de nuestras discusiones constantes, me atraía Jaus.

No lo deseo.

Sin embargo, estaba obsesionada con su certeza de que todas las parejas destinadas se enamoraban de sus maridos orcos.

Paramos dos veces para comer más de las bayas, semillas y nueces empaquetadas, y drenar el resto del agua.

Todo el tiempo que volamos, Jaus escaneó intensamente el área alrededor de nosotros, su mirada siempre regresaba a mi rostro. Al menos sus ojos no se desviaron de allí. Podría estar agradecida por eso.

Había hecho claro que me acostaría a su lado, pero por ahora, no parecía listo para dar rienda suelta a su amenaza de acostarse conmigo.

Para cuando el sol se deslizó hacia el horizonte, nos acercábamos a la ciudad de los orcos. Un vasto cuerpo de agua brillaba con un color lavanda pálido más allá de las murallas exteriores, con solo unas pocas crestas de blanco rompiendo la superficie de vidrio.

—Nunca he visto nada como esto antes —dije con asombro—. Es...

—¿De qué hablas? —. Su ceja se frunció mientras escaneaba el área. ¿Pensaba que seríamos atacados? ¿Quién se atrevería a acercarse a Feyla, por no hablar del magnífico orco que la montaba con un arma de la mitad de mi tamaño atada a su espalda? Ayer, había incrustado la cabeza de ella en el shayde con una facilidad que me dejó atónita.

—Hablo del enorme cuerpo de agua —dije.

—Es el Mar de Tartledge. No vayas allí—.

—¿Por qué no? —

—Aunque planeo mantener un control estricto, tendrás tiempo libre —dijo con brusquedad—. No te acerques al mar.

—Necesitas decirme por qué.

—Los dresalods te verán.

—No sé qué son.

—Ojalá nunca lo descubras.

Me estremecí, aunque no estaba segura de por qué.

—Tu ciudad es hermosa —dije mientras Feyla volaba más cerca. Tomé en cuenta la luz del sol reflejándose en edificios que parecían

haber sido tallados en la plata más fina—. Nosotros construimos estructuras de madera, como probablemente sabes—.

—Se queman. La plata no se quema tan fácilmente.

—Si bien es bueno evitar materiales inflamables, ¿por qué sienten la necesidad de construir todos tus hogares de metal?

—Hubo un tiempo en que los voxes como Feyla atacaban —dijo —. Una especie anterior de voxes podía incendiar un edificio entero con un solo estallido de sus pulmones.

—¿Feyla no puede?

—Se ha criado selectivamente para que no posea fuego desde hace mucho tiempo.

No podía imaginar lo horrible que debió haber sido cuando sobrevolaban un pueblo, quemando todo a la vista.

—Los entrenamos desde el momento en que salen de su semilla —agregó—. Y continuamos criando solo a aquellos que no poseen fuego.

—¿Tú posees todos ellos?

—Nadie posee un vox. Nos permiten trabajar con ellos. Unos pocos animales sin entrenar existen, pero los hemos alejado lo suficiente para que ya no nos busquen—.

Un escalofrío me recorrió. Cuando me quedé detrás de las murallas de la fortaleza, me sentí segura. En ese momento, pensé que la única amenaza venía de los shaydes. Ahora había descubierto que vivía en un mundo increíblemente peligroso.

—Pensé que los orcos vivían una vida relajada, aparte del raro momento en que tenían que alejar a los shaydes de la fortaleza — dije.

—Esa es solo una de las pequeñas tareas en las que nos involucramos.

El sol había subido lo suficiente en el cielo para dispersar las sombras que se enrollaban a lo largo de los lados de los edificios. Mientras Feyla volaba sobre las líneas del techo, su sombra nos perseguía a través de las calles empedradas debajo. Unos pocos orcos se detuvieron y miraron hacia arriba. Algunos saludaron.

—Tantas casas —dije—. ¿Cuántos orcos viven aquí?

—Miles, más unas pocas mujeres pequeñas como tú.

Me reí. La mayoría me consideraba alta y extra curvilínea. —No soy pequeña.

—Lo eres para mí.

—La fuerza no proviene solo de los músculos, por si no lo sabías.

—No sería un buen comandante militar si no supiera eso ya.

Siguió mirándome, y me pregunté qué pensaba, aparte de creerme pequeña.

—¿Todas las mujeres tomadas durante las últimas diez cacerías viven aquí?

—Aquí o con otros clanes de orcos. Están felizmente emparejadas con sus maridos orcos.

Mi estómago se tensó. Cuando llegáramos a su hogar, ¿me reclamaría por completo? No estaba segura de por qué, pero la perspectiva me hizo sentir un hormigueo en el cuerpo. ¿Tendría la voluntad de luchar contra él?

—Fueron *forzadas* a emparejarse con orcos —señalé.

Una parte de su ceja gruesa se levantó.

—¿Como te he forzado a emparejarte?

—Dijiste que dormiré en tu cama, que pronto me follarás.

—No hasta que me lo pidas.

Comenzaba a sospechar que no me tomaría mucho hacerlo.

Mis mejillas ardieron de vergüenza. Me había dejado claro que no me encontraba deseable. Debería estar agradecida de que solo me quisiera como sirvienta y alguien para calentar su cama. Podría contener mi corazón si no hacía un esfuerzo por conquistarme.

—Sabes que no te lo pediré —dije, hablando con valentía cuando no estaba segura de que pudiera.

Se inclinó cerca de mi oído, sus ojos brillando con humor, y una parte de su seductora boca se curvó hacia arriba.

—Apenas te he tocado. Pronto verás.

Mi piel se inflamó, y me gustaría decir que todavía era solo por vergüenza, pero olía demasiado bien. Y su piel gruesa y verde dorada se sentía demasiado bien bajo mis palmas.

—Solo me estoy aferrando porque no quiero caer —dije, levantando la barbilla.

—¿No hay otra razón, pequeña?

No le permitiría que me irritara. Si alguna burla iba a ser hecha, vendría de mí, no de él. La mejor manera de manejar a un macho como este sería ignorarlo, algo que estaba encontrando un desafío mientras estaba apretada contra su pecho.

Su polla se movió. Me miró a través de ojos entrecerrados, pero no sabía qué veía aparte de una débil y *pequeña* mujer humana.

—Tus compañeras de pueblo están felices viviendo con sus parejas orcos. Cada una estuvo más que dispuesta a unirse con él. Han dado a luz a orclings, como deberían.

Allí iba de nuevo, pinchándome con sus palabras y la luz torturadora que bailaba en sus ojos oscuros.

—*Si* me convierto en tu pareja... —haría todo lo posible para no sucumbir a su toque—. Tú terminarás teniendo orclings conmigo.

Se encogió de hombros, dirigiendo su atención hacia adelante.

—Tienes razón.

—Asegúrate de recordar respirar.

Su mirada aguda aterrizó en mi rostro de nuevo.

—¿Por qué?

Saqué uno de sus cuchillos de una funda en su lado y lo blandí cerca de su nariz.

—Si sostienes la respiración, esperando a que me rinda, te desmayarás.

—*Nunca* me desmayo.

Algunas lo han hecho.

—De todos modos. No pienses que seré fácil de ganar o plantar orclings en...

Su risa estalló de sus pulmones, llena y gutural. Su mano salió disparada, robando el cuchillo de mi mano con facilidad. Lo devolvió a la funda.

—Te odio—.

Solo se rio por la nariz, y esa mirada irritante y sabedora permaneció en sus ojos.

—Por ahora.

¿Cómo podía estar tan seguro de que lo amaría?

—Nunca he anhelado el sexo, y ciertamente no lo haré contigo —dije con brusquedad.

—Lo harás.

¡Argh! Quería golpearlo, pero no me atreví del todo. Primero, era una curandera, no alguien que dispensara daño.

Segundo, era un orco, una bestia feroz y rugiente según las leyendas humanas.

Tercero, era muy bueno con su maza.

Aunque no había visto nada bestial en él. Había matado al shayde, pero ¿quién no lo haría? Comer o ser comido, y los shaydes amaban nuestra carne. Sin embargo, debía ser bestial por dentro. Y extra gruñón.

Jaus se irritaba con facilidad, así que era divertido pincharlo. Nunca había aprendido a controlar mi boca, y no iba a empezar ahora.

—En cuanto a mi fuerza, pronto te sorprenderé. La mía está dentro—. Lo miré, estudiándolo como él me estudiaba a mí. Había visto a unos pocos orcos cuando se acercaban a la fortaleza, cazando shaydes o discutiendo el cambio de guardia con aquellos que trabajaban a lo largo de la cerca de la fortaleza. Pero siempre venían de noche. Nunca había tenido la oportunidad de ver a uno de ellos de cerca y a la luz del día.

El cabello de Jaus, despeinado por el viento, colgaba más allá de sus hombros en un desorden salvaje, y era más suave que la seda más fina. Lo había descubierto cuando Feyla se inclinó bruscamente hacia la derecha para evitar un grupo de pájaros, y me aferré a los hombros de Jaus.

¿Qué se sentiría pasar mis dedos a través de él, besar a lo largo de su línea de mandíbula hasta que pudiera enterrar mi rostro en los gruesos mechones?

Besarlo era un concepto extraño. Nunca había pensado en los orcos como atractivos. Eran el material de las pesadillas.

Desafortunadamente, no era difícil para mí sentir deseo por este devastadoramente hermoso orco. Si no tenía cuidado, podría ser mi caída. Me había hecho claro que no me quería, que nunca lo haría.

Mi corazón se apretó al pensarlo. No lo *quería*. Debería estar agradecida de que no me forzara.

No era una verdadera doncella, aunque él me había llamado así anteriormente. Antes de que mis padres murieran y me dedicara a mi hermana, había estado con un hombre, uno con el que pensé que podría casarme. Me cambió por a otra cuando lo empujé suavemente hacia ese lado.

El sexo no era nada por lo que anhelar, sin embargo, al menos no con el hombre que pensé que podría casarme.

¿Con Jaus? Esperaba poder aferrarme a mi voluntad y resistirlo.

Feyla voló más bajo, tan cerca de los edificios que sus garras podrían rozar los techos puntiagudos. Sin adornos, las paredes de las casas de un solo piso y hasta de tres pisos parecían increíblemente lisas. Si una feroz criatura intentara escalarlas, sus garras no encontrarían agarre. El atacante se deslizaría por la superficie y aterrizaría con fuerza en el suelo.

Con un sutil empujón de su talón, Jaus dirigió a Feyla hacia la derecha. Si no estuviera sentada en su regazo, habría perdido cómo controlaba a Feyla con una serie de complejos comandos con los pies.

—No sé nada sobre los voxes —susurré, aunque nadie podía oírnos excepto nosotros. Unos pocos voxes montados volaban a lo largo de la costa, eran los únicos otros seres a la vista.

—Aprenderás.

Feyla voló aún más bajo, volando en ángulo sobre las calles empedradas pulidas que se entrelazaban entre los edificios. Pasamos un gran mercado abierto lleno de orcos que vendían sus mercancías, pero no vi a una sola mujer. ¿Se les mantenía escondidas dentro?

Volamos hacia un edificio alto situado entre los que estaban más cerca de la costa. Más allá de un muro alto y grueso montado con guardias erizados, avisté una amplia franja de arena negra patrullada por más orcos que llevaban armadura pesada y portaban numerosas armas. No vi barcos. ¿Quién se atrevería a atacar una fuerza tan formidable por mar?

A la orden de Jaus, Feyla se lanzó hacia el último edificio al final de la larga fila de ellos que se alzaba lo suficientemente alto como para ver el mar desde el piso superior. El vox se acercó a la

residencia de la torre a una velocidad que hizo que mi corazón rugiera hasta mi garganta.

Me aferré a los brazos de Jaus hasta el punto de que mis dedos debían pinchar, pero él no pareció notarlo.

Su mirada de pedernal permaneció en el agua más allá del muro alto que rodeaba la ciudad. Como todo lo demás sobre lo que habíamos volado, el muro estaba construido de plata vidriosa, y era casi tan alto como los edificios mayores.

Uno de los orcos que patrullaban el muro se detuvo y lanzó un grito gutural. Su brazo se levantó, señalando hacia el agua.

Jaus se tensó sutilmente. Si no estuviera apretada contra él, lo habría perdido. Su pulso latía en su sien, y sus labios se apretaron.

El grito del orco fue recogido por aquellos en la orilla. Levantaron sus armas y se dieron la vuelta para enfrentar el mar en una larga línea.

Feyla aterrizó en un área circular abierta montada cerca de la línea del techo de un edificio, viniendo a descansar con un golpe que me sacudió los huesos. Desde aquí, no podía ver el muro ni el mar.

Gritos y gritos guturales resonaron desde esa área, con las voces haciendo que el aire se espesara con tensión. Esto no era un grito de bienvenida. No, si adivinaba correctamente, estaban anticipando una batalla. ¿Con quién?

Jaus saltó de Feyla y se estiró, sus largos dedos rodeando fácilmente mi cintura. No era una pequeña doncella a pesar de que él me llamara así. Me bajó a la superficie de piedra lisa. Antes de que pudiera hablar, saltó de nuevo sobre la espalda de Feyla.

Las cornetas sonaron a lo largo del muro y la orilla, discordantes y agudas, haciendo que mis oídos dolieran.

—Entra —gritó Jaus, su mirada feral. Después de lanzar mi mísera bolsa de posesiones sobre la piedra junto a mí, agitó su mano hacia una puerta de metal montada en el lado de la torre. Una bandera con el símbolo de Azuris flameaba frenéticamente en la brisa en la cima de ella.

—¿Dónde estamos? —grité sobre los gritos de los orcos y algo que nunca había oído antes en mi vida. Una pesadilla había cobrado

vida. Chillidos y el sonido de garras raspando para encontrar agarre en metal liso me hicieron estremecer.

—Este edificio es mi hogar —dijo Jaus—.

—¿No vas a entrar conmigo?

Sacudió la cabeza hacia atrás y hacia adelante, su mirada fija en el mar.

Un gran grupo de voxes voló sobre nosotros, el viento agitado de sus alas nos rodeó.

Un gruñido rasgó la garganta de Jaus.

—No tengo tiempo para esto. Entra.

No tenía tiempo para *mí*, quería decir. No era como si esperara un gran tour de su residencia, pero no pensé que me abandonaría al momento en que llegáramos.

—¿Vas a follar con alguien más ya? —jadeé el segundo en que las palabras estallaron de mí, consternada de que hubiera hablado en voz alta.

Sus ojos se cerraron.

—Entra —dijo suavemente—. Por favor.

Mi rostro se calentó hasta el punto de hervir, y me reprendí por comportarme como una tonta. Me había hecho claro sobre sus necesidades. Mientras chillaba como una arpía, él continuó tratándome como había dicho, suavemente.

Los celos cubrieron mi garganta, amargos y pegajosos, y los tragué, decidida a nunca permitir que el sentimiento surgiera dentro de mí de nuevo. Era ridículo sospechar algo así. Estaba claro desde los gritos en la playa que algo estaba atacando la ciudad, que él tenía que irse para enfrentar la amenaza con su arma desenfundada.

Feyla chasqueó los dientes, pero no parecía enviar su ira hacia mí. No, también estaba dirigida hacia el enorme cuerpo de agua más allá del muro.

—¿Qué sucede? —pregunté mientras Jaus golpeaba los lados de Feyla—. Iré adentro, pero por favor, dime.

Feyla saltó hacia arriba, sus alas chasqueando para atrapar el viento.

Otra flota de voxes pasó por encima, con los orcos montados sobre sus espaldas empuñando armas.

La mirada de Jaus se encontró con la mía, y nuevamente, se suavizó.

—Por favor, Rhoslyn. Entra. Los dresalods están atacando.

CAPÍTULO 9

JAUS

No podía esperar mucho más. Mis compañeros orcos necesitaban que los comandara, no solo que luchara a su lado.

Los chillidos de los dresalods moribundos resonaban a nuestro alrededor, pero los rasguños de muchas garras en los muros exteriores me decían que una gran legión había elegido este momento para atacar la ciudad. Si no los echábamos al agua, escalarían los muros y tomarían las calles.

Destruirían todo y a todos los que encontraran a su paso, como siempre que salían del mar.

Si pasaban el muro, tendríamos que rastrearlos uno por uno, y matarían a muchos antes de que los derrotáramos. Se reproducían como ribbers. Peor aún, maduraban en unos pocos meses.

Temiendo la luz del sol, antes solo atacaban de noche, pero se habían vuelto audaces durante el último año. Ahora atacaban tanto de día como de noche.

A pesar de mi necesidad de irme, mantuve a Feyla flotando sobre Rhoslyn, la hembra a la que estaba ligado por el resto de mis días. La compañera elegida para mí por el corazón de mi clan. La mujer a la que podría seducir y con la que podría engendrar orclings pronto.

Joder, la deseaba como a ninguna otra.

Ella me observaba con una expresión que no podía leer, su glorioso cabello girando a su alrededor como hebras de un estandarte dorado. Quería marcarla como mía. La ansiaba.

Un suspiro se escapó de mi pecho apretado.

—¿Qué son los dresalods? —gritó Rhoslyn, retrocediendo hacia la puerta.

Bien. Necesitaba entrar. Yo necesitaba irme.

Aun así, me quedé. No podía apartar la mirada.

—Atacan. Matan —gruñí—. A menos que los eliminemos primero.

Sus ojos se agrandaron con pánico, y giró la vista como si los dresalods estuvieran apostados en la cima del muro, salivando mientras saltaban hacia mi hogar para atacarla.

No debía explicarle a esta pequeña hembra que ya había demostrado ser todo lo contrario a débil. Veía su fuerza en el inclinar de su cabeza. La sentía en la forma en que hablaba, sin miedo al enfrentarse a un comandante orco endurecido.

El conocimiento de que tenía una voluntad tan tensa como la mía ya estaba incrustado en mi corazón.

No, no mi corazón. Tomaría su cuerpo de buena gana, pero no la amaría.

—Tengo que irme —gruñí.

Sus hombros cayeron.

—Lo siento. Entraré —dijo. Sujetando la bolsa que había traído, forcejeó con el pestillo de la puerta detrás de ella, abriéndola. Entró en la oscuridad.

Aun ahora, no me fui.

Me dio un breve asentimiento.

—Ayuda a los demás. Yo encontraré mi camino por dentro.

Muy bien.

Con el pomo de mi maza apretado en mi mano, insté a Feyla hacia el mar y la batalla en curso. Era hora de reducir la población de los dresalods, aunque solo fuera por un breve tiempo. Mostrarles que eran unos tontos por salir del mar.

Rhoslyn me llamó mientras Feyla se lanzaba hacia un dresalod que se levantaba para treparse a la cima del muro.

—Vuelve —gritó.

¿Dijo esto porque temía quedarse sola en la ciudad orca? Debía ser eso.

Las palabras no expresaban sentimientos crecientes.

CAPÍTULO 10

RHOSLYN

Después de golpear la puerta de metal con fuerza, deslicé la gruesa barra a través de ella. Retrocedí, aferrando mis temblorosas manos a mi garganta.

No me importaba lo que le sucediera a él, eso me dije a mí misma.

Si estaba muerto, tal vez se me permitiría regresar con mi amada hermana.

Cuando me desplomé contra la fría pared de piedra, no estaba cediendo a las emociones encontradas que se agitaban dentro de mí.

No me *gustaba* Jaus. Me irritaba. Me provocaba.

Despertaba emociones en mí que nunca había sentido antes.

—Solo lo conociste hace unos días —me dije a mí misma, mi susurro tan áspero como los gritos de muerte que resonaban afuera —. Mantente agradable y tal vez te liberará de esta farsa de apareamiento.

Los chillidos crecieron en volumen y mi corazón se detuvo. ¿Ya estaba herido?

Seguía imaginando cómo Jaus había matado al shayde tan rápido. Era un comandante. Seguramente eso significaba que regresaría a mí a salvo.

¿Regresar a mí? Pensamientos como esos sonaban demasiado cercanos a preocuparme, y no me gustaba ni un poco.

—No va a ser un verdadero compañero para mí. —Vaya, ni siquiera quería acostarme bajo él para aparearme. Era gruñón y rudo. ¿Cómo podría encontrar eso atractivo?

Mi cuerpo palpitante me decía que tal vez sí lo hiciera.

—Olvídalo. —Enderecé mi espalda, apartándome de la pared. Con la bolsa en la mano, me giré y caminé más adentro en la oscuridad. Una luz floreció más adelante, al final del pasillo, contorneada por una lámpara whisp que colgaba al lado de otro panel de metal. Como el ritmo del whisp había disminuido, abrí el panel frontal transparente y soplé sobre el mecanismo dentro de él. Giró más rápido y la luz se intensificó.

—¿Por qué una segunda puerta? —me pregunté a mí misma. ¿Esperaba Jaus que los dresalods rompieran la puerta exterior?

El escalofrío que recorría mi cuerpo me decía que tal vez sí.

—¿Por qué no hemos oído hablar de los dresalods? —pregunté a nadie en particular.

Tal vez porque estábamos demasiado ocupados luchando contra los shaydes como para esperar algo más. O quizás no salían de esta zona. Jaus dijo que venían del mar para atacar. Tal vez no podían mantenerse fuera del agua por mucho tiempo para cruzar el bosque, aunque esa idea era pura especulación de mi parte. Le preguntaría sobre ellos más tarde, cuando regresara.

Si regresaba.

—No te enredes en el miedo por él. Si no regresa, si está… muerto, puedes suplicar a quien esté al mando que te deje volver a la aldea.

Con un plan, aunque fuera mínimo, mi tensión disminuyó un poco.

Solté el pestillo de la puerta y la abrí de un tirón, pesada como era. Ligera para un orco, seguro.

Una vez dentro, cerré y atranqué la segunda puerta. ¿Cómo entraría Jaus?

Podía tocar.

Ja. Si lo hacía, tal vez lo dejaría entrar, o tal vez no. Si permitirle el paso le daba la oportunidad de hacer demandas sobre mi cuerpo y mi tiempo, dejarlo afuera sería mi mejor opción. Podía dormir en el

balcón abierto o con Feyla. Ella debía tener un nido en algún lugar cercano, y él podía acurrucarse con ella en vez de conmigo.

Mi sonrisa se ensanchó al observar la enorme sala de estar, con ventanas distribuidas uniformemente a lo largo de toda la pared exterior. La habitación parecía ocupar todo el nivel de la torre. Al otro lado, la escalera descendía y ascendía.

Hora de explorar.

Crucé la estancia y lancé mi bolso sobre un sofá del tamaño de un orco, deteniéndome junto a la escalera de caracol.

—¿Arriba o abajo?

¿Por qué no ambas direcciones?

Subí y me encontré en otra habitación amplia, con una gran estructura de piedra en el centro y tuberías descendiendo desde arriba. Me asomé.

—Una bañera.

Habían colocado piedras planas alrededor de la pared exterior en distintos niveles, y un desagüe en el centro debía permitir que el agua se vaciara por las tuberías situadas en el techo del área de estar y el suelo de madera bajo mis pies. A un lado de la habitación, había un lavabo y lo que parecía un inodoro, aunque en la aldea solo teníamos letrinas cavadas en la tierra. Cerca del inodoro había otra gran bañera de piedra, que parecía destinada a lavar ropa, si los estantes de madera apoyados contra la pared junto a ella eran una pista.

Lavar mis cosas en un barreño sería mejor que arrastrar la ropa sucia hasta el río, limpiarla allí y luego volver a cargarla para colgarla junto a la estufa de leña.

Subí la escalera hasta el último nivel, donde encontré un dormitorio con una cama enorme, meticulosamente hecha con mantas gruesas. Paneles semitransparentes en el techo dejaban entrar una luz tenue. Si me acostaba en esa superficie de noche, ¿podría ver las estrellas?

—Vas a hacer todo lo posible por evitar acostarte ahí —me dije—. Acostarte ahí significaría dormir con Jaus, y eso podría llevar a que hiciera cosas que te harían rogar por más.

Tenía que haber otra cama en alguna parte.

Un gran grupo de voxes montados sobrevoló la torre, el batir de sus alas creando un pesado susurro. Por los alaridos que llegaban desde la costa del reino, la batalla contra los dresalods continuaba.

La preocupación por Jaus nubló mi mente, pero aparté el pensamiento. Apenas lo conocía. No me importaba de esa forma. Solo era mi instinto de supervivencia aferrándose a mi corazón, insistiendo en que lo necesitaba para sobrevivir aquí.

Buscando una distracción, y porque era curiosa, me acerqué a un enorme armario y tiré de los paneles, revelando hileras ordenadas de ropa, desde túnicas formales con insignias bordadas hasta prendas sencillas como pantalones y camisas suaves. Las túnicas verdes se verían increíbles en Jaus con su piel verdosa y dorada. Y podía imaginarme cómo los pantalones se ajustarían a sus muslos y a su...

¿Qué estaba pensando? No importaba lo que usara, seguiría siendo un orco. No es que mi gente los despreciara necesariamente, porque dependíamos de su protección, pero tampoco eran bienvenidos dentro de las murallas de la fortaleza para una simple visita social.

Ese pensamiento me golpeó el pecho como un puñetazo, aunque no estaba segura de por qué. Los orcos nunca habían dado señales de querer ser bienvenidos en nuestra aldea.

Los cajones de la cómoda contenían montones de taparrabos de distintos materiales, aunque solo en tonos marrón, beige y gris. Prendas simples que podía atar a su cintura y entre las piernas para cubrirse. Cada uno tenía fundas para armas pequeñas. Pero claro, era un guerrero. ¿Qué otra cosa vestiría al entrenar? Ropas gruesas podían estorbar, y tropezar en combate significaba el fin.

Sobre la superficie pulida de la cómoda solo había un brazalete tejido, demasiado pequeño para la gruesa muñeca de Jaus. Su trenzado intrincado incluía cuentas de piedra azul pálido, que relucían a la luz tenue. Por la forma en que estaba tejido, sospeché que era viejo, de al menos cinco años o más.

Y el corte en ambos extremos me indicó que lo habían desprendido de la muñeca de su dueño.

—¿A quién perteneces? —murmuré, segura de que su dueño seguiría siendo un misterio.

Dejé el dormitorio y bajé hasta el nivel más bajo, encontrando una cocina y un comedor, además de una gran oficina con un escritorio digno de un comandante orco. Al igual que la sala de estar y la habitación, cada estancia estaba impecable, sin una sola mota de polvo o suciedad a la vista.

En la cocina, sin ventanas exteriores, reinaba el silencio. Revisé la caja de enfriamiento y devoré rápidamente el queso y el pan áspero que encontré sobre la mesa, apenas alcanzando su superficie cuando me senté en una de las cuatro sillas. Tendría que usar un cojín la próxima vez o me sentiría ridículamente pequeña.

Con el estómago calmado, me recosté en la silla y me preocupé.

—Estoy preocupada por Jaus, igual que lo estaría por cualquiera que esté luchando contra esas criaturas aterradoras —me dije—. No tiene nada que ver con él en particular.

Volví a la sala de estar y me hundí en el sofá por lo que parecieron horas, cubriéndome los oídos para bloquear los aterradores sonidos del exterior. Mi respiración resonaba en mi cabeza, y el tamborileo acelerado de mi pulso me hacía desear correr hasta el borde de la ciudad y adentrarme en el bosque para siempre.

En realidad…

Me levanté, agarré mi bolso y corrí hacia la puerta, pegando la oreja contra ella. No se oía nada. Deslicé el cerrojo y la entreabrí. Silencio. La abrí un poco más y bajé por el pasillo hasta la puerta exterior, quitando la tranca.

Cuando la entreabrí y no escuché nada, me deslicé fuera por la estrecha abertura y pegué la espalda contra la pared de la torre.

El mundo se había vuelto loco.

Voxes montados surcaban el cielo, lanzándose hacia el mar. Gritos de furia y dolor me envolvían desde todas direcciones, interrumpidos por alaridos penetrantes que debían de ser de los dresalods.

Solté mi bolso y me acerqué al borde del balcón, aferrándome al muro con tanta fuerza que la piedra se me incrustó en las palmas.

Desde allí, más allá del alto muro, podía ver la franja de arena donde la costa se encontraba con el mar.

Criaturas tan altas como los orcos, con seis patas terminadas en garras afiladas, avanzaban hacia ellos mientras los guerreros las atacaban con enormes armas. Sus gruesos caparazones eran planos en la espalda, y sus enormes pinzas delanteras chasqueaban al atrapar orcos y arrojarlos al mar, donde otros de su especie esperaban para arrastrarlos bajo las agitadas olas.

Jamás había visto algo tan sangriento y devastador como esa batalla.

Gruñidos y alaridos de dolor se elevaban en el aire, desgarrándome como la piedra más afilada. Jaus estaba ahí fuera en alguna parte, luchando por su vida.

O podría estar muerto ya.

El pensamiento hizo que se me encogiera el corazón. Apreté los ojos con fuerza, pero lo único que veía era a Jaus tendido sobre la arena, la sangre manando de numerosas heridas, un enorme dresalod despedazándolo con sus garras.

—¿A dónde vas, pequeña compañera? —preguntó Jaus detrás de mí.

Jadeé y me giré de golpe.

Mi pie tropezó con algo y caí por encima del muro.

CAPÍTULO II

JAUS

Tomé a Rhoslyn del brazo y la levanté de nuevo hasta el balcón. En lugar de colocarla sobre sus pies, la sostuve, saboreando la sensación de su dulce y exuberante figura, su calidez y la forma en que se aferraba a mis hombros.

Ella calmó a la bestia que aún rugía en mi interior, obligándola a resoplar y retroceder.

—Te dije que te quedaras dentro —dije.

Estaba agotado de tanto luchar. Cansado de matar. Pero ¿qué otra opción tenía? Si no eliminábamos la amenaza cada vez, sería ella quien nos eliminaría a nosotros.

Sus manos revolotearon sobre mi pecho.

—Tú… estás vivo.

—¿Deseabas que muriera?

Levantó la mirada de golpe.

—¿Debería? Me preguntaba qué harían conmigo si no regresabas.

—¿Creíste que te devolverían?

La forma en que sus ojos brillaron me dijo más de lo que quería saber. Todavía deseaba volver a su aldea. ¿Por qué no lo haría? No había hecho nada para convencerla de que quería estar a mi lado.

La vida era tan frágil. Podía ser arrebatada de un solo golpe de garra.

—¿Se te ocurrió que podrían entregarte a alguien más? —pregunté.

Contuvo el aliento y presionó el rostro contra mi pecho.

—Al menos entonces no estaría contigo.

Parecía demasiado complacida con la idea.

—Las mujeres son escasas aquí, y se ha demostrado que las humanas pueden dar a luz a nuestros orclings —señalé.

—Querrá decir que pueden ser *obligadas* a hacerlo.

Solté un suspiro y apreté la mandíbula. Había dejado la batalla, pero no la lucha. ¿Por qué esperaba otra cosa de mi pequeña compañera?

—¿Dónde está Feyla? —miró a su alrededor.

—Voló de regreso a su nido.

—Ya no combatirás.

—Está casi terminado. Mira.

La llevé hasta la muralla, y juntos observamos cómo los últimos dresalods se escabullían de vuelta al mar, con sus garras espinosas hundiéndose en la arena blanda. Sus caparazones gruesos y anchos se movían con ellos, mientras sus enormes pinzas delanteras chasqueaban. Un solo golpe podía cercenar la cabeza de un orco o arrancarle un miembro.

Nuestras piras funerarias arderían esta noche. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que no quedáramos suficientes para repeler la próxima oleada o la siguiente legión?

—Parecen feroces. Son casi tan grandes como un orco —dijo—. Una vez leí el diario de alguien que visitó el mar. Llamaba a algo parecido a esto "cangrejo", aunque en su diario indicaba que los cangrejos eran del tamaño de su puño, nada tan grande como estos.

—Nunca había oído ese término.

—No estoy segura de que realmente los haya visto. Era una persona fantasiosa y solía contar historias sobre criaturas llamadas estrellas de mar y doncellas capaces de atraer marineros a su muerte en el océano. Antes de morir, me entregó su diario lleno de relatos. Lo perdí cuando murieron mis padres.

—¿Sus historias mencionaban una forma de derrotar a los dresalods para siempre?

—No más que mencionarlos, y dudo que se parecieran mucho a las bestias que acaban de atacar la ciudad.

—Qué lástima. Sería bueno encontrar una solución sencilla.

Un escalofrío la recorrió, y apreté mi abrazo, asegurándole que estaba a salvo… por ahora.

—¿Volverán?

—No por unos meses. Su próximo ataque llegará cuando hayan sumado criaturas adultas a sus legiones.

O cuando el hambre los consuma.

—Me alegra que hayas sobrevivido.

Sus palabras rozaron mi piel con un susurro tan suave que apenas las oí. Sus manos se abrieron sobre mi pecho. Como si me hubiese alcanzado un rayo, la electricidad me sacudió. Mi colgante brilló antes de apagarse, recordándome que ella era mi destinada.

—Gracias.

Me dedicó una sonrisa genuina, y el deseo de llevarla a mi cama y envolver mi cuerpo alrededor del suyo me consumió.

Acariciarla. Besarla.

Saborearla.

—¿Encontraste algo para comer? —pregunté mientras entraba.

Sosteniéndola con un brazo y su bolsa colgada sobre el otro, atranqué la puerta y continué hasta mis aposentos. Después de arrojar su bolsa a una silla y colgar mi maza limpia en el gancho de la pared, me senté en el sofá con ella aún en mis brazos, deleitándome con lo bien que encajaba en ellos.

Así como estaba cansado de luchar contra los dresalods, estaba cansado de batallar con mi pequeña compañera.

—Debes saber que ninguna mujer ha sido obligada a tener orclings con los de mi especie —dije.

—Te creo. Hablé con rabia. Lo siento.

Me miró, y no intentó liberarse.

¿Qué se sentiría tener a esta mujer deseándome? No porque yo la vistiera o la alimentara, sino porque me quisiera a *mí*, a Jaus, el comandante endurecido que a veces anhelaba bajar la guardia y hablar con el corazón.

Mientras mataba dresalods uno tras otro, apartándolos o empujándolos de vuelta al mar, no dejaba de pensar en lo que le ocurriría a Rhoslyn si yo moría.

Me había mantenido apartado de los demás durante muchos años, temiendo que, si me entregaba como mi madre lo hizo con mi padre, también pudiera resultar herido.

Pero con cada dresalod caído, seguía pensando en esta pequeña mujer. En su belleza, su espíritu y la forma en que hacía cantar mi piel.

—Somos un pueblo sencillo —dije—. Solo queremos vivir. Sin jóvenes, nuestra especie morirá.

—Los crían para luchar contra los dresalods.

—Ninguno ha madurado lo suficiente para la batalla todavía. Pero imagino que estarían tan ansiosos por proteger la ciudad como sus padres. O peleamos o permitimos que los dresalods nos arrasen.

—Debe de haber algo que puedan hacer de manera definitiva.

—Aún no lo hemos descubierto.

Su rostro se tornó pensativo.

—Me perseguiste en el bosque. Me tomaste y me trajiste aquí.

—No fui a tu aldea a buscar una compañera. El alto príncipe desea continuar su linaje, y su padre lo valora por encima de todo.

—Ah —su expresión se ensombreció—. Fuiste a protegerlo.

—Y entonces escuché tu voz.

—¿Y te dejaste llevar por el deseo? —Alzó la mano—. No, eso no puede ser cierto. Si lo fuera, tú habrías…

—¿Te habría tomado en cuanto te tuve?

Su resoplido fue claro.

—Estás usando mis palabras.

—Imagino que todos en tu aldea creen eso. Deben vernos como bestias, como los shaydes.

—No tenemos razones para pensar otra cosa, aunque nadie cree que nos matarían. ¿Por qué lo harían si nos necesitan para tener crías?

Sus dedos recorrieron mi pecho, y mi corazón latió una vez. Luego otra. Y después galopó.

Mi colgante parpadeó, pero al igual que yo, aguardaba. Observaba.

Una vez que la reclamara por completo, dejaría de brillar.

No volvería a iluminarse hasta que lo entregara a mi primogénito, y se encendiera cuando encontrara a su pareja destinada.

—Cada hembra que reclamamos en el bosque es apreciada —dije —. Adorada. ¿Cómo podríamos hacer otra cosa? Estás aquí para darnos algo que ansiamos por encima de todo.

—¿Juegan mis deseos algún papel en esto?

—Te he dicho que no te tomaré hasta que me ruegues que lo haga. Se podría considerar eso como ceder a tus deseos.

Su mentón se levantó y su mirada se oscureció.

—Te he dicho que no te rogaré que me folles.

Ahí estaba su valentía de nuevo. Sería una tontería creer que se había suavizado hacia mí rápidamente.

No, cuando finalmente reclamara a esta hembra, sería en un torbellino de fuego.

Y ella me encontraría más que dispuesto.

Capítulo 12

RHOSLYN

Me liberé de sus brazos y me alejé de él.

Su miembro había comenzado a erguirse, y mi cuerpo había respondido. Una ola de calor me recorrió, concentrándose en mi interior.

Pronto, él necesitaría descansar. Insistiría en que me acostara con él.

Tenía razón en que no necesitaría forzarme. Yo me sometería voluntariamente a su reclamo.

Incluso ahora, su mirada sardónica me seguía como un cazador a su presa. Se levantó y se dirigió hacia las escaleras.

—Ven —dijo—. Tu primera tarea te espera, pequeña compañera.

—No voy a acostarme contigo —chillé, mirando a mi alrededor con desesperación.

Su risa baja resonó.

—Todavía no, preciosa. Pero pronto. Ven —repitió la orden una vez más—. Necesito bañarme, y tú me ayudarás. Estoy demasiado cansado para el aparejo en este momento.

—Está bien, puedo ayudarte con tu baño —dije, aunque mis manos temblaban y mi piel se erizaba de una manera que no me gustaba. Estaba empezando a desearlo, y eso tampoco me agradaba —. Pero tampoco habrá sexo después del baño.

—Ya veremos —respondió con voz paciente. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que esa paciencia se rompiera?

—Debes saber que no soy una doncella —comencé a subir las escaleras detrás de él.

—Yo tampoco lo soy.

Fruncí el ceño cuando llegamos al siguiente nivel.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta.

Cinco años mayor que yo.

—A pesar de tus fanfarronadas, hay pocas mujeres aquí. ¿Quieres decir, que has estado con hombres?

Él giró unas palancas montadas a un lado de la bañera de piedra, haciendo que agua caliente brotara rápidamente en el centro, llenándola en un instante.

—No desprecio eso —dijo—, aunque no es algo que me atraiga.

—Dijiste que has estado con otros.

—Solo con una. No con otros —su mirada de acero se encontró con la mía—. Hubo una mujer con la que pensé que tal vez me uniría algún día, aunque no era mi verdadera compañera. Hace diez años, fue asesinada por los shaydes, junto con mi madre.

Mi respiración se cortó. No era de extrañar que se comportara de manera tan dura y enojada.

—Lo siento —murmuré. Debía lamentar profundamente la pérdida de ambas.

—Era una buena mujer —dijo mientras sacaba ocho cuchillos de diferentes tamaños de las correas alrededor de su cintura y los colocaba en un gabinete que no había notado, empotrado en la pared. Comenzó a desatar su taparrabos.

Mi corazón se encogió al pensar que había querido a otra, aunque no tenía derecho a sentir celos, especialmente por una pobre mujer que había sido asesinada por las criaturas del mar.

Mientras se desnudaba, noté las sombras de moretones recientes y las profundas heridas en su torso, muslos y brazos. Un corte se extendía desde su ojo derecho, cruzaba su mejilla y terminaba en su barbilla. Ya no sangraba, pero lo había hecho. La mancha me decía que se había limpiado la sangre y había seguido luchando.

—Estás herido —fue todo lo que pude decir, conteniendo las ganas de preocuparme y revolotear a su alrededor. No tenía hierbas

ni vendas para curarlo.

—Esto no es nada —su mirada severa se desvió hacia mí mientras se quitaba el último resto del taparrabos.

Giré bruscamente, sintiendo cómo mi rostro se calentaba.

Su risa baja resonó.

—Dijiste que no eras una doncella.

—Eso no significa que quiera ver tu... miembro.

—No necesitas verlo, solo sentirlo cuando esté enterrado dentro de ti.

Me ruboricé por completo, pero el ardor en mi interior me decía que esa sensación no provenía de la vergüenza.

Lo deseaba. Maldita sea.

—No voy a aparearme contigo hoy, así que puedes darte la vuelta y cumplir con tu deber sin miedo —la risa se colaba en su voz.

—De alguna manera, no me siento más tranquila después de esa declaración —dije, pero me di la vuelta, encontrándolo de espaldas a mí, entrando en la bañera. Sus testículos colgaban entre sus piernas, y su miembro sobresalía más allá de ellos. Era grueso, venoso y tenía protuberancias a los lados. Extraño y, sin embargo, extrañamente atractivo, aunque no estaba segura de por qué. Solo verlo hizo que mi pulso se acelerara y mi respiración se volviera irregular.

Se hundió en la bañera y se recostó, extendiendo los brazos a los lados. Su gemido de placer resonó en mi piel.

Mi clítoris latía. *Todo* mi cuerpo latía.

—Ven, pequeña compañera —dijo—. Lávame la espalda. Mis heridas también. Y si demuestras tu valía con eso, te permitiré lavar mi miembro.

Capítulo 13

JAUS

—Cada vez que me burlaba de mi pequeña compañera, estaba atrayendo un rayo del cielo. Si no tenía cuidado, me fulminaría. No parecía poder resistirme a provocar a Rhoslyn, para luego sentarme y ver cómo se enfurecía.

Ella no quería bañarme, y entendía bien por qué. Se sentía forzada en esta relación, aunque yo también, en cierta medida. Sin embargo, era mi papel como su compañero demostrarle que no solo podía confiar en mí, sino también disfrutar de lo que podíamos construir juntos.

¿Cómo había pasado de rechazarla a anhelar poseerla? Enfrentar la muerte una vez más podría haber influido.

¿Era esto una traición a mi promesa de nunca amar a alguien como mi madre amó a mi padre? Algunos dirían que sí.

No lo sabía, y estaba demasiado cansado para analizarlo en ese momento. Cada vez que enfrentaba la muerte podría ser la última. Necesitaba concentrarme en este momento e ignorar el resto.

Ella se acercó sigilosamente detrás de mí y se paró al lado de la bañera, respirando rápido mientras me miraba fijamente. Le pasé un pequeño trozo de tela por encima del hombro.

—La espalda —dije, inclinándome hacia adelante.

Con un bufido, sumergió la tela en el agua y comenzó a limpiar con movimientos suaves y tentativos. Demasiado relajante. Podría mantener mis defensas mejor si ella fuera más brusca.

—A este ritmo —refunfuñé—, te tomará toda la noche lavarme la espalda.

La tela cayó al agua frente a mí, salpicándome la cara.

—Hazlo tú mismo, entonces.

La levanté, la escurrí y se la extendí de nuevo.

—No deseo hacerlo yo mismo. Es tu papel como mi compañera bañarme.

Casi podía ver el color subiéndole a la cara, la irritación ardiendo en sus ojos. Me encantaba cuando ella reaccionaba y gruñía.

—Estás cubierto de cortes —susurró—. Moretones. No quiero lastimarte.

Por un instante, saboreé la idea de que se sintiera protectora hacia mí, hasta que recordé que había blandido un cuchillo más de una vez con la intención de abrirme el vientre.

—Deseo estar limpio —dije con calma—. No me preocupa el dolor. De hecho, apenas sentía algo mientras ella presionaba con más fuerza, haciendo círculos amplios con la tela en mi espalda.

Mi miembro se agitó, sintiendo lo cerca que estaba.

No era un hombre inexperto. Podía mantener el control de mi cuerpo... o al menos eso me decía.

Pero cuando comenzó a pasar la tela por mi pecho y bajó por mis brazos, cuidando de lavar delicadamente cada dedo, no estaba seguro de poder hacerlo. Su simple toque era peligrosamente seductor y diferente a todo lo que había sentido antes. Había cuidado de Avella; crecimos juntos. Éramos amigos, y estaba seguro de que lo nuestro crecería con el tiempo. Ahora podía ver que ambos éramos increíblemente jóvenes en ese entonces.

Ella nunca hizo brillar mi colgante Azuris, algo que la molestaba más que a mí. Era una buena mujer, amable y cariñosa. Era natural que nos uniéramos una vez que maduráramos.

—Inclina la cabeza hacia atrás —dijo Rhoslyn. ¿Se daba cuenta de que un temblor sutil se colaba en su voz o de que no dejaba de pasar la lengua por sus labios? Sus ojos se habían oscurecido con un calor que sospechaba coincidiría con el mío.

Así era el camino de los verdaderos compañeros.

Me lavó el cabello con suavidad, cuidando de no meterme jabón en los ojos. Sus cuidadosos gestos me relajaron, pero sería imprudente quedarme dormido. Ella había visto dónde guardaba mis cuchillos, y no había tenido suficiente tiempo aún para convencerla de que quería estar conmigo.

—Lávame las piernas —dije, levantando una y apoyando el talón en el borde de la bañera.

Lo hizo de buena gana, teniendo cuidado cuando encontraba cortes y heridas.

Solo quedaba un lugar por lavar.

Su mirada no dejaba de dirigirse hacia allí, y si seguía así, mi miembro no tardaría en enfurecerse.

—Yo lavaré el resto —dije con brusquedad.

La tela cayó de su mano floja, y ella retrocedió de la bañera. Terminé rápidamente de lavarme mientras ella se movía por la habitación, recogiendo mi taparrabos y colocándolo en el lavabo.

—Encontrarás una sábana para secarme en ese gabinete —señalé el que estaba al lado del que guardaba mis armas—. Tráela y ayúdame a secarme.

—¿No puedes secarte tú solo? —preguntó con un gesto burlón.

Su suavidad había desaparecido rápidamente.

—Puedo, pero no lo haré.

Con un gruñido, agarró una tela y, extendiéndola, se acercó a mí mientras yo salía de la bañera y soltaba el tapón para que se drenara.

Su mirada permaneció en mi pecho, pero eso estaba bien. Si seguía mirando mi miembro, respondería a su interés.

Me secó el cuerpo con brusquedad.

—Ten cuidado con mis heridas, pequeña compañera —le reproché.

Su respiración se aceleró.

—Lo siento.

—No me has lastimado —todavía. Era curioso cómo estaba empezando a creer que algún día podría hacerlo.

¡Mi corazón no se va a involucrar! me grité a mí mismo.

Pero por más fuerte que mi mente gritara, mi corazón se negaba a escuchar. Se tensaba cada vez que ella se acercaba.

—Coge una túnica y unos pantalones de mi armario —dije.

Ella corrió a hacerlo y me los tendió con el brazo extendido, con sus ojos fijos en la pared detrás de mí.

Me vestí rápidamente.

Cuando terminé, sus ojos se encontraron con los míos, y me sorprendió encontrar hambre en ellos.

—¿Has comido?

—Sí, antes.

¿Era esa hambre dirigida hacia mí? Qué intrigante.

—Ve a la cocina y prepárame una comida —le indiqué con un gesto de cabeza en esa dirección.

Ella voló hacia las escaleras y bajó rápidamente, mientras yo la seguía a un ritmo más pausado. Mis huesos dolían. Mi piel ardía en algunos lugares. Y no podía esperar a acostarme en mi cama.

Ella había dormido mientras volaba con Feyla durante la noche, pero yo había permanecido en alerta máxima. Solo porque los shaydes y los dresalods no pudieran volar no significaba que no hubiera otras amenazas que pudieran atacar desde el cielo.

Un guerrero sería imprudente si bajara la guardia.

Especialmente con su pequeña compañera humana.

CAPÍTULO 14

RHOSLYN

Le serví una comida a Jaus, y él comió con entusiasmo. Después, se recostó en su silla y me dedicó un asentimiento.

—Lo estás haciendo bien, compañera.

Me incliné hacia adelante y le sonreí.

—Gracias.

¿Por qué me hinchaba de orgullo por su elogio? No lo necesitaba ni lo quería.

Mi cuerpo opinaba lo contrario. Cada gemido de aprecio que soltaba mientras comía me atravesaba, concentrándose entre mis piernas, haciéndome palpitar.

Frunció los ojos mientras me miraba, donde yo estaba sentada al borde de una silla, frente a él.

—Puede que decida quedarme contigo.

Resoplé.

—Ya veremos.

—Vamos, ¿todavía no me amas?

Si no lo conociera mejor, pensaría que había anhelo en sus oscuros ojos. Había volado toda la noche. Peleado en cuanto llegamos aquí. Solo estaba cansado. No veía nada más en su mirada.

Con suerte, estaba demasiado agotado para jugar a la seducción esta noche. No era tan ingenua como para pensar que lograría hacerme rogar por él solo con verme trajinar en su habitación o prepararle una comida decente. Si no tenía cuidado, derribaría mis

defensas con la misma facilidad con la que había vencido a los dresalods y reclamaría la victoria sobre mi cuerpo.

La idea de estar acostada bajo él me erizó la piel.

Tragué con dificultad, preguntándome cómo resistirlo.

—Mañana iremos a un lugar cerca del mercado y te compraré ropa. Dentro de una semana, aproximadamente, también debo visitar al rey. Vendrás conmigo entonces.

Eso sí que era una sorpresa. ¿Yo, conocer al rey de los orcos?

Oh. Ahora entendía por qué decía que iría con él.

—No confías en dejarme aquí sola.

—Si pensara eso, no te habría dejado aquí, aunque quince legiones de dresalods estuvieran atacando.

—Sí lo habrías hecho. —Negué con la cabeza—. Tu sentido del deber es demasiado fuerte como para quedarte conmigo mientras tus compañeros orcos luchan.

—En eso tienes razón. —Se puso de pie y llevó su plato al fregadero—. Te llevaré conmigo porque quiero presentarte al rey.

Interesante.

Al pasar junto a mí, deslizó la yema de los dedos sobre mis hombros. Incluso a través de la blusa, sentí el calor de su toque. Mi piel se encendió con deseo.

—Ven, pequeña compañera —dijo al salir de la cocina—. Ha caído la noche y necesitas bañarte antes de dormir. No me acostaré a tu lado si apestas.

Le agradecí la burla, porque facilitaba que reforzara mis defensas. Refunfuñando, lo seguí, sin darme cuenta hasta que estuvimos en la sala de baño de que no había protestado por hacer lo que pedía.

¿Mi voluntad de resistirme ya estaba flaqueando? Debía reforzarla, aunque no estaba segura de cómo.

—¿Me dejarás sola para bañarme? —pregunté mientras él ponía el tapón y abría los grifos para llenar la tina.

La idea de que él me *bañara* me hizo sonrojar de pies a cabeza.

—¿Quién lavará tu espalda si me voy?

Mi risa brotó, porque en su voz se notaba la diversión.

—Ya encontraré la manera de alcanzarla.

—Te ofrezco mis servicios, hermosa compañera. —Hizo una reverencia, casi regio en su sencilla túnica y pantalón.

—Servicios *seductores*, querrá decir.

—¿Esperabas otra clase de servicio de mi parte?

La curva de sus labios me hizo hervir por dentro. Afortunadamente los hombres no podían notar tan fácilmente cuando una mujer estaba excitada.

—Si estás cansado, puedes irte a dormir.

—No lo haré hasta que estés lista para acompañarme.

Esto iba a ser lo más difícil que había enfrentado en mi vida.

—Al menos da la espalda mientras me desvisto.

—Pronto veré todo. ¿Para qué fingir timidez ahora?

Resistiría tanto como pudiera.

—¿Te importaría ir por la bolsa que traje conmigo?

—Por supuesto, pequeña compañera.

Había ayudado a empacar esas bolsas antes, y recordaba que cada una contenía un camisón, tres faldas sencillas con un lazo en la cintura para ajustarlas bien y tres blusas sueltas. Nada de zapatos, porque no había manera de asegurarse de que le quedaran bien. Tampoco ropa interior. Lavaría la que llevaba puesta y estaría seca para la mañana. Dormiría con el camisón bien ajustado a los muslos.

Él bajó las escaleras.

Tal vez se daba cuenta de mi incomodidad y estaba dispuesto a darme espacio. O quizá era lo bastante gentil como para querer concedérmelo. Fuera cual fuera la razón, lo agradecí, me desvestí con rapidez y me hundí en la tina, dejando que el agua me cubriera hasta la barbilla.

Apoyé la cabeza en el borde y solté un gemido de puro placer. Un baño caliente era una bendición. En casa, solo me bañaba en el río o pasaba un paño frío por las zonas vitales cuando hacía demasiado frío para romper el hielo y sumergirme. Solo de recordarlo, me estremecí.

El sonido de mi bolsa cayendo al suelo me hizo sentarme de golpe y abrir los ojos.

Un tic latía en la sien de Jaus mientras me observaba, con el cuerpo casi sumergido en el agua. Su erección tensaba el frente de

sus pantalones, y me costó contener el impulso de extender la mano y deslizar un dedo por la tela que la cubría.

Este orco era demasiado tentador. Las pocas veces que había estado con el otro hombre habían sido tan fugaces e insatisfactorias que nunca había pedido más.

Sospechaba que con Jaus lo haría. No. Me preocupaba que lo rogaría.

Bufé y me aferré a la bravura para atravesar el momento.

—¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte mirándome?

—¿Qué sugieres?

—Limpia tu maza.

—Lo hice antes de volver a casa. —Alzó las manos enormes—. Y me las lavé en el baño poco después.

Tomó mi ropa sucia y la puso con cuidado en el fregadero, dejando correr agua sobre ella y sobre su taparrabos.

Descubrí quién mantenía sus aposentos en orden.

¿Estaba solo aquí?

No me gustaba sentir lástima por él. Necesitaba mantener mis muros en alto. De lo contrario, reclamaría mi corazón junto con mi cuerpo.

—Podrías ir a descansar —dije—. Déjame bañarme en paz.

—Pero luces tan hermosa en mi tina, pequeña compañera. ¿Por qué querría estar en otro sitio? —Dio un paso hacia mí—. Podría lavarte la espalda.

—Ya te dije que me encargaré de eso.

Otro paso.

—Podría masajearte los pies.

—Me hace cosquillas. Me moveré por toda la tina y salpicaré el suelo.

Se encogió de hombros.

—Tal vez me gusta mojar las cosas.

Se refería a mí. Podía sentir cómo mi cuerpo reaccionaba a su cercanía. En mi relación pasada, había dejado que el otro hombre hiciera lo que quisiera, pero todo se sintió tan seco.

Sospechaba que, si Jaus me tocaba, estaría de todo menos seca.

—¿Seguro que no quieres que… te lave en algún sitio? —Se había detenido junto a la bañera, mirándome desde arriba, aunque apreció que mantuviera su atención en mi rostro.

Tal vez, si lo dejaba hacer esto, si le permitía lo que quisiera en este momento, dejaría de provocarme. Seguía desafiándome a entregarle todo, y odiaba pensar que me sintiera tentada. Una vez que cediera, sospechaba que me dejaría en paz, salvo por algún encuentro ocasional. Podría mirar el techo, como había hecho en el pasado, y pensar en hierbas mientras lo hacía.

—Te diré algo —dije, levantando el paño del agua—. Lava lo que quieras. Creo que ya es casi hora de irnos a la cama.

CAPÍTULO 15

JAUS

Ella había aceptado mi desafío. ¿O realmente había sido un desafío?

La deseaba más de lo que me gustaba admitir, pero ella era mi verdadera compañera, elegida para mí por el colgante de mi clan y por los mismos designios del destino. No era un hombre que creyera mucho en el lado espiritual de la vida, pero no podía negar su brillo ni el calor reflejado que ardía dentro de mí en ese momento.

Agachándome, tomé el paño de su mano inerte. Ella me observaba con intensidad, con un deseo genuino ardiendo en sus ojos.

Había estado esperando con ansias mi primer intento de seducción.

—No voy a aparearme contigo, compañera —dije, con una voz que salió como un gruñido. De alguna manera, ella había invertido los papeles, tomando la posición dominante mientras yo cedía a lo que fuera que la hiciera feliz.

—Aún no, dijiste —replicó ella con una sonrisa sutil.

Estaba tratando de provocarme incluso en esto. —No *esta noche* —dije. Mañana todo estaría permitido.

—¿Estás demasiado cansado?

Mi polla no lo estaba.

¿Mi cuerpo? Un poco.

¿Mi alma? No quería pensar en mi alma en ese momento.

—Inclínate hacia adelante —gruñí.

Ella lo hizo, y comencé a pasar el paño por su piel, deslizándolo por su espalda hasta llegar a la parte superior de su exuberante trasero.

Concéntrate en esta tarea, me dije a mí mismo. No en lo suave que se sentía su piel bajo mis dedos, ni en cómo sus ojos se habían cerrado, mostrando que estaba disfrutando de la sensación relajante.

Me moví hacia sus brazos, teniendo un cuidado infinito con su piel frágil. Ella era mucho más pequeña y delicada que yo, aunque exuberante y curvilínea, justo como me gustaba una mujer. Era demasiado fácil imaginarme agarrando su trasero con fuerza mientras empujaba mi polla profundamente dentro de ella desde atrás.

Un suave gemido escapó de sus labios.

Mi polla palpitó donde golpeaba contra mi abdomen.

Deslicé el paño sobre sus senos, tragando saliva cuando sus pezones se endurecieron. Lo que daría por chupar primero uno y luego el otro, llevándolos a mi boca. Los acariciaría suavemente y miraría a sus ojos mientras le daba placer.

Al trabajar el paño más abajo, casi me corrí cuando ella se reclinó y separó las piernas, invitándome a llevar esto en cualquier dirección que deseara.

La deseaba a *ella*.

Solo a ella.

Sentía que lo haría por toda una vida.

Ella iba a ser mi perdición, y yo sucumbiría voluntariamente en sus brazos.

Su gemido resonó cuando pasé el paño sobre su clítoris y bajé hasta su entrada. Sus caderas se elevaron mientras continuaba frotando, asegurándome de tentarla lo suficiente, pero sin darle toda la atención que merecía.

Cuando aparté el paño y deslicé un dedo dentro de ella, sus párpados se abrieron de golpe. Su mirada sensual se fijó en la mía, y sus labios se separaron en un suspiro.

Inclinándome más cerca, capturé su boca, explorando profundamente con mi lengua. Ella no luchó contra mí. No, se aferró

a mis hombros y gimió, con su lengua jugueteando con la mía.

Mantuve mis dedos entre sus piernas. Mientras la besaba, los gemidos brotaron de mi garganta. Encontré su clítoris con mi pulgar y continué moviendo mi dedo dentro de ella. Incluso después del chapoteo del agua, todavía estaba mojada por sus jugos internos.

Aceptó mi dedo tan bien que añadí otro, bombeándolos lentamente dentro de ella mientras mi lengua imitaba el movimiento en su boca.

Sus uñas se clavaron en mis hombros, y si intentaba liberarme, no tenía duda de que me arañaría.

No había necesidad de preocuparse por eso. Estaba allí por el tiempo que ella me necesitara.

Un movimiento de mi mano liberó el tapón, y el agua corrió por las tuberías, exponiendo todo su cuerpo a mi vista y tacto.

Mientras continuaba follándola con mis dedos y acariciando su clítoris, besé su línea de la mandíbula. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y jadeó, con sus manos moviéndose hacia mis cuernos, agarrándolos como anhelaba que agarrara mi polla.

Chupé su pezón y moví mis dedos más rápido.

Ella gimió y se arqueó contra mí, llevando mis dedos más profundamente, y fue todo lo que pude hacer para no quitarme los pantalones, levantarla y empujarla con fuerza sobre mi polla.

Pronto. Por ahora, solo quería darle placer.

Sus gritos resonaron a nuestro alrededor, y sus caderas se movieron frenéticamente, empujando hacia arriba para encontrarse con mi mano en cada embestida. Presioné más fuerte su clítoris con mi pulgar mientras pasaba mi lengua por primero uno y luego el otro pezón.

Ella llegó al clímax de repente, con un suave gemido, y su cuerpo convulsionándose alrededor de mis dedos.

Seguí moviéndolos hasta que sus temblores cesaron y el bombeo de sus caderas se ralentizó.

Sacando mis dedos, los chupé uno por uno.

Ella me observó, y supe en ese momento que iba a perder mi corazón por esta pequeña mujer.

Capítulo 16

RHOSLYN

—Nunca había experimentado algo como lo que él había hecho con sus dedos. Quería que lo hiciera de nuevo.

¿Debería decírselo?

No, eso solo serviría para que se burlara de mí. Él disfrutaría saber que podía hacerme desearlo tan rápidamente.

Maldición, yo no era una mujer a la que le gustara rogar.

Si no tenía cuidado, él capturaría mi corazón y se burlaría de mí por dárselo tan fácilmente.

Tomó una toalla del armario y me sacó de la bañera, colocando mis pies suavemente en el suelo, y luego procedió a secarme por completo.

Para cuando terminó, apenas podía mantenerme en pie. Mis rodillas temblaban de deseo, y estaba demasiado cerca de exigir que volviera a meterme sus dedos dentro. Las palabras flotaban en la punta de mi lengua.

—Necesito mi camisón —dije, señalando la bolsa que aún estaba en el suelo.

—No llevarás ropa mientras estés en mi cama, pequeña compañera.

Antes de que pudiera protestar, me levantó en brazos y me llevó al dormitorio, colocándome sobre la superficie suave.

Su mirada codiciosa se deslizó lentamente por mi cuerpo como una caricia. Él me deseaba. No había duda de eso. Pero ¿podría ese deseo convertirse en algo más?

Sentada, tiré de las sábanas para cubrirme, ocultando mi cuerpo de su vista.

Debería cerrar los ojos y fingir quedarme dormida rápidamente. En cambio, lo observé mientras se desnudaba, y esta vez no aparté la mirada cuando expuso su miembro.

Grande. Eso ya lo había notado.

Grueso. Lo mismo.

Los bultos a los lados que había visto en su rápido destello temblaban, y solo podía imaginar cómo se sentirían si estuviera dentro de mí. ¿Dolería al principio como había pasado con el otro chico? El dolor había sido fugaz, pero después, cada episodio había pasado tan rápido que no había tenido tiempo de decidir si me había gustado o no.

Estaba empezando a creer que me gustaría mucho si Jaus fuera quien se moviera dentro de mí. Y eso presentaba un dilema. ¿Y si me enamoraba de él y él no sentía lo mismo?

Quería tirarme del cabello y aullar, tal como lo había hecho mientras él movía sus dedos dentro de mí. Esta vez, sin embargo, mi aullido estaría lleno de frustración. Desearlo, y mucho menos rogarle que me reclamara, podría dejarme tambaleándome.

Mi objetivo debería ser regresar con mi hermana, no quedarme aquí para ser el juguete de Jaus.

Por supuesto, mi hermana pronto se casaría, y entonces yo estaría sola.

Darme cuenta de que esto significaba que podía quedarme aquí, y ella estaría a salvo con su nuevo esposo, solo hizo que mi irritación cavara más profundo dentro de mí.

No me gustaba cómo estaba revolviendo mi vida ni cómo me hacía necesitar algo que no podía definir.

Levantando las sábanas, se metió en la cama junto a mí, tan desnudo como yo, y tiró de las mantas hasta su cintura.

Me giró hasta que mi espalda quedó frente a él y ajustó todo su cuerpo contra mi espalda.

—Duerme, pequeña compañera —dijo suavemente.

Su miembro rígido se interpuso entre nosotros, pero no iba a rogar. Me resistiría a hacerlo hasta estar segura de que él se estaba

enamorando de mí tanto como yo de él.

Mierda.

¡Ese pensamiento no se me había ocurrido!

No lo amaría.

Con eso en mente, me quedé dormida rodeada por sus brazos y su calor.

Me desperté sobresaltada por los rayos de sol que entraban por las ventanas de arriba y un sonido sutil que, por alguna razón, me hizo pensar que los dresalods estaban trepando por el edificio.

¿Y si uno entraba?

Salté de la cama y comencé a correr alrededor de ella, pero choqué con algo duro y sólido. Grité y retrocedí, tropezando con algo más y cayendo de espaldas. Mis pechos rebotaron y mis piernas se abrieron de par en par.

Atrapé la mirada burlona de Jaus, que viajó desde mis pechos hasta la unión entre mis muslos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí. Solo mi orgullo estaba herido. Y mi trasero.

—Necesitamos desayunar —dijo con voz ronca—. Pero todavía queda tiempo, pequeña compañera.

—¿Para qué? —pregunté. Mi boca se había secado, y no había forma de que pudiera tragar de nuevo.

Levantándome, me colocó sobre la cama. Se cernió sobre mí antes de moverse hacia abajo, besando mi vientre en el camino. Abrió mis muslos de par en par y sonrió hacia mí.

—Para que yo te *coma*, por supuesto.

¿Por qué estaba tendida sin fuerzas debajo de él? Debería huir. Encontrar un lugar para esconderme hasta que su lujuria se desvaneciera.

Lamentablemente, él no era el único que sentía lujuria. Había pasado la mayor parte de la noche reviviendo lo que había sucedido en la bañera, soñando con que lo hiciera de nuevo.

¿Comerme, eh? No estaba completamente segura de lo que quería decir, pero después de lo que había hecho con sus dedos la noche anterior, no podía obligarme a salir de debajo de él para huir.

Me había convertido en una cosa necesitada, una mujer que anhelaba su toque, y no me gustaba nada.

Pero cuando presionó su boca contra mí y chupó el sensible botón que había acariciado la noche anterior, solté un grito ahogado.

Me aferré a sus cuernos mientras continuaba chupándome, con su lengua lamiendo y acariciando hasta que perdí el control por completo y grité, arqueándome y mordiendo mi lengua para evitar rogar.

Su dedo tomó el lugar de su boca en mi sensible nudo de nervios, y su lengua se movió hacia abajo para deslizarse dentro de mi pasaje. Sus dedos se unieron a su lengua, alternando con lo que parecían tres o más dedos empujando dentro de mí, su larga lengua lamiendo mis paredes internas al mismo tiempo.

Era una masa sólida de necesidad, un trozo de arcilla ansioso por que él la moldeara, y no había forma de negar que era demasiado bueno en la seducción.

Cuando sus dedos se movieron más rápido y su lengua encontró el duro botón en la parte superior una vez más, mis ojos se voltearon hacia atrás y perdí el control por completo. Gimiendo, tiré de sus cuernos. Empujé mis caderas hacia arriba para encontrarme con sus dedos. Abrí más mis piernas.

Monté su mano mientras ella me montaba a mí hasta que mi cuerpo colapsó, entregándose al mismo placer que me había dado la noche anterior.

Cuando finalmente dejé de temblar de placer, él me miró con una sonrisa sensual. Fue todo lo que pude hacer para no sonreír de vuelta.

—Levántate, pequeña compañera —dijo mientras retrocedía y se paraba al final de la cama, su mirada posesiva fija en mi forma extendida—. Necesitas prepararme el desayuno.

CAPÍTULO 17

JAUS

Rhoslyn consumía todos mis pensamientos, y no me gustaba. Con Avella, había podido separar mis sentimientos por ella del trabajo que necesitaba hacer. Cuando no estaba con ella, apenas pensaba en ella.

Ayer, todo lo que pude hacer fue concentrarme en luchar contra los dresalods. Me distraje demasiadas veces, preocupándome por Rhoslyn hasta que fui sacudido de vuelta a la situación con un dresalod a punto de matarme.

Rara vez sufría heridas en la batalla, y los arañazos y cortes que recibí ayer de sus garras fueron el pago por estar distraído. Todavía me dolían y servirían como recordatorio de que necesitaba separar cualquier sentimiento que pudiera tener por mi pareja del resto de mi vida.

No era fácil hacerlo mientras bajaba dos tramos de escaleras a la cocina con ella siguiéndome. Se había puesto rápidamente una falda y una blusa que eran demasiado grandes para ella.

—Necesito comprarte ropa de inmediato —dije con brusquedad, odiando verla aparecer tan desarreglada.

—¿Estamos de vuelta allí, entonces? —preguntó, tomando pan y conservas de la caja de enfriamiento y colocándolos en la mesa—.

—¿De vuelta dónde? ¿De qué hablas?

—De ti actuando gruñón mientras yo trato de mantenerme alegre —. Una ceja se frunció en su rostro, haciéndola aún más atractiva cuando no debería serlo—. Te digo ahora mismo que no voy a jugar

a ser solecito para tu comportamiento de orco gruñón. Pronto descubrirás que puedo ser tan gruñona como tú.

—No estoy gruñón ni gruñendo —. Pero incluso yo podía escuchar el gruñido en mi voz.

Su sonrisa destelló brevemente, y casi la perdí.

—¿Tienes mantequilla? No veo ninguna alrededor.

—¿Por qué necesitaría mantequilla? —Esta vez, mantuve mi voz neutral—. No estoy gruñón. Soy un orco de temperamento ecuánime. Todos dicen que sí.

—Porque sabe bien —. Sus labios se torcieron, y sus ojos brillaron con irritación.

Si la besara, apuesto a que esa expresión desaparecería. Podría reemplazarla con esa mirada límpida que comenzaba a anhelar. Y gemidos de placer.

Pero el pensamiento de hacer eso con ella me hizo encogerme por dentro. No quería manipularla con el sexo. Sí, la había provocado con la idea de suplicarle que me permitiera hundir mi polla en ella, pero necesitaba que ella quisiera lo que hacíamos tanto como yo. Esa era la base de mi reclamo.

Y eso me irritaba también. Era mi pareja, la hembra que llevaría a mis orclings. ¿Por qué la estaba pensando como algo más?

Mi gruñido se desgarró de mí.

Sus cejas se levantaron.

—No puedes mantener un héroe de rollo de canela durante diez segundos.

—¿Qué es este héroe de rollo de canela?

—No eres tú, desde luego —. Bajó platos sobre la mesa y cortó el pan, poniendo tres rebanadas en un plato y una en otro—. Siéntate —. Me señaló el plato con tres rebanadas—. Come.

—La canela es una especia. Se usa en un rollo —. Levanté el pan —. Un rollo elaborado algo así. Y ya soy un héroe —. Le mostré mis colmillos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Te concederé eso. Te comportaste de manera heroica ayer.

Mi espalda se tensó.

—Me comporto de manera heroica todo el tiempo.

—Quizás sea algo relacionado con el trabajo. Estás dedicado, y se nota —.

Me gustaba cuando hablaba bien de mí.

En realidad, no necesitaba que ella me gustara. Me quejé mientras untaba conservas en el pan y tomaba un gran bocado, hablando alrededor de él.

—Iremos al pueblo y...

—Puedes dejarme aquí. Prometo que...

Levanté una ceja en su dirección, observándola retorcerse.

—¿Puedes prometer que no te escaparás ni me dejarás?

—No siento una necesidad apremiante de huir en este momento.

—Disfrutas mi toque —dije con suficiencia.

Sus labios se adelgazaron.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La forma en que gemiste. El chillido que estalló de tus labios cuando te corriste —. Me resonaba en la mente, haciéndome anhelar tomarla de vuelta a mi cama y mostrarle una y otra vez que no podía resistirme—. No deberías sentirte avergonzada por cómo respondes a mi atención. Eres una buena pareja.

—No soy buena —. Agarró su cuchillo con fuerza. ¿Intentará acuchillarme con eso? Si lo hace, *entonces* la acostaré en la mesa y la distraeré—. En realidad—dijo—. Puedes descubrir pronto que soy *muy* mala.

—Malo funciona tan bien como bueno para mí —. Le di una sonrisa brillante, complacido con mi pareja a pesar de sus posibles tendencias viscerales—. Llevarás a mis orclings con el mismo fuego, y ¿quién podría quejarse de algo así?

—Mencionaste que me llevarías ante el rey pronto —dijo—. ¿Por qué querría conocerme?

—¿Por qué no?

—Porque no estoy segura de cuál es mi papel aquí.

—Eres mi pareja. Es un cargo ilustre.

¿Por qué puso los ojos en blanco ante mi afirmación?

—En mi aldea —dijo—. Iba al bosque cada día a recoger hierbas que usaba para tratar enfermedades—. Estoy acostumbrada a pasar mi tiempo de esa manera, no a conocer a la realeza o ir de compras.

—Eres una curandera.

—Lo soy —. Tomó un bocado delicado de su pan, masticando con cuidado y con la boca cerrada.

Al darme cuenta de que las migas estaban cayendo por la parte delantera de mi túnica y que estaba masticando mi segundo trozo de pan en grandes bocados, reduje mi ritmo y comí con más cuidado. Las enseñanzas de mi crianza resonaron en mi mente.

—Aprendí todo lo que sé sobre curación de mi madre —dijo. El dolor parpadeó en sus ojos, y apenas suprimí el impulso de reunirla en mis brazos y sostenerla para siempre—. Mis padres murieron hace diez años—. Los shaydes los atacaron mientras viajaban a otra aldea—. No deberían haber salido de su refugio esa noche, pero estaban apurados por regresar conmigo y mi hermana—. Estábamos quedándonos con amigos—. Yo...—

Apretó los ojos, abriéndolos de nuevo y mostrando tanta devastación que me pateó el estómago.

—Crié a mi hermana después de eso. Mi madre era una curandera muy respetada, y me enseñó cómo encontrar las hierbas adecuadas en el bosque y cómo prepararlas.

—Lo siento. También he perdido a mi familia. Mi madre fue asesinada hace diez años durante un ataque de shaydes que diezmó a mi pueblo.

—¿Con tu pareja? —trazó su dedo a lo largo del borde de su plato, sin mirarme.

—No nos habíamos emparejado todavía.

Su cabeza asintió bruscamente.

—Tanta promesa incumplida.

—Nosotros... yo la cuidaba, pero ahora me doy cuenta de que era más como una amiga, más que una amante.

—Oh. —Levantó su pan y luego lo volvió a dejar en el plato—. ¿Eres el único que queda de tu familia?

—Mi padre aún vive, pero no tenemos una buena relación.

—Lo siento. Seguro que está orgulloso de ti. Ocupas un puesto muy respetado en el reino.

No queriendo hablar de mi padre, me encogí de hombros ante su comentario.

—He trabajado duro para demostrarles a los hados que tenían razón al permitirme sobrevivir, no solo al shayde, sino a muchos ataques de dresalods.

—Luchar todo el tiempo es una carga, ¿verdad?

Nunca lo había pensado de esa manera.

—Es mi deber. ¿Cómo podría hacer otra cosa?

—Algunos se habrían acurrucado y escondido en lugar de desafiarse a sí mismos a esforzarse siempre más.

Resoplé.

—Tú no hiciste eso.

Ella levantó la mirada, parpadeando.

—Tienes razón. Tenía dieciocho años cuando los shaydes mataron a mis padres, y Lyneth solo tenía trece.

—Los shaydes nos han causado mucho dolor a ambos. ¿Lyneth sigue en la aldea?

Tomando su pan, lo contempló durante un largo rato.

—Sí. Pronto se casará con su amor de infancia. Han sido inseparables desde que eran pequeños.

—Fue lo mismo para Avella y para mí. —Mi estado de ánimo se tornó pensativo—. Durante la mayor parte de mi vida, todos esperaban que nos emparejáramos.

—Eres afortunado de haberla tenido en tu vida.

—Era una buena amiga. —Eso era todo. No había encendido mi fuego como lo hacía Rhoslyn—. Como dije, no hizo brillar mi colgante de Azuris. —Lo toqué donde colgaba, como siempre, de una banda de cuero alrededor de mi cuello—. Pero me importaba.

—Es difícil perder a quienes amamos.

¿Había amado a Avella? Por supuesto, pero... no quería pensar en cómo mis sentimientos por Rhoslyn eran diferentes, más ardientes y vibrantes. Más duraderos. Era injusto para la mujer que se había preocupado por mí, que había esperado con ilusión nuestro emparejamiento.

Terminamos la comida, limpiamos los platos, y Rhoslyn me miró con una expresión extraña cuando sequé y guardé los utensilios que ella lavaba en el fregadero.

—¿Estás lista para irnos? —pregunté después de guardar el último objeto—. Volveremos antes de la comida del mediodía. Después de eso, tengo trabajo que hacer.

—Déjame subir un momento. Regreso enseguida.

No tardó, y cuando volvió traía la bolsa de tela que había llevado ayer, aunque ahora estaba vacía. Me lanzó una sonrisa nerviosa.

—Lista.

Tomé mi maza y la aseguré en la funda de mi espalda.

Su sonrisa suave desapareció.

—¿Esperas que los dresalods ataquen de nuevo?

—Los ahuyentamos ayer. Si son sabios, se esconderán en lo más profundo de la tierra para siempre.

Lo más probable era que se estuvieran reorganizando, esperando a que más de sus crías crecieran lo suficiente como para unirse a la legión antes de atacar otra vez.

Me siguió hasta la trampilla en el nivel más bajo de mi hogar, que ocupaba solo la parte superior de la torre.

—No vi esta área.

—¿Habrías intentado escapar por aquí si la hubieras visto?

Solo estaba bromeando, y cuando sus ojos se iluminaron, supe que lo entendía.

—Tal vez.

Sus labios temblaron. Era tan hermosa cuando intentaba no sonreír.

Ayer, la sola idea de que huyera de mí me habría hecho gruñir. Hoy... ya no me molestaba.

Tal vez sí tenía un poco de ese dulce rollo que ella deseaba dentro de mí, después de todo.

Las escaleras salían entre este edificio y el siguiente, y tomé su mano para guiarla a la calle. Me dije a mí mismo que la sostenía para asegurarme de que no nos separáramos, pero el tráfico peatonal era ligero.

Valorando la honestidad por encima de todo, nunca había sido de los que se mentían a sí mismos.

Me gustaba sostener su mano.

—Es el vínculo de pareja —dije.

—¿Qué cosa? —Su mirada se disparó hacia mi colgante—. No está brillando.

—Porque te di placer.

—Nunca he creído en la magia.

Me encogí de hombros.

—Yo tampoco, pero los colgantes del clan siempre saben.

—¿De dónde vienen?

—Cada familia del clan tiene uno. Se heredan de los padres al hijo mayor, ya sea hombre o mujer. Los ancianos siempre dicen que proporcionan orientación.

—No la mejor orientación si tu colgante se iluminó por mí.

La detuve antes de que nos uniéramos a la calle principal.

—¿Por qué dices eso?

—No te agrado.

Bajé la voz.

—Disfruté mucho tu respuesta a mi lengua.

Su rostro se tiñó de rosa, y me quedé allí, atónito por un momento, observando los distintos matices en su piel. ¿Por qué me fascinaba tanto esta criatura humana?

—Eso fue algo físico —dijo con un suspiro—. No tiene nada que ver con que te agrade.

Me tomé un momento para pensar antes de responder, en parte porque no sabía exactamente qué decirle. ¿Cuánto me atrevía a revelar?

No estaba seguro de qué quería hacer con mi encantadora compañera. Cuando partí con Madr para la Caza, esperaba regresar a la ciudad y reanudar mis deberes habituales, no atender las necesidades de una mujer. Ahora me encontraba ansiando ver su sonrisa, *complacerla*, y no solo en el sentido físico.

La luz desapareció de sus ojos.

—No necesitas decir nada. Lo entiendo. A ti te obligaron a esto tanto como a mí.

—El afecto tarda en crecer.

Sentí que eso no expresaba del todo los sentimientos que crecían dentro de mí, pero no estaba seguro de cómo nombrarlos.

—Apenas nos conocemos.

—No necesitas amar a tu compañera, ¿verdad? —dijo con amargura—. Ni siquiera necesitas que te guste... yo. Está claro que, aunque no te agrade, encontrarás la forma de plantar tus retoños de orcos dentro de mí.

—Te pido que nos des tiempo.

Y que me des tiempo para determinar qué estaba ocurriendo dentro de mi corazón.

—La historia muestra que aquellos destinados el uno al otro comparten el amor más fuerte. ¿Surge repentinamente en el corazón o crece lentamente? No conozco la respuesta a eso.

Bufó.

—Dudo que llegue a amarte, sin importar cuánto tiempo pasemos juntos.

¿Y si yo quería que me amara?

Murmurando para mis adentros y sintiéndome demasiado incierto con todo esto, la insté a caminar de nuevo, manteniendo un agarre firme en su mano mientras nos uníamos a los numerosos orcos que utilizaban la vía principal para dirigirse al centro de la ciudad.

—¿Dónde vive el rey? —preguntó, mirando a su alrededor.

—El castillo principal del rey fue construido en una de las colinas más altas del lado montañoso de la ciudad. La familia posee palacios más pequeños, por supuesto, y a menudo pasa los meses calurosos en el que está cerca del mar.

—¿Caminaremos cuando lo visitemos mañana?

—No molestaría a Feyla por algo así.

A medida que nos adentrábamos en el centro de la ciudad, ella contemplaba todo con asombro. Intenté verlo como lo haría ella, como alguien nuevo en el reino.

Supongo que, si yo acabara de llegar a la ciudad, reaccionaría igual. Las calles estaban bordeadas de magníficos edificios plateados que se elevaban dos y tres pisos. Debían parecerle majestuosos después de vivir en una pequeña aldea tras un muro de piedra.

Grandiosas torres se erguían sobre los edificios, con sus picos ondeando orgullosamente banderas vibrantes que se agitaban al viento.

Era el día perfecto para caminar, y nuestros pasos resonaban ligeros en la calle empedrada. Estaba orgulloso de mostrarle mi ciudad a ella, y de *mostrarla* a los que nos rodeaban.

Algunos orcos se detuvieron al verla, con las mandíbulas descolocadas, mientras otros simplemente la miraban, sus ojos oscuros muy abiertos. Las mujeres no eran tan inusuales aquí; después de todo, habíamos formado parejas durante la Caza durante diez años ya. Antes de eso, algunas mujeres se encontraron con orcos, y las parejas se enamoraron. También se habían mudado aquí, ya que las mujeres eran aceptadas en nuestra ciudad, mientras que los orcos no eran bienvenidos en la suya.

Estaba orgulloso de mi gente, y si los humanos no podían ver que nuestro valor se hundía profundamente bajo nuestra piel verde-amarillenta, entonces no valían la pena.

—Qué arquitectura tan única —susurró, mirando a su alrededor con la boca abierta—. Todo es tan grande. Me hace sentir del tamaño de una niña.

—Eres pequeña —mi pequeña compañera.

Casi nos chocamos con dos orcos de otro clan que habían ido con el grupo la otra noche, pero no habían sido elegidos para cazar.

Ambos sonrieron, con la mirada fija solo en Rhoslyn.

—Tu caza tuvo éxito —dijo uno, frunciendo el ceño al cruzar su mirada con la mía—. Eres increíblemente afortunado como siempre, Jaus.

—Demasiado afortunado, diría yo —el segundo jugueteó con su arma.

La atención de Rhoslyn saltaba entre nosotros, y dio un paso más cerca de mí.

Al notar que ellos la miraban más tiempo del que me gustaba, llevé la mano al mango de mi maza. Un gruñido salió de mi garganta, y Rhoslyn tragó con dificultad.

Sus ojos se entrecerraron, pero no dijeron nada, continuando por la calle.

Me giré, observando hasta que se mezclaron con la multitud.

—Lo siento —dijo Rhoslyn tan suavemente que apenas la escuché por encima de los que vendían sus mercancías en el

mercado adelante.

—No es tu culpa.

Ella gruñó, y seguimos caminando. La mantuve cerca de mi lado y fulminé con la mirada a cualquiera que se atreviera a mirarla.

Deteniéndome a mitad de la calle, señalé una tienda en una esquina entre una calle lateral y la vía principal.

—Podemos comprar mantequilla aquí.

Su rostro se sonrojó. ¿Por qué esta vez?

—Es muy amable de tu parte.

—A mí también me gusta la mantequilla.

—Oh —sus hombros se hundieron.

—¿Qué más te gusta comer? —le pregunté mientras entrábamos.

—Lo que sea, en realidad.

—Dime.

Se encogió de hombros.

—Fruta. Verduras. El pan que comimos esta mañana ere muy bueno.

Recolecté cosas en una cesta mientras hablaba, y cuando levantó una botella de miel, pero la volvió a dejar rápidamente, la agregué a mi cesta también.

—Quiero mucha mantequilla —le dije al vendedor.

—¿Mucha? —preguntó, levantando un recipiente del tamaño de su cabeza.

—Sí.

Cuando noté que miraba hacia barriles de caramelos duros, los agregué a mi pedido. Lo mismo con los peces secos que admiraba. Y la carne seca. Las extrañas verduras que miraba también se unieron al resto.

—¿Algo más, comandante? —preguntó el vendedor.

—¿Algo más? —le pregunté a Rhoslyn.

Me dio una dulce sonrisa que me hizo querer comprar todo en la tienda para mantener esa expresión en su rostro.

—Oh, no necesito nada.

—Esto será todo por ahora —dije.

El vendedor sumó mi cuenta y, después de que pagué, metió todo en una bolsa de tela que tiré sobre mi hombro.

—Tienes hambre —dijo ella mientras salíamos—. Debería haberte dado más trozos de pan esta mañana.

Tenía hambre, pero más de ella que de comida. Reflexionando sobre eso, la guie por algunas calles más hasta llegar a nuestro siguiente destino. Para entonces, no había decidido nada, y sospechaba que no lo haría ni siquiera si lo pensara durante los próximos treinta días.

—Aquí te conseguiremos ropa —dije de manera ruda, señalando la tienda.

Ella inclinó la cabeza mientras estudiaba el cartel, y la sonrisa más hermosa cruzó su rostro.

—Hay una cabeza de mujer en el cartel, no solo una de orco.

—Porque esta tienda es de Eleri, una humana emparejada con Odik.

Su respiración se detuvo.

—¿Eleri está aquí en la ciudad?

—Como dije, está emparejada con Odik. Trabaja en la ciudad, aunque ella y Odik viven con el resto de su clan.

—La recuerdo vagamente. Se unió a la Caza hace cinco años, aunque de una manera poco convencional. Era unos años mayor que yo, y no éramos cercanas. Sin embargo, tengo muchas ganas de verla de nuevo —con una sonrisa dirigida hacia mí que me dejó sin aliento, empujó la puerta de entrada y entró, sujetando el panel para mí—. Vamos. No te quedes ahí parado en la calle.

Encontré una forma de respirar y la seguí dentro.

Alguien chilló en la parte trasera de la tienda.

Solté la bolsa de comida, saqué mi maza de su vaina y empujé a Rhoslyn detrás de mí.

Mataría a cualquiera que amenazara a mi compañera.

CAPÍTULO 18

RHOSLYN

Jaus se erizó y levantó su maza.

Miré a su alrededor, preguntándome qué estaba pasando, pero solo encontré a Eleri tejiendo lentamente entre los estantes de ropa. Después de sufrir una grave lesión cuando era niña que le dejó una cojera, sus padres que vivían en uno de los otros pueblos lejos del mío la habían abandonado en el bosque. Si un cazador viudo no la hubiera encontrado y criado, ¿quién sabe qué habría sido de ella? Solo tenía tres años en ese momento.

Hace cinco años, la acusaron de asesinar al cazador, pero yo nunca creí que fuera capaz de un acto tan espantoso. No había nadie más amable ni generosa que Eleri. Ella huyó la noche de la caza, y nadie volvió a saber de ella, aunque eso era lo normal para las que eran llevadas por los orcos.

Ella se acercó cojeando hacia mí, con el rostro lleno de reservas.

Le coloqué las manos en los hombros.

—Antes de que digas algo, quiero decirte que nunca pensé que lo hicieras.

La reserva no abandonó su rostro.

—Y mi sospecha se confirmó cuando Brigid yació en su lecho de muerte y lo confesó —añadí.

—La vi salir de nuestra casa. Sabía que lo había hecho, pero... —la mirada de Eleri cayó de la mía—. No pensé que alguien me creería.

La mayoría no lo había hecho, aunque algunos de nosotros habíamos hablado a su favor. El consenso fue que ella lo había hecho. ¿Por qué más habría huido?

—Podrías regresar al pueblo si quisieras —dije.

—No quiero —dijo Eleri, levantando la barbilla—. Soy feliz aquí con Odik. No hay ningún lugar donde prefiera estar.

Puse mi mano en el brazo de Jaus para hacerle un gesto de que se uniera a nosotros.

Mirando un poco avergonzado, aunque no estaba seguro de por qué, gruñó y devolvió su maza a su vaina.

¿Pensaba que Eleri me estaba atacando?

No estaba seguro de qué pensar sobre este orco gruñón y malhumorado que parecía decidido a interponerse entre cualquier amenaza y yo, y mucho menos sobre un tipo que parecía calmarse con mi toque. Para alguien que decía que no le gustaba, fue una sorpresa verlo comportarse de esta manera.

Aunque no había dicho que *no le gustaba*. Había sido evasivo, afirmando que las emociones tomaban tiempo. Lo entendía. Aunque, en mi caso, no estaba tomando mucho tiempo empezar a anhelarlo. Y no, no era solo algo sexual. El deseo había comenzado antes de que me lamiera.

Me preocupaba estar sucumbiendo como todas las demás mujeres atrapadas en la caza, que estaba enamorándome de mi nuevo esposo a pesar de mi determinación de mantenerme al margen.

—Rhoslyn, ¿cuándo llegaste a la ciudad? —exclamó Eleri, sujetándome por los antebrazos y recorriéndome con la mirada. Su sonrisa ahora era genuina. Debía de sentirse aliviada de que todos supieran que no había matado a Zur. En realidad, debería saber la respuesta. Hace unos días, ya que la Caza acaba de celebrarse. Observó a Jaus, enredando los dedos en su cabello rojo intenso, recogido en la parte trasera, pero con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Sus ojos castaños brillaban de emoción—. Te has emparejado con el comandante, veo.

No estaba segura de si ya estábamos emparejados, pero él me había llamado su destinada. Había dicho que quienes eran elegidos

por los colgantes del clan a menudo terminaban enamorándose.

No quería su amor, ¿verdad? Tal vez...

Argh. No quería pensar en eso en absoluto. Aceptaría el placer que me ofrecía y lo daría por suficiente.

Las manos de Eleri descendieron hasta su abultado vientre y, por la mirada afilada del fornido orco que la había seguido hasta el frente de la tienda, sospeché que pronto daría a luz a su cría.

Odik asintió a Jaus. El compañero de Eleri tenía la misma altura y complexión que Jaus, aunque sus ojos eran de un dorado impactante, no del marrón dorado oscuro que encontraba tan atractivo en Jaus. También estaba cubierto de armas, y su colgante era diferente al de Jaus: un disco circular formado por remolinos que debían representar el aire. En su caso, sostenía con firmeza un grueso bastón en una mano, además de llevar una larga hoja enfundada en la espalda.

—Este es mi compañero, Odik —Eleri se recostó contra su pecho y le sonrió—. Te encantará vivir aquí, tanto como amarás a Jaus.

Estaba decidida a que eso no ocurriera, pero no dije nada. Jaus me observaba con atención, aunque no lograba descifrar lo que estaba pensando.

—Hasta ahora, ha sido una experiencia bastante interesante —dije, una respuesta neutral.

La sonrisa de Eleri se desvaneció.

—¿Llegaste mientras los dresalods atacaban?

Asentí.

—Son aterradores.

—Nuestros machos nos protegerán con su vida —respondió, acariciando la mano de Odik sobre su vientre.

—¿Cuándo nacerá tu cría? —pregunté.

—Pronto —su sonrisa floreció de nuevo—. Será nuestro segundo hijo. Tenemos un varón, Zur, llamado así en honor al hombre que fue como un padre para mí, y ambos esperamos que esta vez sea una niña, aunque estaremos felices con otro niño.

—Enhorabuena. —Verla feliz alivió un poco mi inquietud. Aún tenía que reconciliarme con lo que podía tener en el futuro con Jaus, más allá de la increíble conexión en la cama. Pero si la ciudad me

acogía como parecía haberlo hecho con Eleri, sería un buen comienzo. Extrañaría a mi hermana, pero saber que estaría con su amor haría más fácil que yo construyera una nueva vida aquí. Al menos ya no tenía que preocuparme por que Eamon intentara llevarme a la cama.

Eleri estudió mi ropa, y recordé que hacía bordados exquisitos cuando vivía en la aldea.

—Veo que llevas lo último en moda de caza.

Solté una carcajada entre dientes.

—Estás insultando mis habilidades como costurera.

Su sonrisa se ensanchó.

—Si no recuerdo mal, te entrenaste con tu madre y ya eras una sanadora bastante hábil. Sin embargo, no creo recordar haberte visto coser mucho.

—Me has pillado —admití con una risa.

—Necesito un vestuario completo para mi compañera —dijo Jaus, rodeándome la espalda con su brazo, como si estuviera complacido de estar a mi lado—. Todos hablan muy bien de tus habilidades con la ropa.

Su gesto me agradó hasta que me di cuenta de que probablemente estaba fingiendo para que Eleri no se preocupara. Ella era feliz con Odik, y le entristecería pensar que Jaus y yo no nos llevábamos igual de bien.

Él había pedido tiempo, y tenía razón en hacerlo. Cuidar de otra persona no sucedía de la noche a la mañana, por mucho que un macho me encendiera entre las sábanas.

Al mirarlo, noté lo intensamente que me observaba. No había amenazas aquí que requirieran su atención. Tal vez me estaba mirando con los primeros indicios de cariño. Tal vez le complacía estar conmigo.

Por ahora, me aferraría a eso.

—Déjame ver qué tengo —Eleri recorrió mi figura con la mirada —. Creo que tengo algunas prendas de tu talla. Atiendo tanto a orcos como a humanos, aunque obviamente hay menos de los nuestros aquí. —Tomando mi mano, me guió a través de la tienda, donde predominaban prendas masculinas apropiadas para un orco,

hasta una larga hilera en la parte trasera con vestidos, faldas y blusas encantadoras—. También tengo camisones y ropa interior.

—No necesitaremos eso —gruñó Jaus.

Eleri ocultó su sonrisa tras la mano y me guiñó un ojo. Se inclinó cerca, bajando la voz solo para que yo la oyera.

—¿Siempre es tan gruñón?

—Hasta ahora.

—Lo endulzarás. Es un buen macho. Me he cruzado con él en el pasado, y siempre fue agradable.

Estaba esperando que la *amabilidad* hiciera su entrada en nuestro hogar, aunque dudaba que sucediera. Aunque ya hacía más esfuerzos por complacerme que cuando nos conocimos.

Compró mantequilla cuando dijo que no la necesitaba. No se me pasó por alto que añadió miel a su pedido después de verme levantar el frasco y volver a dejarlo con resignación.

Puede que aún haya esperanza para nosotros.

La voz de Eleri bajó aún más.

—Si te sirve de ayuda, debes saber que Odik y yo somos tan felices ahora como lo fuimos poco después de conocernos en la caza. Será igual para ustedes.

—¿Cómo puedes saberlo? —Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Jaus y Odik cerca del frente de la tienda, mirando por la ventana y conversando en voz baja.

—Su colgante brilló por ti, ¿no?

Asentí.

Me dio un codazo en el costado.

—Entonces el sexo será increíble y pronto hará todo lo posible por complacerte. Antes de que te des cuenta, tendrás una cría en camino.

—No estoy segura de querer hijos. Después de criar a mi hermana, pensé que mi momento había pasado.

Frunció el ceño y levantó una falda del perchero, colocándola contra mí antes de hacer un chasquido con la lengua y devolverla a su sitio.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Eres muy joven.

—No me siento joven.

—Lo suficiente para complacer a Jaus —lanzó una mirada en su dirección—. Te observa todo el tiempo, incluso ahora mientras habla con Odik.

Eché un vistazo por encima del hombro y confirmé su afirmación. Por alguna razón, mi rostro se calentó.

—Dudo que lo complazca. Probablemente solo esté preocupado de que intente huir, de que deba vigilarme para evitarlo.

Eleri arqueó una ceja y frunció los labios.

—¿Lo harás?

—Si me lo hubieras preguntado cuando llegué, sí. Ahora…

—Ah, lo entiendo bien. —Me rodeó la cintura con un brazo y me dio un rápido abrazo—. Ya has dormido en su cama. Tal vez incluso ahora su cría crece dentro de ti.

—No hemos hecho… eso —mis mejillas ardieron aún más. No estaba acostumbrada a hablar de estas cosas con nadie.

Su rostro se arrugó antes de alisarse.

—Debe estar dándote tiempo para adaptarte, como hizo mi Odik.

—¿Ustedes dos no… hicieron eso de inmediato?

—Sospecho que habría estado dispuesta si él lo hubiera presionado, pero es un orco dulce. Dijo que no quería reclamarme hasta que yo estuviera lista.

No iba a preguntar cuánto tiempo le llevó.

—Yo estuve lista bastante rápido. —Un destello travieso apareció en sus ojos—. Como en todos los emparejamientos, imagino que tú también estarás lista bastante rápido.

Me niego a suplicar… hasta ahora. Pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que sea imposible resistirme?

Capítulo 19

JAUS

Caminando a grandes zancadas por las calles adoquinadas rumbo a nuestro hogar, con mi compañera bien sujeta a mi costado, chasqueé los colmillos a cualquier orco que se acercara a menos de un brazo de distancia.

—Gracias por mi ropa nueva —dijo, mirándome con una expresión que no logré descifrar. Agradecimiento, probablemente.

No es el afecto que esperaba… contuve un gruñido. No quería que me amara, ¿o sí?

—De nada —respondí con rudeza, acomodando el saco de comida sobre mi hombro—. Volveremos cuando tenga más prendas en stock.

—¡Pero ya me compraste cinco conjuntos!

—Mereces tres veces esa cantidad.

Negando con la cabeza, una sonrisa fugaz cruzó sus labios.

—Solo puedo usar uno al día. Lavaré lo que se ensucie entre usos. En realidad, con dos bastará.

¿Dos? Resoplé.

—Eso no es suficiente ropa para *mi* compañera. Además, he pensado en contratar a alguien que haga la colada por ti.

¿De dónde había salido esa idea?

Se detuvo, y los orcos fluyeron a nuestro alrededor, evitando mirarla cuando captaron mi mirada severa.

—¿Por qué harías eso? Puedo lavar y mantener limpio nuestro hogar. Preparar nuestras comidas también.

—¿*Nuestro* hogar? ¿*Nuestras* comidas?

Encogió los hombros.

—*Tu* hogar, quise decir.

La atraje hacia mí y la sostuve con firmeza.

—Es tu hogar. Tu comida. Mis posesiones son tuyas. Siempre considéralo así.

No pude resistirme a besarle la coronilla.

La tensión abandonó su cuerpo, y por dentro sonreí con tanta intensidad que me sorprendió que mi colgante no reflejara el sentimiento.

—Cuidado, *compañero* —dijo con tono burlón cuando reanudamos la marcha—, o empezaré a sospechar que tienes un corazón tierno bajo toda esa rudeza.

Tal vez lo tenía… cuando se trataba de ella.

Al alejarnos del mercado principal, miró a su alrededor, ajena a la atención que atraía.

—Tu ciudad es asombrosa. Hay tantos edificios hermosos. Tantas personas hermosas.

¿Le parecían atractivos los orcos? No debería importarme, pero no pude evitar que mi pecho se expandiera tres veces su tamaño normal. Se estaba aplastando contra mis costillas.

—Te dije que aquí viven muchos orcos —respondí, esforzándome por sonar neutral—. Construimos nuestros hogares con acero para protegernos de los dresalods.

¿Cuándo había empezado a ablandarme con mi hermosa compañera?

Desde el momento en que la conocí.

—Eleri me contó que hay seis clanes de orcos en total —dijo, aparentemente ajena a mi creciente devoción—. ¿Todos viven en la ciudad?

—Principalmente el Clan Azuris —acaricié mi colgante— y algunos del Clan Lumen, aunque la mayoría de los que viven dentro de los muros de la ciudad pertenecen a la familia real.

—¿Dónde viven los otros clanes?

—Uno eligió el bosque, otro un intrincado sistema de cuevas en lo profundo de las montañas. Todos viajan a la ciudad en vox.

Como si mis palabras hubieran sido una señal, una bandada de vox montados surcó el cielo. El grupo se dividió: algunos volaron hacia el mar, otros aterrizaron en distintos edificios, incluido el palacio costero.

¿Había llegado mi padre? No reconocí su vox entre los demás, pero la luz del sol se reflejaba en las escamas de algunos que descansaban en el balcón incrustado en la torre del palacio. Su vox era rojo rubí, y distinguí ese color entre los que estaban allí.

—Eleri tiene una tienda de ropa en la ciudad. ¿Odik es parte de tu clan?

—Es el caedos, o líder, del Clan Zephyr.

—¿Dónde viven *ellos*? —Me miró dulcemente, casi con lo que tomé por aprecio en sus ojos.

Con el pecho hinchado de orgullo, la guié por la calle rumbo a nuestro hogar.

—El clan de Odik construyó sus hogares en islas altas, lejos en el mar.

Jadeó.

—Los dresalods deben amenazarlos también.

—A veces. Son bastante buenos defendiéndose, y sus casas están en los puntos más altos de las islas.

Se aferró a mi antebrazo.

—¿Cuántos orcos mueren en cada batalla?

—No muchos. Hemos aprendido sus debilidades y perfeccionado nuestras habilidades con las armas más eficaces contra ellos. Yo, por ejemplo, lucho desde el lomo de Feyla, y ella es experta en esquivar sus garras.

—Aun así, siguen viniendo, dijiste.

—Se reproducen y maduran rápido.

Y están ansiosos por devorarnos.

—Necesitan una solución permanente.

—A menos que nos alejemos de la ciudad, donde entonces nos enfrentaríamos a los shaydes, no tenemos más opción que quedarnos aquí.

Un ceño fruncido se dibujó en su rostro.

—Entonces hay que encontrar una forma de mantenerlos alejados sin perder más orcos.

—Viven en las profundidades del mar, donde no podemos alcanzarlos.

—Han construido un muro alrededor de la ciudad. ¿Podrían construir otro más lejos, en el mar, o usar… una especie de red para contenerlos?

—Son ideas sólidas que ya hemos considerado. Los dresalods pueden escalar la mayoría de los muros. Les cuesta más con nuestras estructuras metálicas.

—¿Cómo crearon el metal que usan en los edificios?

Me detuve y toqué una pared lisa y plateada que relucía bajo el sol.

—Construimos con madera y recubrimos la superficie con metal, asegurándonos de que casi no haya uniones donde puedan aferrarse.

—Los edificios de tu ciudad son impresionantes. Cuando volamos sobre ella con Feyla, parecía una cesta llena de joyas de plata.

—Nuestro método no serviría para un muro en el mar. Se oxidaría y la madera se pudriría demasiado rápido.

—¿Y una red, entonces?

—Podrían treparla o desgarrarla con sus garras.

Suspiró.

—Ojalá pudiera pensar en algo que ayude.

Era nueva en la ciudad y tenía una perspectiva diferente. Quizás podría idear algo en lo que aún no hubiéramos pensado.

—Si alguien pudiera encontrar una solución, serían los asesores del rey, y, lamentablemente, aún no lo han hecho —la conduje por una calle que salía de la vía principal.

Asintió con determinación.

—Lo pensaré y te diré si se me ocurre algo.

—¿Por qué? Entiendo que no quieras ver a otros sufrir, pero por lo que veo, aún no consideras este lugar tu hogar.

¿Alguna vez lo sentiría como suyo?

—Me estoy acostumbrando a la idea.

Dicho esto, siguió caminando.

Me apresuré, no, *avancé con paso firme* para alcanzarla y tomé su mano, dándole un suave apretón.

Me reconfortaba cuando decía cosas así.

Hablar con ella de esta manera, en lugar de discutir a cada momento, solo hacía que deseara reclamarla por completo. Pensé que podría contenerme mientras le daba placer, pero sospechaba que pronto sería yo quien terminaría suplicando.

En emparejamientos como el nuestro, donde nuestros colgantes elegían, la mujer se enamoraba rápido de su compañero. El corazón del varón la seguía, aunque siempre había creído que él la amaría por lo que era, no solo por desearla y viceversa.

El colgante podía elegir, pero eran los corazones los que tomaban la decisión final.

Me agradaba Rhoslyn, y la opresión que sentía en el pecho me decía que ese aprecio podía convertirse fácilmente en amor.

¿Sería algo malo?

Mi madre había amado a mi padre y estuvo al borde de la ruina cuando él la dejó para unirse con otra.

Mi situación era diferente. Observaría y vería a dónde nos llevaba esto.

Pasamos junto a un gran edificio que albergaba uno de los muchos talleres de metalurgia y nos detuvimos a mirar por la enorme ventana del frente. Esta zona de la ciudad estaba lo suficientemente alejada del agua como para que los dresalods no llegaran hasta aquí.

—¿Ves? —dije en voz alta para hacerme oír sobre los estruendos y chirridos del metal en pleno trabajo—. Aquí es donde fabricamos las láminas que colocamos en los laterales de nuestros edificios.

Incluso fuera del enorme almacén, el aire estaba cargado de un aroma metálico: una mezcla punzante de hierro candente y carbón humeante que se impregnó en mis fosas nasales y me picó en la garganta.

Los orcos golpeaban los martillos con ritmo, llenando el ambiente con vibraciones que rebotaban en los muros de piedra desgastados y las vigas de madera expuestas sobre ellos.

El calor de los hornos rugientes se filtraba a través del vidrio, y llamas titilaban en las puertas abiertas de los enormes quemadores. Vetas de fuego blanco incandescente, bañadas en un resplandor anaranjado y amarillo palpitante, captaban la mirada. Globos de metal fundido caían hacia el suelo empapado, con su brillo iluminando los músculos tensos de los orcos mientras sujetaban las barras ardientes con manos firmes. Mientras trabajaban, las chispas danzaban a su alrededor. El sudor resbalaba por sus torsos robustos, cubiertos únicamente por resistentes delantales de cuero.

—Es asombroso —susurró Rhoslyn, y como apenas pude escucharla, tomé su mano y la guié más allá del frente del edificio, siguiendo el camino lateral que rodeaba esta parte de la ciudad y nos acercaba lentamente a mi hogar.

Al llegar a mi casa, entramos.

Rhoslyn guardó su ropa en el aparador, mientras yo me mantenía cerca de la puerta, admirando cada uno de sus movimientos. Pasó la mano varias veces sobre la ropa doblada antes de suspirar y cerrar el cajón.

Me dedicó una sonrisa tímida.

—Dijiste que tenías trabajo que hacer esta tarde. ¿Quieres que te prepare algo de comer antes? Compraste mucha comida y, a menos que prefieras que use algo de lo más antiguo, podría preparar algo con lo nuevo.

Cuando avanzó hacia mí con ese andar sinuoso y se detuvo justo delante, su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Como era de esperar, mi miembro reaccionó de inmediato.

No necesitaba hacer más que mirarme para encender el fuego de apareamiento en mis venas, rugiendo con la necesidad de reclamarla. Mi colgante respondió a ese deseo, brillando con intensidad.

—Sé perfectamente lo que quiero comer.

Me aparté de la pared y avancé directo hacia ella.

Retrocedió en dirección a la cama, con la mirada encendida.

—¿Ah, sí?

—Muchísimo.

Cuando la tumbé sobre el colchón y me cerní sobre ella, sus manos se aferraron a mis hombros y sus labios se entreabrieron.

Lentamente, fui levantando sus faldas, sin apartar la vista de su rostro. Deslicé mis dedos por su pierna, y sus muslos se abrieron.

El fuego rugió dentro de mí, y en ese momento no existía nada ni nadie que pudiera impedirme saciar mi deseo por mi compañera.

Cuando un suspiro de anhelo escapó de su garganta, reclamé su boca con la mía.

CAPÍTULO 20

RHOSLYN

Besó mi cuello mientras subía mi blusa, con sus dedos recorriendo mis senos.

—Pensé que tenías trabajo que hacer esta tarde —dije con voz entrecortada—. Que no querías perder el tiempo entreteniéndote conmigo.

—Siempre tengo tiempo para ti, compañera.

Me gustaría pensar que sus palabras significaban que sus sentimientos por mí estaban profundizándose, pero él ya había dejado claro que eso no sucedería en un tiempo.

Sería una insensata si me enamoraba de mi esposo orco cuando él nunca sentiría lo mismo.

Deslizó su pulgar por mi hendidura, haciendo una pausa en el brote de placer para frotarlo.

—¿Estás diciendo que deseas que me aleje de inmediato, pequeña compañera?

Si tan solo no me encantara que me llamara así.

—¿O prefieres que me quede? —Su dedo apartó mi ropa interior y se deslizó dentro de mí—. No quiero que lleves nada debajo de tus faldas.

—¿Quieres que ande por la ciudad sin nada puesto debajo?

—Cuando estemos aquí, en nuestra casa —cedió con un gruñido. Sus dedos recorrieron mis pliegues húmedos.

Podía relajarme bajo su toque y dejar que hiciera lo que quisiera con mi cuerpo, o podía hacer valer mi voz de vez en cuando.

—Creo que lo que llevo puesto es decisión mía, compañero orco.

Sonrió contra mi piel, su dedo jugueteando dentro de mi cuerpo.

—Dilo otra vez.

El calor se extendió por mí, haciendo que mi piel hormigueara. Mis ojos rodaron hacia atrás.

—¿Compañero? —me incitó.

—Compañero orco —susurré.

—Sí, soy tu compañero orco, y tú, mi preciosa humana, disfrutas cuando te toco, ¿verdad?

Movió los dedos dentro de mí, y con cada retirada, los arrastraba sobre mi punto más sensible, haciéndome estremecer.

Las llamas me lamieron desde dentro, desatando una sensación traviesa que no podía negar.

—Es pleno mediodía —jadeé, apoyando los talones en la cama y elevando las caderas para encontrarme con el empuje de sus dedos —. No deberías estar haciendo esto.

—Oh, créeme, pequeña. Debería. Y apenas estoy empezando.

Un solo movimiento de su garra, y mi única prenda inferior se rasgó. Retiró los dedos de mi interior, dejando mi clítoris palpitando, suplicante.

Yo lo estaba.

Se deslizó hacia abajo hasta quedar al borde de la cama.

—Las piernas sobre mis hombros —ordenó, con el mismo tono autoritario que usaría con un subordinado. Maldición, pero mi cuerpo quería derretirse sobre él. Su aliento recorrió mi centro, enviando escalofríos a través de mi piel. Lo deseaba todo, y me costó contenerme para no rogarle.

—A menos que prefieras que me vaya a trabajar a mi despacho, compañera.

Si no hubiera visto un atisbo de vulnerabilidad en su rostro al mirarme, quizás me habría rehusado. Sí, mi cuerpo clamaba por liberación, pero sentía que libraba una batalla por mi propia esencia. Si no me afirmaba cuando podía, él acabaría absorbiendo todo lo que me hacía ser yo. Y al mismo tiempo, intuía que si me enfrentaba a él cuando realmente importaba, al menos me respetaría.

—Lo hago porque quiero —dije, enganchando las piernas sobre sus hombros—. No porque me hayas provocado hasta el punto de necesitarlo.

—No hay nada de malo en desearme.

—Lo hay si crea un desequilibrio de poder entre nosotros.

—No quiero nada más que una compañera.

Deslizó el pulgar sobre mi clítoris, enviando una descarga de necesidad a través de mí.

—Hace apenas unos días ni siquiera buscabas eso.

Su sonrisa torcida se ensanchó.

—Ahora sí.

Y eso me bastó.

—Lámeme, Jaus —ordené con firmeza.

—Vivo solo para servirte, Rhoslyn.

Su boca descendió sobre mí, y mi jadeo resonó en la habitación.

Y cuando movió los dedos dentro de mí con mayor rapidez, mi mundo se hizo añicos.

Jaus recogió los pedazos y los sostuvo con delicadeza entre sus manos callosas.

Los días siguientes transcurrieron con el mismo ritmo. Yo lo bañaba, y él me devolvía la atención con caricias traviesas, haciendo que mi cuerpo estallara en llamas una y otra vez. Yo preparaba nuestras comidas, pero ahora insistía en lavar los platos después, mientras yo me mantenía cerca, tratando de no preocuparme porque estuviera haciendo algo que me correspondía a mí.

En mi séptimo día en el reino orco, almorzamos como de costumbre y luego él se retiró a su despacho. Yo me dediqué a hacer pequeñas tareas en la casa, ordenando aquí y allá, hasta que encontré algunos libros en uno de los armarios empotrados del dormitorio. Como estaban escritos en el idioma universal, podía leerlos.

Curiosamente, algunos parecían romances, aunque debía estar interpretando mal los títulos. Uno que parecía tratar sobre la vegetación local me llamó la atención, así que lo metí bajo el brazo.

Jaus se había suavizado conmigo y, si me atreviera a ponerle nombre, diría que atendía cada una de mis necesidades. Mantenía nuestra despensa abastecida con mantequilla, frutas y verduras, cosas que noté que faltaban en la caja de refrigeración cuando llegué. Ordenaba la casa y, además, insistía en preparar la mitad de nuestras comidas, sin dejar de limpiar todo después.

Para ser un hombre que aseguraba que yo sería, en esencia, su criada, parecía empeñado en hacer más de la mitad de mi "trabajo".

Si tan solo me sintiera útil para algo más que lavar mi ropa y hacer la cama por las mañanas.

Con el libro en mano, me acomodé en la cama y me puse a leer. Hasta ahora, me negaba a llamar al dormitorio "nuestro", aunque sospechaba que no podría resistirme mucho más. Me estaba enamorando de mi compañero orco, rudo pero gentil, y no parecía haber nada que pudiera hacer al respecto.

Más aún, *quería* enamorarme de él, cuidarlo y darle el mismo placer que él me daba a mí.

La historia que leía era buena, pero mis bostezos me alcanzaron y me quedé dormida, el libro cayendo sobre la cama junto a mí.

Desperté con Jaus deslizándose sobre mí.

—Eres preciosa cuando duermes.

La aspereza de su voz, junto con un matiz de adoración, fueron mi perdición. Aferré sus hombros con fuerza.

—Tú no eres feo cuando *duermes* —repliqué. No era exactamente una afirmación de mi independencia, pero al menos le mostraba que no era un simple trozo de arcilla encontrado en un arroyo, esperando ser moldeado a su gusto.

—Soy terriblemente apuesto —soltó, empujando el libro fuera de la cama y tirando de mis faldas—. Y tú, mi preciosa —depositó un beso en la punta de mi nariz—, eres demasiado tentadora.

—Fuiste tú quien vino al dormitorio. Yo no entré a tu despacho a rondarte para captar tu atención.

—Puedes hacerlo cuando quieras —su sonrisa se inclinó de un lado—. Creo que me gustaría chuparte el clítoris mientras te recuestas sobre mi escritorio.

Un escalofrío de deseo recorrió mi piel.

—¿Tenías planes para esta tarde? —Hice un esfuerzo por sonar normal—. Mejor dicho, para la noche, porque la luz del atardecer ya entra en la habitación.

—Mi única tarea en esta temprana velada es mostrarle a mi Rhoslyn lo que se está perdiendo.

—No creo estar perdiéndome de mucho.

—Me refiero a mi igualmente apuesto miembro.

—No estoy segura de que algún miembro pueda considerarse apuesto. Son venosos y gruesos, y la piel se desliza sobre ellos cuando se tocan.

—¿Y cómo sabes tanto sobre miembros?

Su dedo se detuvo justo en la entrada de mi cuerpo, su pulgar dejó de acariciar mi clítoris.

Quería alzar las caderas y empalarme en su mano. Como siempre, mi determinación se desmoronaba rápidamente, y presentía que no pasaría mucho antes de exigirle que me lo diera todo.

El amor por él había irrumpido en mi corazón casi desde el momento en que lo conocí. Me exasperaba. Me provocaba sin piedad.

Y, a pesar de mis réplicas mordaces, me encantaba estar con él.

—No soy doncella —dije con voz ronca—. Como ya te he señalado antes.

Su dedo se hundió en mí, explorando mis paredes internas con una caricia experta.

—La experiencia es algo bueno. No tendré que preocuparme tanto de hacerte daño.

—¿Cómo podrías hacerme daño?

Movió su dedo con mayor rapidez, añadiendo otro mientras frotaba mi clítoris.

—Soy grande.

—Imagino que encontrarás la forma de hacer que encaje.

Su ceja se arqueó, y mi pulso se disparó.

—¿Te gustaría una prueba?

—¿Me está diciendo que no tengo que rogar?

Gruñó.

—Era una broma. No hablaba seriamente.

—Creo que *sí* lo decías en serio.

¿Cómo lograba encontrar las palabras? Mi cuerpo seguía tensándose y aflojándose, y cada vez que se contraía, sentía que todo dentro de mí estaba a punto de romperse.

—Quizá al principio, pero ya no.

¿Qué se suponía que hiciera con esa información? La idea de que sus sentimientos por mí hubieran cambiado, de que algún día pudiera llegar a amarme, me hacía desear confesar lo mucho que ya significaba para mí. ¿Y si me decía que nunca sentiría lo mismo?

Grr. No me gustaba pensar así. Me lo demostraba con cada gesto, con cada caricia. Eso era suficiente… por ahora.

—Ven, compañera —dijo—. Quiero saborear tu placer en mi lengua.

Separándome las piernas, se deslizó entre ellas.

—Dámelo todo.

Y cuando posó la boca sobre mi piel ardiente, hice exactamente lo que me pedía.

Capítulo 21

JAUS

—¿Te gustaría comer algo? —preguntó Rhoslyn después de que nos bañamos y yo la complací de nuevo. Mi pobre polla palpitaba, pero podía ignorarlo. Lo único que importaba ahora era darle plena satisfacción—. Creo que tenemos algo de carne asada en la caja fría.

Su sonrisa relajada me dijo que la había complacido otra vez. Al llevarla al orgasmo una y otra vez con mis dedos y mi boca, no necesitaba mi polla. O sentía que no la necesitaba. No era una doncella, y a mí no me importaba en absoluto. Como dije, al menos sabía qué esperar.

¿Se daba cuenta de que mi polla podría hacer esto aún mejor? A pesar de que se burló de mi arrogancia cuando nos conocimos, no estaba pensando en las cosas de esa manera. Pero seguramente una polla embistiéndola se sentiría mejor que mis dedos.

Esperaba descubrirlo pronto. Cuanto más tardaba en reclamarla, más lo ansiaba.

Ella significaba… mucho para mí. Eso era todo lo que estaba dispuesto a admitir. Necesitaba mantenerme desapegado en lo más profundo hasta alcanzar los objetivos que me había fijado cuando mi madre se mudó lejos de mi padre y estableció su propia residencia. Me convertiría en el mejor comandante que esta ciudad había visto jamás, demostrando a todos que era digno.

Sonaron los cuernos afuera.

La mirada de Rhoslyn, con los ojos muy abiertos, se encontró con la mía.

—Dresalods —gruñí, corriendo a tomar mi maza de la pared. Había entrenado a Feyla para venir a mi hogar cuando se diera la alarma.

—Dijiste que solo venían cada mes o algo así.

—Sus patrones han cambiado. A veces atacan con más frecuencia.

Ella cruzó la sala apresurada mientras yo retiraba la tranca y abría la puerta interior.

—Vuelve conmigo, Jaus.

La intensidad de su voz fue mi perdición. La atraje hacia mí y la sostuve con fuerza, rezando porque estuviera a salvo… porque *yo también* estuviera a salvo al final del ataque.

Pero finalmente tuve que partir. Ella me miró con tanta emoción en sus ojos que mi corazón se detuvo un instante. Me debatí entre la necesidad de irme, de acudir en ayuda de mis compañeros orcos, y el anhelo de quedarme y simplemente abrazarla en el sofá.

—Ve. Atrancaré la puerta y te esperaré —dijo, parpadeando rápido. Me dejó atónito pensar que tal vez estuviera llorando por mí.

Le acaricié el rostro con los nudillos y salí, avanzando por el pasillo. Una vez que ella barrió la primera puerta tras de mí, abrí el panel exterior y salí, encontrando a Feyla esperándome.

De un salto, aterricé sobre su lomo y la guié hacia el cielo y el mar.

Al sobrevolar el muro, fruncí el ceño.

¿No había dresalods?

—¿Dónde están? —grité al jefe de la guardia.

—Falsa alarma —dijo con un leve gesto de incomodidad—. Uno de los míos creyó ver a algunos saliendo del mar más abajo en la costa. Voló aquí rápidamente y dio la alarma, pero cuando enviamos un escuadrón de batalla, no encontraron ni un solo dresalod.

—Muy bien.

El subidón de adrenalina se desvaneció, dejando mis miembros doloridos. Con un leve toque de mis talones, giré a Feyla y la dirigí de vuelta a casa. Aterrizó en el balcón, y desmonté.

Después de acariciar su cuello, le di una palmada en el flanco para que regresara a su nido. Avancé y golpeé la puerta.

Rhoslyn la desatrancó y salió de inmediato, lanzándose a mis brazos.

—¿Qué está pasando?

Se lo expliqué y la llevé adentro, cediendo finalmente al impulso anterior de sostenerla entre mis brazos. Se estaba volviendo más importante para mí que cualquier otra cosa, y no sabía si debía rendirme a ese sentimiento o seguir luchando contra él.

Finalmente, la puse de pie y me enderecé.

—Vamos, pequeña compañera, cenaremos en la ciudad —dije con voz ronca por el alivio de haber vivido para ver otro día con Rhoslyn.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Vamos a salir de la casa?

—Esta noche celebraremos un festival para dar gracias porque todos en la ciudad siguen con vida.

—Oh, eso suena divertido.

La emoción en su voz me hizo darme cuenta de que, aparte de salir a comprar ropa, la había mantenido encerrada. Se estaba perdiendo las maravillas de mi ciudad, y quería compartirlas con ella.

—Ponte algo con lo que puedas bailar —dije con una sonrisa.

Ella deslizó la punta de un dedo por mi brazo al pasar junto a mí, dirigiéndose al dormitorio.

—Cuéntame más sobre esta celebración.

Me puse pantalones limpios.

—Las celebramos con frecuencia —porque sabíamos que cada día podía ser el último—. Los ancianos organizan el Festival de la Danza de las Llamas, en el que encendemos numerosas hogueras majestuosas por toda la ciudad. Artistas callejeros, vestidos con colores brillantes, bailarán a su alrededor, al igual que nosotros. Los vendedores ofrecerán toda clase de comidas. Las chispas del fuego iluminan el cielo nocturno no solo simbolizan la celebración, sino que refuerzan la unidad dentro de nuestra sociedad.

—Suena increíble.

No podía esperar para compartirlo con ella.

Terminamos de vestirnos y salimos de casa. Orcos caminaban con nosotros en dirección al centro de la ciudad.

Tomé la mano de Rhoslyn para evitar perderla en la multitud.

Su rostro se tiñó de color, y su mirada alegre lo absorbía todo.

Al pasar junto a acróbatas que realizaban saltos y piruetas sobre los hombros de otros, contuvo el aliento y apretó mi mano.

El sol se desvaneció, dejando solo vetas doradas y rojas en el horizonte occidental, y las antorchas rellenas de hierbas aromáticas se encendieron. Los edificios que cruzábamos estaban decorados con tapices coloridos que representaban nuestras victorias contra los dresalods.

El crepúsculo cubrió la ciudad, y el aire se impregnó de expectación.

—Se parece un poco a ti —dijo Rhoslyn, deteniéndose a mirar un tapiz.

Examiné la imagen de un dresalod tendido en medio de la plaza, con un orco de pie sobre su enorme caparazón, la maza levantada y un gruñido en el rostro.

—Soy comandante de las fuerzas desde hace poco más de cinco años —dije sin querer sonar presumido.

—¿*Eres* tú? Vaya.

Observó el tapiz una vez más, comparándolo conmigo.

—El artista hizo un buen trabajo. Aquí no pareces nada gruñón.

Mi risa se escapó en un bufido, sorprendiéndonos a ambos.

Ella sonrió.

—Ahí va otra vez, el orco que tal vez sea un poco blandito por dentro.

—Jamás —gruñí en respuesta.

Pero en el fondo… Tal vez. Solo con Rhoslyn.

Tirando de ella suavemente, nos abrimos paso hasta el corazón de la ciudad, donde de día se realizaba el mercado al aire libre. De noche y después de una batalla contra los dresalods, aunque esta hubiera sido frustrada, el lugar se transformaba en una celebración.

—El fuego es enorme.

Rhoslyn miró boquiabierta la imponente pila de troncos en el centro de la plaza.

Mientras las llamas titilaban, proyectando un resplandor cálido sobre la ciudad, mi corazón retumbó al ritmo hipnótico de los tambores que resonaban en el aire.

—El Festival de la Danza de las Llamas ha comenzado —proclamé cerca de su oído.

Nos envolvió un ambiente rebosante de emoción y júbilo.

Los ojos muy abiertos de Rhoslyn absorbían a los vibrantes bailarines que giraban como seres etéreos alrededor del fuego. Su mano se aferró con más fuerza a la mía, compartiendo este momento.

Sonreí al ver la expresión de asombro en su rostro, contemplando la celebración que habíamos vivido tantas veces en el pasado a través de sus ojos. Era vibrante. Emocionante. Como ella.

Se volvió hacia mí, con su mirada reflejando tanto admiración como asombro.

—Nunca imaginé que algo así pudiera existir en la ciudad.

Chispas trazaban patrones en el cielo oscuro mientras nos acercábamos aún más. Con un impulso instintivo de protegerla de cualquier peligro oculto, la atraje hacia mis brazos y la sostuve contra mi pecho, mi cuerpo sirviendo de escudo para el suyo.

Nos empapamos de cada detalle de nuestro entorno. Quería grabar este momento en mi corazón. Se sentía nuevo y distinto, y maravilloso, porque lo estaba compartiendo con ella.

Una brisa recorrió los caminos empedrados, alineados con puestos que vendían dulces manjares, y un tenue aroma especiado flotó a nuestro alrededor, mezclándose con la pasión latente entre Rhoslyn y yo.

La anhelaba como a ninguna otra, y sospechaba que la desearía así hasta el día de mi muerte.

Envolviéndola con mi cuerpo, besé su mejilla enrojecida.

La sonrisa que me dirigió por encima del hombro me calentó más que las llamas reflejadas en sus ojos encendidos. Un vínculo se estaba formando entre nosotros, un hilo irrompible que tejía patrones en mi corazón.

¿Me estaba enamorando de ella?

Debía ser así, y no solo porque fuéramos compañeros elegidos por mi Clan Azuris.

Me estaba enamorando de Rhoslyn por lo que era. Su alegría en cada instante brillaba en su mirada y en su tacto, y yo quería que estuviera dirigida hacia mí.

Girándola en mi abrazo, tomé su rostro con suavidad, buscando en su mirada, esperando encontrar en ella los mismos sentimientos. ¿Los vi? Creo que sí.

La besé, y sus labios respondieron con avidez. Fue un beso que celebraba la victoria y, al mismo tiempo, representaba mucho más que el mero contacto físico.

El tiempo pareció detenerse mientras profundizaba el beso. Ella se apretó contra mí, gimiendo, sus dedos temblorosos sobre mi pecho.

Levanté la cabeza, y cuando me miró, sentí que podía conquistar el mundo.

Los orcos bailaban salvajemente a nuestro alrededor, con sus movimientos imitando las batallas que habíamos librado y aquellas que aún nos esperaban.

—¡Juntos! —gritó alguien, y otros se unieron al clamor.

Rhoslyn se giró en mis brazos, apoyándose de nuevo contra mí. Sostuve sus manos, entrelazando nuestros dedos, aunque los míos eran tan grandes que prácticamente engullían los suyos.

—Debemos bailar también —gritó por encima del rugido de la multitud—. Quiero bailar hasta agotar mis fuerzas, y luego seguir. Dijiste que la danza celebra la vida, y debemos capturarla mientras aún podamos.

Hablaba de lo que sentía mi corazón cada vez que encendíamos otro fuego y nos reuníamos a su alrededor.

Al principio, solo nos balanceamos, pero pronto nos movimos con la misma energía frenética que los demás. No la dejé salir de mi vista ni alejarse más allá del alcance de mi brazo. La necesidad de proteger a mi compañera me impulsaba como nunca antes.

Bailamos para demostrar nuestra resistencia.

Nuestra determinación.

Y cada vez que nuestros cuerpos se rozaban, nuestra danza reflejaba el fuego interior de nuestros espíritus unidos.

CAPÍTULO 22

JAUS

Finalmente, sentí que no podía posponerlo más.

El rey esperaría que llevara a Rhoslyn al palacio y la presentara.

En nuestro camino hacia allí a la mañana siguiente, la llevé a buscar hierbas de la tienda del herbolario, deteniéndome mientras mantenía mi expresión neutral. Ella era sanadora, sentía que era buena en ello, y anhelaba retomar el papel que había elegido en su propio pueblo. Sus habilidades serían bien recibidas aquí.

Cuando nos detuvimos frente a la tienda, observé su reacción.

—¿Tenemos tiempo…? —miró con añoranza a través de la puerta abierta—. No tengo dinero, pero ¿puedo mirar?

—Podemos parar, pero solo un momento —dije en tono rudo, ocultando mi sonrisa.

La decepción nubló su rostro, y asintió rápidamente.

—No quiero hacerte perder tu cita con el rey.

—No tengo una cita, como tal —hice un gesto hacia la tienda—. Entra. Por favor.

Dentro, la seguí mientras recorría los pasillos entre estantes llenos hasta el borde con frascos que contenían líquidos de colores brillantes y saquitos con diversas hierbas. Continuaba tomando uno, oliéndolo y enviándome una sonrisa que se desvanecía rápidamente cuando volvía a colocar los artículos en el estante. Incluso esa pequeña tristeza me desgarraba. Me hacía querer darle el mundo.

El propietario se unió a nosotros, asintiendo en ambas direcciones. Le ofreció una canasta a Rhoslyn.

Ella negó con la cabeza.

—Solo estamos mirando, pero gracias.

Hice un gesto cuidadoso hacia él, y me lanzó una mirada confundida antes de que su expresión se aclarara y asintiera.

—Reconozco tantas hierbas —dijo Rhoslyn, caminando entre los pasillos con el propietario siguiéndonos. Lo cubría de su vista, y cada vez que suspiraba por un polvo o lo que parecía un racimo de palos para mí, hacía un gesto cuidadoso. Él entonces recogía lo que ella había admirado y lo ponía en la canasta.

—Podría comprarte algunas cosas —dije con cuidado.

Ella tocó mi brazo, aunque solo por un instante, y la suave mirada que me envió hizo que mis pulmones se detuvieran.

—Tal vez una o dos cosas. No quiero gastar mucho. Trabajas demasiado por tus monedas.

Yo tenía más de lo que podría gastar nunca. La familia de mi madre era rica, y se aseguraron de que mis cuentas rebosaran antes de que llegara a madurar completamente.

Deteniéndose, Rhoslyn señaló un recipiente tejido lleno de hojas secas de un tono verdoso grisáceo.

—Lindenmint. Hace un té delicioso. Solía beber al menos una taza cada mañana. Me encanta su sabor. Tiene propiedades que mantienen los dientes limpios y descubrí que funcionaba bastante bien como astringente.

—¿Realmente? —dijo el orco mayor—. No había escuchado esa última parte.

Su voz cobró firmeza al volver a asumir su papel de sanadora.

—El lindenmint, cuando se muele finamente y se mezcla con agua hervida para aplicarlo sobre una herida, ralentiza el flujo sanguíneo incluso en cortes bastante profundos. —Estaba convencida de que también tenía propiedades para combatir infecciones, aunque apenas había comenzado a probarlo cuando dejé la fortaleza para la Caza.

—Sospecho que eres una sanadora excepcional —dije, y el boticario asintió con respeto en la mirada.

—Las mujeres de mi familia han sido sanadoras por muchas generaciones. Mi madre me enseñó no solo dónde encontrar y cómo preparar lo que recolectaba, sino también la mejor manera de usarlo. También me enseñó a probar distintas sustancias para descubrir nuevos usos.

Tomó una hoja entre los dedos y la acercó a su nariz. Aspiró su aroma con una sonrisa melancólica.

—Solía recogerla cada otoño en los límites del bosque. Mi madre se reía de la cantidad que juntaba, diciendo que podría preparar té para todo el pueblo durante un invierno entero, pero a ella también le gustaba, igual que a mi padre. Los arbustos son grandes, resistentes y crecen en casi cualquier tipo de suelo.

Cuando ella siguió adelante, bastó con que le dirigiera una mirada significativa al orco mayor para que este recogiera una generosa cantidad de la hierba y la colocara en la cesta.

—¿Tienes más? —pregunté en voz baja cuando Rhoslyn giró a la izquierda al final del pasillo.

—Sí. Crece en las estribaciones de la montaña. Es fácil de conseguir.

Observó a Rhoslyn con una sonrisa indulgente.

—Tu compañera tiene un vasto conocimiento de herbolaria. Si quisiera un trabajo…

—No lo necesitará por razones económicas, pero hablaré con ella. Puede que quiera reunirse contigo para intercambiar conocimientos sobre hierbas y remedios o ayudar a otros para mantenerse ocupada. Sospecho que se aburre cuando yo trabajo. Pueden aprender el uno del otro.

—Siempre estoy dispuesto a aprender de alguien nuevo. Te sorprendería cómo varían los usos de lo que recolectamos según la región y la cultura.

Hizo una leve reverencia.

—Sería un honor aprender de tu compañera.

Mientras Rhoslyn seguía recorriendo el lugar, maravillándose con una hierba tras otra, pagué los artículos que habíamos reunido.

El orco mayor se inclinó hacia mí sobre el mostrador.

—Mencionó un té. Si quieres, le prepararé una taza para que se la lleve.

Le di una palmada en el hombro, sintiendo gratitud en el pecho.

—Gracias.

—Terminé —anunció Rhoslyn por fin, aunque seguía mirando las estanterías con nostalgia—. ¿Crees que podría volver algún día? Oler las hierbas y las pociones me recuerda a casa.

—Estoy seguro de que se puede arreglar —respondí con mi tono ronco de siempre, como ella esperaría, aunque por dentro sonreía.

Había muchas maneras de complacer a mi compañera, y estaba descubriendo rápidamente que hacerla feliz era lo único que realmente importaba.

CAPÍTULO 23

RHOSLYN

Salimos de la tienda, y cuando Jaus se detuvo, yo también lo hice.

Gritos distantes llamaron mi atención, pero cuando miré hacia ambos extremos de la calle, no vi razón alguna para tanto alboroto. Quizás eran solo los vendedores ofreciendo sus productos en el mercado central, cuyas voces de algún modo se amplificaban por la estrechez de la calle.

El orco propietario, algo mayor, salió apresuradamente a unirse a nosotros.

—Olvidaron sus compras —me dijo, entregándome una gran bolsa que Jaus tomó de inmediato para cargarla.

Le lancé una mirada preocupada a Jaus. Él me había dicho que podía comprar algunos artículos, pero esto era mucho más de lo que esperaba. Iba a pensar que era codiciosa.

—No pedí tanto.

—En cierto modo, sí lo hiciste —dijo él con una sonrisa indulgente que me llegó al alma y me hizo sentir emocionada—. Hice que el propietario añadiera algunos extras que pensé que te gustarían.

—Tienes un compañero al que le gusta consentir —comentó el orco mayor, con una sonrisa que le expandía las mejillas—. Me tomé la libertad de prepararte un poco de té de lindenmint para que lo tomes mientras paseas por la ciudad.

Me entregó la taza.

—Puse una tapa para ayudar a mantener el calor —demostró cómo se levantaba el grueso tejido, dejando al descubierto un lado del borde mientras cubría el resto—. Bebe y luego cúbrelo de nuevo, y se mantendrá bien caliente hasta el último sorbo.

—Muchísimas gracias —le dije, dándole un abrazo con cuidado de no mover la taza. Cuando me aparté, su rostro se oscureció.

—De nada, querida —su mirada se encontró con la de Jaus, quien asintió—. Si quieres pasar de nuevo algún día, compartiremos una taza de té y hablaremos sobre hierbas. Es raro encontrar a alguien que sepa tanto como tú sobre sus propiedades. Podemos aprender el uno del otro. Soy Liall, por cierto.

Se frotó el cuello y movió su cabello de un azul grisáceo, que llegaba hasta los hombros, hacia atrás.

—Oh, no estoy segura…

—¿Te gustaría que fuera la próxima semana? —preguntó Jaus a Liall.

Liall hizo una leve reverencia hacia mí.

—Haré tiempo para ti cualquier día de la semana.

Jaus gruñó.

—¿Qué te parece si pasamos por la tarde del segundo día? Me reuniré con el líder del equipo de la guardia que vigila el muro exterior, algo que necesito resolver, y tú, mi compañera, podrás sentarte y disfrutar del té y la herbolaria con Liall. Si es algo que te gustaría hacer.

—¡Me encantaría! —respondí emocionada.

Sin embargo, no sabía qué pensar de esto. Para un hombre que había dejado claro que no quería una esposa, Jaus me estaba tratando con demasiada amabilidad. Quería darle un beso de agradecimiento, pero no estaba segura de cómo lo tomaría. Tal vez solo fuera un capricho de su parte.

—Entonces, el segundo día a media tarde —dijo Liall, inclinándose hacia mí nuevamente—. Fue un placer conocerte. Se apresuró a entrar en su tienda.

Porque no pude resistirme, levanté la tapa de la taza y probé el té, suspirando por lo increíble que sabía. Liall había colocado un

pequeño saquito con las hierbas en el agua, que seguiría infusionando.

—¿Es bueno? —preguntó Jaus, acariciando suavemente mi mejilla con sus nudillos.

—Increíble. Puede que no me atreva a darte un beso, pero me hace feliz acurrucarme a tu lado y sonreírte —le dije, sintiéndome alegre—. Si no tienes cuidado, voy a empezar a pensar que te gusto.

—No puedo imaginar no estar contigo, pequeña compañera —dijo él en tono grave. Inhaló profundamente y exhaló, señalando el camino empedrado que seguía a lo largo de la calle—. ¿Lista para continuar?

—Adelante —respondí, mi ánimo a punto de estallar. Nuestra relación había comenzado con discusiones, pero de alguna manera habíamos dado un giro y ahora nos dirigíamos en una dirección emocionante.

¡Le gusto!

Quizá pronto, él realmente me amaría.

Caminamos hasta el final de la calle, donde giramos hacia una avenida más ancha. A la derecha, la calle seguía recta hasta el borde sur de la ciudad, encontrándose con el muro exterior. El olor salado en el aire me indicó que el mar estaba en esa dirección.

Unos orcos se apresuraban hacia nosotros, pero eso no era nada nuevo. Sostuve mi té y me apoyé contra la pared de una tienda, con Jaus a mi lado, esperando que la multitud que pasaba se despejara.

Algunos de ellos gritaron, y mi respiración se detuvo.

Miré a Jaus con preocupación, viendo que su atención se había centrado en el extremo sur de la calle, sus dedos sobre la maza atada a su espalda.

—Necesito que entres y te escondas cerca de la pared trasera —gruñó, sacando su maza. Giró y forcejeó con la perilla de la tienda, pero no abrió, ni siquiera cuando empujó con el hombro. Su mirada incrédula se encontró con la mía, y saltó unos pasos hacia otra puerta que tampoco abrió. Miró hacia arriba, pero esta zona de la ciudad estaba llena de edificios de tres y cuatro pisos, hechos de plata lisa—. Arriba.

Dejó caer la maza y me levantó, pero la ventana del segundo piso estaba demasiado alta y fuera de mi alcance. Maldiciendo, me metió en un pequeño hueco entre dos tiendas, apenas encajando.

—Quédate ahí. No llames la atención.

—¿Qué está pasando? —no me gustaba que la calle ahora estuviera vacía, y los orcos que antes corrían se hubieran fugado.

Un chillido resonó, seguido de otro. El miedo que recorría mis venas me dijo que reconocía ese sonido.

Dresalods.

Jaus agarró su maza y me miró, sus ojos llenos de una emoción que no pude definir. Me acarició la mejilla con los nudillos.

—Pequeña compañera. Por favor, mantente a salvo.

Con un gruñido, giró sobre sus talones y se adentró en el medio de la calle vacía, enfrentándose a tres de las enormes criaturas.

Gritaron y corrieron hacia él.

CAPÍTULO 24

JAUS

Mi compañera estaba en peligro, y todo lo que podía pensar era en protegerla.

Con un rugido ensordecedor, el primer dresalod se lanzó hacia mí, sus enormes pinzas cortando el aire. Si me agarraba el brazo, lo cortaría de un solo golpe. La adrenalina recorrió mis venas mientras esquivaba su primer ataque, evitando por poco ser atravesado por sus garras afiladas como cuchillas. El tiempo pareció ralentizarse a mi alrededor mientras planeaba mi contraataque.

Girando mi maza en un arco sobre mi cabeza, la dejé caer con todas mis fuerzas sobre las extremidades delanteras de la criatura. Un crujido ensordecedor resonó en la calle cuando el exoesqueleto se encontró con el metal, pero no logré atravesarlo completamente. No me dejé desanimar, retrocedí y luego lancé un golpe directo a otra articulación vulnerable.

El sonido fue asqueroso, como cristales rotos mezclados con grava crujiendo, mientras fragmentos de quitina y carne volaban hacia afuera desde el punto de impacto. La bestia gritó de furia mientras se retorcía violentamente sobre la calle empedrada.

Un movimiento rápido captó mi atención desde el rabillo del ojo, haciéndome girar: otro dresalod cargaba hacia donde mi preciosa compañera temblaba, sosteniendo su taza de té como si pudiera usarla como arma.

Con reflejos veloces, perfeccionados a través de incontables batallas ganadas con decisiones tomadas en fracciones de segundo,

cada fibra muscular de mi cuerpo se puso en acción nuevamente.

Me lancé hacia arriba, enrollándome y rodando sobre la bestia, aterrizando justo entre ella y Rhoslyn.

Ella gritó mi nombre, pero permaneció en su lugar.

Estaba dispuesto a sacrificarme para mantenerla a salvo.

Agachándome bajo el frenético golpe de la garra delantera de la criatura, el tiempo pareció detenerse. Con ambas manos sujetando el mango, balanceé mi maza, empujándola parcialmente a través del costado de la bestia. La criatura tambaleó hacia la derecha, y yo la seguí, decidido a acabar con su vida y eliminar al tercero. ¿Había más? Una mirada rápida me dijo que no, hasta el momento. Tal vez el guardia de la muralla no se había equivocado al decir que vio dresalods hacia el sur. De alguna manera, algunos habían logrado pasar nuestra muralla y permanecieron ocultos hasta que consideraron que era el momento adecuado para atacar.

Con un chillido, la criatura con la que luchaba corrió hacia la puerta al final de la calle, decidida a escapar hacia el mar.

Salté sobre su espalda, casi cayendo cuando ella se sacudió, y levanté mi maza. La dejé caer con fuerza sobre la cabeza del dresalod, y esta tambaleó, cayendo hacia adelante. Fui con ella, saltando cuando se estrelló contra el suelo.

Con el sudor corriendo por mi frente, me giré, levantando mi maza.

El último dresalod se dirigía hacia Rhoslyn.

Estaba demasiado lejos para alcanzarla a tiempo, pero corrí hacia ella con determinación, con mis músculos impulsados por la fuerza de una legión de orcos que ardía en mi sangre.

El hedor de su aliento rancio llenó el aire, mezclándose con el toque salado del mar cercano.

Con un rugido atronador, el dresalod se lanzó hacia mi pequeña compañera. ¡No podría llegar a ella a tiempo!

Su garra delantera chocó con la pared de plata cerca de su cabeza, y ella tragó saliva, inclinándose en la dirección contraria. La criatura siguió golpeando, tratando de alcanzar el estrecho espacio donde ella se ocultaba.

No había suficiente espacio en el hueco para que ella se deslizara fuera de su alcance. Una vez que la criatura la alcanzara, la arrancaría del escondite como un bocadillo para saborear. Su vida terminaría en un abrir y cerrar de ojos.

Perdería a la única mujer que había amado.

El poder de mil orcos rugió dentro de mí mientras corría hacia el dresalod, con mi maza ya en movimiento.

Rhoslyn lanzó la taza de té hacia la bestia, y esta retrocedió, gritando. Giró sobre sus patas traseras, sus garras delanteras batían el aire.

Cayó sobre su espalda, batiendo el aire con sus patas espinosas, chillando una y otra vez.

Agarré el brazo de Rhoslyn y la tiré hacia mí, sacándola del pequeño hueco entre los edificios, protegiéndola detrás de mí.

El dresalod dio la vuelta y se levantó rápidamente.

Su cuerpo despedía vapor y giró en círculo antes de ponerse de pie. Dejándonos atrás, corrió por la calle, dirigiéndose hacia la muralla exterior, aunque parecía algo lento. Lo seguí, con mi corazón ardiendo con la determinación de acabar con todo esto.

Salté y aterricé sobre las piedras detrás de él, utilizando mi impulso para balancear mi maza, dejándola caer con toda mi fuerza sobre el dorso de la criatura. Un crujido ensordecedor resonó en la calle cuando el hueso encontró el metal. Mi maza se hundió fácilmente, un agradable cambio.

Mientras los soldados corrían hacia nosotros para prestar ayuda, el dresalod se arrastró lejos de mí, con su sangre escurriendo sobre los adoquines. Se esforzaba por alcanzar el muro, aunque parecía demasiado herido para trepar y cruzarlo.

Su cuerpo aún humeaba. Se desplomó en el suelo y convulsionó antes de quedar inmóvil. Un último golpe con mi maza puso fin a su vida.

Giré sobre mis talones y bramé el nombre de Rhoslyn.

Yacía inmóvil sobre los adoquines, con sangre de un rojo intenso manando de una herida punzante en su muslo.

CAPÍTULO 25

JAUS

Sangre rojo brillante, tan diferente de la mía oro, brotaba de la herida punzante en la pierna de Rhoslyn. El agujero, del tamaño de su puño, atravesaba la parte trasera de su muslo. La garra había cortado su pierna de lado a lado.

Se desangraría si no la llevaba de inmediato con un sanador.

Mientras los soldados se aseguraban de que los dresalods estuvieran muertos, la levanté con la mayor delicadeza posible.

—Resiste, pequeña compañera —siseé, intentando no sacudirla demasiado mientras avanzaba rápidamente por las calles.

No respondió.

—Rhoslyn, háblame. Por favor.

Sus párpados temblaron, pero no se abrieron. Un rasguño en su sien izquierda mostraba la sombra de un moretón en crecimiento. ¿Se habría golpeado la cabeza al intentar huir del dresalod?

—Despierta, compañera —susurré desesperado, pero no reaccionó.

Corría por una de las calles que me llevarían a la residencia del sanador cuando choqué con alguien que venía en dirección contraria.

Un gruñido me brotó de la garganta.

—Fuera de mi camino…

—¿Es así como deberías hablarle a tu hermano? —preguntó Madr con una sonrisa que desapareció en cuanto vio a Rhoslyn

desmayada en mis brazos. Su mirada se posó en la herida de su muslo y quedó boquiabierto—. ¿Es tu compañera? ¿Qué…?

—Nos atacaron dresalods.

Sus ojos se agrandaron y levantó la maza de cadena que siempre llevaba consigo, al igual que yo con mi propia maza.

—¿Dónde?

—Los maté. Eran tres, y no parecía haber más, pero los soldados los buscarán. Debieron de colarse en la ciudad de alguna manera.

—Voy a averiguar cómo —dijo con el ceño fruncido.

—Rhoslyn está herida. Tengo que llevarla con los sanadores antes de que… —No quería pensar en lo que podría ocurrirle a este ser tan preciado.

—Llévala al palacio —Madr me sujetó del hombro con firmeza—. Ponla en la habitación crema y presiona la herida hasta que pueda traer al sanador de la corte.

Asentí y me alejé, girando en la esquina y corriendo hacia el mar.

Más allá de la puerta exterior del palacio, el amplio espacio entre el enorme edificio y el resto de la ciudad estaba compuesto por un gran patio lleno de jardines florales, senderos y fuentes.

El otro lado del palacio daba al mar. Ningún dresalod había logrado atravesar esas murallas hasta ahora, aunque si algunos llegaban a la cima, la guardia de élite los eliminaría. Las rejas en las ventanas impedían su entrada y tampoco podrían acceder por el techo, hecho de metal liso y engrasado regularmente por el personal. Que se aferraran a las banderas en lo alto de las torres y aullaran mientras los abatíamos con flechas de punta de acero.

Los guardias abrieron la puerta de par en par, asintiendo al verme pasar. Madr era el heredero al trono. Si no me llamara hermano abiertamente, quizás me habrían negado la entrada, a pesar de que yo comandaba el ejército.

Mi padre solo me permitía el acceso cuando le daba la gana. No crecí aquí ni en el castillo más grande de las montañas. Cuando el rey ordenó a mi madre que se marchara porque había decidido emparejarse con otra, ella me llevó a la casa que había heredado de sus padres, en las estribaciones de las montañas donde había

crecido. Cuando los shaydes la mataron, la propiedad pasó a ser mía.

Atravesé el césped a toda velocidad, saltando sobre los arriates de flores, y subí las escaleras de la entrada principal de tres en tres. Me lancé contra la imponente puerta de madera tallada antes de que el guardia pudiera abrirla.

En el vestíbulo, ignoré las exclamaciones urgentes de los guardias y subí las escaleras lo más rápido que pude.

—Envía a Mastivule a la habitación crema —grité al jefe de la guardia mientras llegaba al primer rellano y continuaba subiendo.

—Como ordene, comandante —respondió uno de los guardias—. Lo haré de inmediato.

—Traigan también el botiquín médico a la habitación —añadí mientras giraba en otro rellano y seguía hacia el tercer piso—. Madr traerá al sanador de la corte.

—Haré que lo hagan de inmediato, señor.

Torciendo el picaporte, entré apresuradamente en la habitación crema. Coloqué a Rhoslyn con cuidado sobre la cama, pero ella no se movió ni emitió sonido alguno. Presioné mi oído contra su pecho y agradecí escuchar los latidos firmes de su corazón.

¿Qué haría si la perdía?

No podía pensar en eso ahora. Corriendo hacia una de las cómodas, revolví la ropa destinada a los huéspedes que pudieran pasar la noche y saqué una túnica nueva, sin usar.

Desgarré la tela en tiras y la até alrededor de su muslo, por encima de la herida, apretándola.

El flujo de sangre se redujo a un goteo. ¿La garra habría cortado algo vital en la pierna de mi compañera?

En el baño adjunto, empapé más tiras de tela en agua helada del lavabo y volví corriendo a la habitación, dejando un rastro de gotas tras de mí.

Mi pequeña compañera seguía inmóvil sobre la cama.

—En nombre del Clan Azuris, te reclamo.

¿Por qué no había pronunciado las palabras sagradas en cuanto la conocí? Fui demasiado terco, demasiado necio.

Solo podía esperar que no fuera también demasiado tarde.

Sacudiendo el miedo que se aferraba a mí, la giré con suavidad de lado y levanté su falda, presionando una de las tiras húmedas contra la parte inferior de la herida. La volví a acostar boca arriba, manteniendo la presión en su muslo mientras colocaba otra tira sobre la parte frontal. No era mucho, pero si lograba ralentizar la hemorragia, aumentaría sus posibilidades de sobrevivir.

Mastivule entró apresurado, haciendo señas para que los orcos del servicio colocaran el carro con medicinas junto a la cabecera de la cama.

—El sanador llegará en breve.

Observó a Rhoslyn con atención y gruñó:

—Que los destinos la protejan.

Se tocó los labios con la yema de un dedo y luego la frente antes de salir con los guardias.

La puerta se abrió de golpe, y Madr entró con un orco anciano tras él. Me alivió ver que traía a Arkest, el sanador más viejo y respetado.

Arkest me dirigió un leve asentimiento y se acercó a la cama.

—¿Es su compañera?

—Sí. ¿Puede ayudarla? —Mi voz se quebró de dolor—. Por favor.

—Haré todo lo que pueda —respondió con seriedad. Su mirada nublada se desvió a mi brazo derecho—. Después de atenderla, suturaré ese tajo en su brazo.

Al mirar, vi un corte largo sobre el músculo, sangrando aunque no tanto como la herida de Rhoslyn. Ni siquiera había notado que estaba herido.

—No es nada.

Arkest frunció el ceño.

—¿Quiere perder la movilidad de su brazo dominante, comandante?

—Atienda a mi compañera.

Apreté con fuerza el pie de la cama, y un chasquido resonó en la habitación.

Madr apoyó una mano en mi hombro.

—Déjala en manos de Arkest. Él salvará a tu compañera.

Intentó apartarme de la cama, pero me zafé de su agarre.

—Me quedaré con Rhoslyn.

—Dudo que sepa que está usted aquí —dijo Arkest. Examinó la marca en su frente y chasqueó la lengua contra el paladar—. Esto explicaría por qué está inconsciente. —Frunció el ceño al mirarme—. Si hay sangrado en su cerebro, quizá no despierte jamás.

—Haga. Todo. Lo. Que. Pueda —gruñí. El marco de la cama se resquebrajó bajo mis dedos.

—Me distrae —los labios de Arkest se tensaron—. Permanezca en silencio o váyase. Déjeme sanar a su compañera. No la ayudará si colapsa la cama bajo ella.

Desprendí los dedos del marco de madera, pero no me moví. Observé atentamente mientras Arkest aflojaba el vendaje que había atado en su muslo por encima de la herida.

—Buen trabajo —dijo Arkest, con la voz más ligera—. Todo ese entrenamiento militar valió la pena.

—También valió la pena cuando maté a los tres dresalods que nos atacaron en la calle.

—Como debía hacerlo —Arkest alzó la mano y su asistente acercó el carro que ahora contenía un cuenco lleno de agua humeante.

Sacó paños suaves del botiquín y le hizo un gesto a su asistente para que colocara su cesta de hierbas sobre la cama.

—Mi compañera es sanadora —dije.

Arkest no levantó la vista mientras lavaba con cuidado la herida de Rhoslyn.

—Interesante.

—Visitamos al herbolario hoy, y mi compañera habló de las propiedades del lindenmint.

—Refresca el aliento y protege los dientes, pero no veo por qué ha decidido hablar de esto, salvo que necesite una distracción… una que nuestro alto príncipe le ha ofrecido, y que debería aceptar para dejar de molestarme.

—Dijo que descubrió que tiene propiedades astringentes.

Las manos de Arkest se detuvieron sobre su pierna.

—Eso no lo había oído antes.

—¿Podría aplicar la hierba en su herida? —De algún modo, no había perdido nuestras compras en la botica. Coloqué la bolsa sobre la cama, abrí la parte superior y saqué la bolsa de lindenmint—. No hay daño en intentarlo, ¿verdad? —Hice una mueca al ver cómo la sangre seguía fluyendo de su herida—. Está sangrando. Si esto puede ralentizar el flujo, debemos usarlo.

—La presión y el torniquete que sabiamente utilizó son los mejores medios para ralentizar la hemorragia, salvo que se cosa una arteria desgarrada. Sin embargo, no creo que esto sea una hemorragia arterial. No está salpicando, sino fluyendo a un ritmo constante. Venosa, si tuviera que adivinar, lo que debo hacer a menudo.

—Probémoslo en su brazo —dijo Madr—. En ese tajo que ha desestimado y que sigue supurando y salpicando el suelo.

Antes de que pudiera decir algo, sacó un puñado de lindenmint de la bolsa y lo presionó contra mi herida. Un momento después, lo retiró.

—Ya no está sangrando, hermano —dijo Madr, asombrado.

—Es el lindenmint. Por favor —haría cualquier cosa para que Arkest me escuchara. Mi pobre compañera seguía sangrando. ¿Cómo podía sobrevivir un ser tan diminuto si perdía tanta sangre? Su rostro pálido me decía que quizás no lo lograría… no a menos que pudiéramos detener la hemorragia.

—No me opongo a probar el lindenmint —dijo Arkest, siguiendo el ejemplo de Madr—. Pero primero lo trituraré y añadiré agua hervida para hacer una cataplasma, en lugar de simplemente presionar un manojo de hojas contra la herida. —Torció los labios al mirar mi brazo, antes de volver a centrarse en Rhoslyn.

En poco tiempo, preparó la cataplasma y la aplicó sobre sus heridas.

—No quiero empujarla dentro de la herida. No sabemos qué más podría hacer esta hierba, y ahora no es momento de experimentos —su mirada se encontró con la mía—. Pero si esto funciona, su compañera bien podría haberse salvado a sí misma.

—Dijo que también había notado que el lindenmint ayuda a prevenir infecciones.

Arkest gruñó.

—*Eso* sí que sería realmente asombroso.

Aseguró un vendaje sobre la parte frontal de la herida y la giramos con cuidado, sosteniéndola en su lugar mientras atendía la herida de salida de la misma manera.

Incluso después de colocarla de nuevo sobre su espalda, no despertó.

¿Qué pasaría si la perdía? No podía soportar la idea. Me había guardado las palabras que mostrarían lo que crecía en mi corazón, porque sentía que mi carrera y demostrar mi valía eran más importantes.

¿Se me concedería tiempo para demostrarle cuánto había llegado a significar para mí?

Lo único que podía hacer era rogar a los hados que escucharan mi súplica. *Sanarla. Darme la oportunidad de demostrarle que…*

Que la amaba.

No había forma de negarlo. Mi diminuta compañera había robado mi corazón casi desde el momento en que la conocí.

Si vivía, haría todo lo posible por mostrarle todo lo que había reprimido.

—Pasaré más tarde y regresaré mañana si es necesario —dijo Arkest—. En cuanto a su herida en la cabeza, no hay nada que podamos hacer. Ahora solo queda esperar.

Recogió sus cosas y se apartó de la cama, con la mirada suave posada en Rhoslyn.

Ella seguía respirando. Dormía. Tenía que confiar en que el descanso la sanaría.

—¿Esperar a qué? —preguntó Madr desde el pie de la cama. Me lanzó una mirada llena de preocupación.

—Esperar para ver si despierta o… —La mirada sombría de Arkest se encontró con la mía.

Sin terminar la frase, salió de la habitación.

CAPÍTULO 26

RHOSLYN

Pesadillas me acechaban, pero cada vez que un dresalod se acercaba, la voz suave y tranquilizadora de Jaus y el roce de sus dedos en mi rostro ahuyentaban a la criatura. Mi valiente y fuerte compañero me protegería. Había matado a los atacantes y me había rescatado en la calle. También los ahuyentaría de mis pesadillas.

Cada vez que entreabría los ojos, lo encontraba sentado a mi lado, sosteniendo mi mano. Juraría que en una ocasión se acostó conmigo, rodeándome con sus brazos, su rostro marcado por la angustia.

—Por favor —susurró muchas veces—. Pequeña compañera.

Entonces, los dresalods atacaban de nuevo, arrastrándome de vuelta a un mundo lleno de criaturas aterradoras que me rodeaban.

Sombras me atormentaban como si viviera en una noche sin fin.

A través de todo aquello, mi pierna ardía y me agitaba, sintiendo el calor abrasador recorriéndome. Mi cuerpo se empapaba de sudor, que alguien limpiaba con delicadeza.

Jaus me bañaba, o al menos eso creía. Su voz era la única que oía, y su toque ya me resultaba familiar. Bienvenido.

Una vez, me incorporé de golpe y él me tomó el rostro entre las manos, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Todo está bien, compañera. Estás a salvo. Te lo prometo.

—Jaus… —murmuré, sintiendo que su toque apartaba mi miedo.

Me recostó sobre la superficie mullida y me sostuvo, besando mi frente y murmurando palabras en un idioma que no entendía, pero

que me resultaban increíblemente reconfortantes.

—Vivirás —repitió una y otra vez—. No permitiré que mueras.

Era tan fuerte y decidido que no tuve más opción que creerle. Me aferré a él, me aferré a sus palabras.

Y, finalmente, dormí.

Desperté acostada sobre un lecho increíblemente suave, con alguien acariciándome el rostro. El murmullo apagado de voces iba y venía.

—Fuiste sabio al insistir en la cataplasma de Lindenmint —dijo una voz grave—. Funcionó, y pasaré la información a los demás sanadores. La Lindenmint crece en todas partes. Pensar que nunca descubrimos esta propiedad y solo la considerábamos un té común.

—Ella es sabia —dijo alguien más—. Has elegido bien, hermano.

—Las deidades y mi clan eligieron, y les agradeceré todos los días —respondió Jaus.

No lograba anclarme al mundo. Cuando me moví sobre la superficie blanda, un dolor sordo punzó en mi muslo derecho. Me quedé quieta, temiendo que moverse más hiciera que mi pierna doliera aún más.

El recuerdo de los dresalods atacándonos en la calle me atravesó. Mientras Jaus luchaba contra dos, el tercero vino por mí. No dejaba de intentar matarme. Me aparté a un lado tanto como pude, pero me alcanzó. ¡Mi pierna!

—Cuando inicié mi carrera —dijo la voz más anciana—, lo probaba todo. El entusiasmo por mi profesión me llevó a explorar el mundo a mi alrededor. Con la edad, ese sentimiento se desvaneció. Me gusta mi trabajo, pero perdí el asombro del descubrimiento. Dejé de probar, y ahora veo que estaba equivocado. Lamento haber dudado de ti siquiera un momento.

—No te guardo rencor —respondió Jaus.

Recordé haber intentado encajarme más en el hueco entre los edificios, pero sin poder hundirme lo suficiente como para que la

criatura no me alcanzara. Golpeaba, clavando sus armas en la pared a mi alrededor una y otra vez. No podía esconderme.

—Gracias —dijo Jaus—. Aprecio tu ayuda.

Pasos resonaron en la habitación, seguidos por el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose.

—Despertará por completo —dijo la otra persona desde más lejos —. Confío en que las deidades no te la habrían dado solo para arrebatártela poco después.

—Es increíblemente inteligente —respondió Jaus—. Ingeniosa. No sé qué haría sin ella.

No, no podía ser mi gruñón compañero quien hablaba tan bien de mí, su voz quebrada por el dolor. Si lograra abrir los ojos, descubriría qué lo lastimaba y lo haría desaparecer. Pero no me atrevía a invitar al dolor a atravesarme de nuevo.

—Es… hermosa —dijo alguien más—. Tienes suerte, hermano. Eres increíblemente afortunado.

—Las deidades me han dado un regalo maravilloso.

—Tu clan es digno. *Tú* eres digno, hermano.

¿Hermano? Jaus dijo que era hijo único.

—Mi madre creía que lo era —dijo Jaus con voz irónica—. Ya sabes lo que opina mi padre.

—Es un necio que nunca cambiará.

—Si tan solo no importara lo que piensa de mí…

Pobre Jaus. Nunca había mencionado a su padre, pero sonaba como si el hombre lo despreciara. Si pudiera levantarme de esta cama, lo buscaría y le diría que debería darse cuenta de lo maravilloso, de lo adorable, que era Jaus.

Había sido tan fácil enamorarme profundamente de él. Su amabilidad y dulzura superaban su actitud gruñona, mostrándome que, en el fondo, era todo ternura. Era fuerte y valiente. Daría su vida por salvar a otros.

Aspiré hondo e intenté moverme otra vez, y esta vez fue más fácil. Mejor aún, mis párpados respondieron a mi orden y se abrieron.

Jaus estaba de pie al pie de la cama junto a un orco de su misma edad. Nunca lo había visto antes. Era tan apuesto como mi

compañero, y por la forma de sus mandíbulas y su complexión similar, supe que eran hermanos.

La oscuridad más allá de las ventanas que ocupaban la pared izquierda me dijo que era de noche. Una de las ventanas estaba entreabierta, y el aroma rico y salado del mar flotaba en la habitación, mezclándose con un perfume sutil y flores de liladek. Las liladek solo florecían de noche y sus pétalos podían usarse como poción para dormir.

¿Cuánto tiempo *había* dormido?

No tenía idea de dónde estaba, pero esto no era el hogar sencillo pero encantador de Jaus. ¿Cómo había terminado en lo que parecía un dormitorio digno de una reina?

La magnífica cama donde yacía, un imponente dosel cubierto de ricas cortinas burdeos que caían hasta el suelo, se encontraba en el centro de la habitación. Su marco de madera tallada con intrincados detalles hablaba de una artesanía digna de la realeza.

El colchón mullido me sostenía como si flotara en una nube, y estaba cubierta con capas de suaves mantas en tonos profundos de oro y crema. Delicadas almohadas de encaje apoyaban mi cabeza, y no podía imaginar tener un cuarto así ni pasar mis noches rodeada de tal esplendor.

Las cómodas junto a la pared derecha estaban hechas de una madera oscura y pulida, con elegantes detalles que reflejaban la artesanía vista en el resto del mobiliario, esparcido por la habitación como joyas preciosas.

El suelo de madera relucía entre gruesas alfombras en tonos crema, algo que detestaría tener que limpiar. Retratos de orcos imponentes decoraban las paredes, con miradas severas dirigidas hacia mí.

Cuando me encontró con la mirada, un alivio absoluto llenó el rostro de Jaus, haciendo que mi pulso se disparara. Rápidamente rodeó la cama y se agachó a su lado, tomando mi mano y manteniendo su mirada fija en la mía.

—¿Cómo te sientes, pequeña compañera? ¿Mejor?

El otro macho nos observaba con una sonrisa que amenazaba con curvar sus labios hacia arriba.

—Débil. Recuerdo el ataque de los dresalods y cómo los mataste a todos.

—Mataría a una legión para protegerte, pequeña.

Si tan solo me atreviera a interpretar más en sus palabras. El cuidado y la amabilidad estaban muy bien, pero yo quería más.

Me había enamorado de mi esposo, tal como él había predicho. ¿Alguna vez él sentiría lo mismo por mí?

—Estaba herida —dije.

—¿Cómo está tu pierna? Tuviste fiebre y has estado inconsciente durante tres días.

—¿Qué? —Intenté incorporarme y él me ayudó, sosteniéndome la espalda mientras acomodaba los suaves almohadones detrás de mí.

—Consultamos a los mejores sanadores, naturalmente —dijo el otro macho—. Por cierto, es un placer conocerte al fin, hermana. —Su sonrisa se ensanchó mientras nos miraba de uno a otro—. Estoy encantado de que la cacería de Jaus haya sido un éxito.

—Este es mi medio hermano, Madr —dijo Jaus, sin apartar la vista de mí.

—¿No tendrás una hermana, verdad? —preguntó Madr—. Una que pudiera ser persuadida para correr por el bosque, aunque no demasiado rápido, porque sospecho que me gustaría alcanzarla. —Su risa grave hizo que mi pulso se agitara.

Era increíblemente atractivo, aunque no tanto como mi compañero.

—Sí tengo una hermana —dije con voz ronca. Tras tragar hondo, mi voz sonó más firme—. Pero ama a otro y pronto se casará.

Madr sonrió con facilidad.

—Ah, de acuerdo, valía la pena preguntar. Bien por ella. Mal por mí.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En el palacio costero de la familia real —respondió Madr—. Casi nunca se usa. Puedes quedarte aquí tanto tiempo como quieras.

—¿Palacio?

—Te traje aquí después de que resultaste herida —dijo Jaus—. El sanador de la corte te atendió personalmente.

—¿Los demás están bien? ¿Alguien más resultó herido por los dresalods?

—Jaus —Madr le palmeó la espalda a su hermano— se encargó del problema de los dresalods antes de que pudiera convertirse en una amenaza. Afortunadamente, nadie más salió herido.

Intenté imaginar lo que debió de ocurrir después del ataque. ¿Nos meteríamos en problemas por estar aquí? Aunque, Jaus era el comandante del ejército orco. Tal vez él tenía derecho a estar en este lugar y yo, por extensión.

—Es muy amable de la… familia real permitirme quedarme aquí mientras me recupero —dije—. Podemos irnos si hemos abusado de su hospitalidad.

Madr soltó una carcajada y su mirada chispeante se cruzó con la de Jaus.

—Pueden quedarse aquí para siempre si quieren. Como dije, el palacio casi nunca se usa y tiene veintisiete habitaciones. Sospecho que alguien podría quedarse en este cuarto y el personal jamás se daría cuenta.

Nada de esto tenía sentido.

Jaus carraspeó y le dirigió a su hermano una mirada irónica.

—Debo mencionar que Madr es el heredero del reino orco.

—A tu servicio, hermana —dijo Madr con una profunda reverencia.

Hermano. Heredero del reino orco. ¿Madr era un príncipe? Si era así, ¿significaba eso que Jaus también era de sangre real?

Mis ojos se abrieron con asombro.

Madr continuó riendo, disfrutando de la revelación. ¿Por qué Jaus no me lo había dicho?

—Mi madre y mi padre no eran compañeros —se apresuró a decir Jaus—. Madr asumirá el trono cuando nuestro padre decida abdicar.

—Lo que no ocurrirá en mucho tiempo —dijo una voz cortante desde el umbral de la enorme habitación.

Un orco mayor, de rostro adusto, hombros anchos y cintura estrecha, cruzó la estancia hasta situarse junto a Madr al pie de la cama. Llevaba una túnica adornada con oro en los puños y el cuello, además de un signo áureo en la frente.

—Vaya —dijo con desdén, su mirada severa recorriendo mi figura de arriba abajo—. ¿Así que esta es tu insignificante compañera humana, Jaus?

CAPÍTULO 27

RHOSLYN

—Esta es mi *encantadora* compañera humana —dijo Jaus con firmeza, irguiéndose. Era más alto que su padre, aunque tenía casi la misma estatura que Madr. La única semejanza entre ellos se encontraba en la forma de la mandíbula y la nariz, además del tono dorado oscuro de sus ojos.

Los ojos de Madr tenían un matiz verdoso, algo que había notado como común entre los orcos. Al igual que su padre, su cabello tenía reflejos verdes. Tal vez había heredado el color de sus ojos de su madre.

—Este es el padre de Madr —dijo Jaus con voz apagada, sin apartar la mirada del orco mayor—. El rey Surled.

¿Debería incorporarme y hacer una reverencia... no, una inclinación al rey?

Como si hubiera leído mi pensamiento, Jaus negó con un leve movimiento de cabeza.

Bien, me quedaría aquí acostada. De todos modos, aún no confiaba en mi pierna.

—*Nuestro* padre —corrigió Madr con voz áspera.

El rey resopló.

Así que él era quien había herido a Jaus, el mismo al que quería abofetear. Le lancé una mirada que debería haberlo atravesado como una lanza, pero ni siquiera parpadeó.

Al igual que mi esposo, no lo llamaría de otra manera que no fuera mi nuevo señor feudal. Solo mío porque permanecería aquí, en

el reino, junto a Jaus.

Madr negó con la cabeza.

—Puedes reconocerlo, padre. Todo el mundo lo sabe.

—Ha hecho lo que debía —dijo el rey Surled con un ligero fruncimiento de cejas—. Es el comandante de mi ejército, ¿no es así?

—Un cargo que ganó con su esfuerzo y liderazgo. Un cargo que podría costarle la vida —gruñó Madr—. ¿Cómo asegurarás tu linaje si algo me sucede? Reconoce a mi hermano. Así, cualquier orcling que tenga con su nueva compañera será aceptado como parte de la familia.

—Medios orclings —el gesto torcido del rey Surled dejó claro que no le entusiasmaba la idea de aceptar a mis hijos más de lo que aceptaba a Jaus—. No eres el comandante de mi ejército, Madr. Permanecerás a salvo dentro de los muros hasta que encuentres una compañera y plantes numerosos orclings en su vientre.

—No estoy a salvo en ningún lugar dentro del reino. Mi hermano lo demostró hace tres días, cuando mató a los dresalods que debieron de esconderse en un edificio vacío, esperando la oportunidad adecuada para atacar.

Todavía me costaba creer que había estado inconsciente durante tres días.

—¿Y de quién es la culpa de eso? —el rey clavó en Jaus su mirada implacable.

—Se reproducen demasiado rápido y tienen demasiadas ganas de cazarnos —dijo Madr—. Te lo he dicho muchas veces: necesitamos encontrar la manera de eliminarlos definitivamente, no quedarnos esperando para repeler cada ataque.

—Entonces habla con mis consejeros. Ve si puedes ayudarles a idear algo.

La atención del rey Surled volvió a posarse en mí y, por su creciente mueca de desagrado, tuve la sensación de que no me dejarían quedarme aquí a recuperarme por mucho tiempo.

—Qué amable de su parte detenerse a comprobar cómo me encuentro —dije con suavidad, conteniendo el tono burlón que me habría gustado usar.

El rey giró sobre sus talones y salió de la habitación sin decir una palabra.

—Está empezando a considerar la idea —comentó Madr a Jaus.

Los ojos de Jaus ardieron de rabia.

—No lo hace.

Quise abrazarlo y decirle cuánto lo adoraba, pero supe que lo que más necesitaba en ese momento no vendría de mí. También sospechaba que no estaba esperando que su padre lo reconociera. Que se negaría a formar parte oficial de la familia real, aunque el rey le abriera los brazos. Jaus parecía disfrutar de una vida sencilla, al igual que yo.

—Tenemos que irnos.

Aparté las mantas y noté que llevaba un camisón de encaje. Reprimí una risa nerviosa. Jaus le había dicho a Eleri que no necesitaba ropa de dormir y, en ese momento, mi pulso se había disparado. Entonces lo imaginé en su cama, completamente desnudos. Entrelazados. Dándonos placer.

—No puedes irte —dijo Madr—. Necesitas descansar.

Resopló al ver a Jaus regresar a mi lado y levantarme en brazos.

Estaba segura de que podía caminar, pero era maravilloso que mi compañero me sostuviera. No iba a protestar. Además, estaba descalza. No podía atravesar el pueblo así.

La mirada preocupada de Madr se posó en mí.

—Hermana, solo quiero que estés a salvo.

—Aprecio tu amabilidad, Madr, y en agradecimiento por tu favor, deberías venir a cenar una noche a la casa de Jaus. Te prepararé una buena comida.

Los labios de Madr se torcieron, pero cedió, regalándome una sonrisa que haría desmayarse a cualquier mujer del planeta si la viera.

—Me gustaría eso.

Era el polo opuesto de su padre: dulce y generoso. Un día, sería un gran rey.

—Gracias por permitirnos venir aquí.

Jaus cruzó la habitación conmigo en brazos. Me aferré a sus hombros y apoyé la oreja en su amplio pecho para escuchar los

latidos de su corazón.

Latía con fuerza, y deseé que fuera por estar cerca de mí.

CAPÍTULO 28

JAUS

Madr nos siguió escaleras abajo durante tres pisos hasta el enorme vestíbulo principal.

—¿No quieren comer algo antes de irse? —preguntó cuando me detuve.

—Gracias, pero tenemos comida en mi hogar.

A pesar de las ganas de gruñir y soltar una réplica mordaz tras mi encuentro con mi supuesto padre, contuve mi irritación. Amaba a mi hermano y no quería desquitarme con él.

—Mi compañera se recuperará mejor en su propia cama.

En mi cama. La cuidaría y consentiría en todo.

Estuve a punto de perderla, y me negaba a seguir conteniéndome con ella.

—¿Estás seguro?

Mi hermano me quería. Lo hacía desde el día en que nos conocimos, cuando yo tenía tres años y él apenas uno. Su madre me nombró como su hermano mayor. La compañera de mi padre había sido su completo opuesto: dulce, amable y acogedora, incluso con el hijo bastardo de su esposo.

Si tan solo no la hubieran asesinado durante el gran ataque de los shayde, junto con mi madre y mi amiga de la infancia… Madr y yo habíamos llorado juntos, volviéndonos aún más unidos.

—Ven a compartir una comida con nosotros en unos días —dije, avanzando hacia la puerta principal—. Debería haberte invitado antes.

—Lo haré.

Madr frunció los labios.

—Déjame al menos llamar un carruaje para ustedes.

—Puedo llevar a mi diminuta compañera.

—Muy bien.

Hizo una seña, y dos de los seis guardias que custodiaban las enormes puertas principales las abrieron de inmediato.

—Dos de ustedes, síganlos.

Al encontrarme con su mirada firme, supe que no valía la pena discutir. Nos enviaría protección, y nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión.

Asentí en agradecimiento. No podía sostener a Rhoslyn y defenderla adecuadamente al mismo tiempo.

Salí al amplio pórtico de piedra. Más guardias dirigieron la vista hacia nosotros, aunque permanecieron en sus puestos.

Madr se unió a nosotros afuera. Su mirada se posó en Rhoslyn.

—Te envidio, hermano.

Su colgante debería haberse iluminado durante la Caza, no el mío. No es que quisiera que nadie más reclamara a Rhoslyn, pero él era un buen hombre y merecía ser amado.

—Gracias por todo.

Con un leve asentimiento, llevé a mi diminuta compañera escaleras abajo, atravesamos el gran patio y salimos por la puerta.

CAPÍTULO 29

RHOSLYN

—Puedo caminar —dije mientras él avanzaba por las calles con largas zancadas que devoraban la distancia. Cada vez que alguien se acercaba, soltaba un gruñido bajo, y la gente se alejaba con las manos en alto.

Dos guardias nos seguían a una distancia prudente, con las armas desenvainadas y la mirada atenta, escaneando los alrededores.

—Me gusta llevarte en brazos —dijo Jaus.

—Debes de estar cansado.

—La que debe estar cansada eres tú.

—Por lo que acabo de enterarme, he dormido tres días. Uno pensaría que ya estaría llena de energía.

En cambio, me sentía agotada. Con el corazón roto, si tenía que nombrarlo, y no por mí misma.

—Cuando mi pierna esté completamente curada, quiero volver al palacio y patear al rey.

La risa baja de Jaus me recorrió los huesos, y me alivió sentir cómo sus hombros se relajaban bajo mis manos.

—No lo tomaría a bien.

—Se lo merece y mucho más. También me tentaría darle una bofetada.

—Si te consuela, yo mismo lo he pateado unas cuantas veces, aunque hace muchos años.

—Espero que lo hayas pateado fuerte.

Su sonrisa descendió sobre mí, tan dulce y gentil que me hizo doler el corazón.

—Siempre fui un niño fuerte.

Tenía que serlo con un padre así de horrible.

—No volveremos a verlo —dijo Jaus.

—No necesitamos hacerlo.

—Siempre sabe lo que hago, y nunca entiendo por qué.

—Es difícil comprender a la familia, ¿verdad?

—Nunca me ha dado razones para creer que le importa si vivo o muero.

Sus palabras suaves casi me destrozaron. Apoyé la cabeza contra él, aferrándome con más fuerza a su cuello. ¿Cómo podía hacerle ver lo maravilloso que era?

—El rey vino a mi habitación —dije—. Me conoció.

—Fue solo su curiosidad ganándole la partida.

—Tal vez.

Y tal vez en algún rincón de su corazón sí le importaba su hijo. Suponiendo que tuviera un corazón. Pero no lo mencionaría, no quería darle a Jaus falsas esperanzas.

—No es necesario que me lleves de vuelta para una presentación formal —dije.

—Por eso te lo agradezco.

Jaus tomó el camino que conducía a su hogar, y el olor salado del mar nos envolvió. Para algunos podría ser refrescante, pero a mí solo me hacía pensar en los dresalods. Me preocupaba que, después de uno de los próximos ataques, Jaus no regresara a casa conmigo.

Sus pasos se ralentizaron.

—Tuve miedo por ti, mi pequeña compañera.

—Recuerdo que me bañaste. Me consolaste. Y me sostuviste.

Se detuvo y me miró fijamente, apretando la mandíbula.

—Quiero sostenerte por siempre, Rhoslyn. Luché contra la muerte para mantenerte a mi lado.

No creía que el dolor en mi pecho pudiera hacerse más profundo, pero lo hizo.

—¿Estuve tan grave? —susurré con la voz quebrada por la emoción.

Él se preocupaba por mí. ¿Ese cariño podría convertirse en amor?

—Los sanadores dijeron que tal vez no sobrevivirías. Tenías una herida en la cabeza, y la infección… —Gruñó—. También luché contra eso.

Su mirada atrapó la mía.

—Quiero que sepas que pelearé contra cualquier cosa para que sigas a mi lado.

Me dolía respirar. Intenté tragar saliva, pero no pude.

—Jaus… —logré decir.

—No hables. Necesitas descansar.

Siguió caminando hasta su hogar y asintió a los guardias, que nos observaron hasta que cruzamos la puerta y la cerraron tras nosotros.

Jaus subió las escaleras hasta el primer nivel. En cuestión de segundos, me depositó en nuestra cama.

—Duerme, pequeña. Velaré por ti. Mantendré todo peligro alejado.

Quise alcanzarlo, sostenerlo como él me había sostenido, pero no pude mantener los ojos abiertos. A pesar de no haber hecho más que dejarme llevar en sus brazos, la pierna me latía y unos tambores retumbaban en mi cabeza, ahogando todo lo demás.

Jaus me cubrió con una manta suave. Juraría que besó mi mejilla.

Murmuró algo tranquilizador que me invitó a rendirme al sueño.

Y juraría que se quedó de pie junto a la cama, con la maza en la mano, como si estuviera listo para desafiar al mundo entero por protegerme.

Pero debía estar equivocada, porque eso significaría que él…

El sueño me reclamó.

—Hora del baño, pequeña compañera —anunció Jaus tres días después al entrar en la habitación y acercarse a la cama donde yacía.

Me había recuperado poco a poco. Ya podía mantenerme despierta casi todo el día, y mi pierna apenas me dolía. Aun así, él no me permitía caminar, asegurando que el sanador real insistía en que debía descansar al menos otra semana. Estaba más que harta de descansar.

—Cambiaré las sábanas mientras te sumerges en el agua —dijo.

Mi piel se estremeció al recordar cómo me había bañado antes de que me hirieran, sus manos recorriéndome con una destreza que hacía cantar mi corazón y llorar a mi alma.

Antes de que pudiera decir nada, me tomó en brazos y me llevó un nivel abajo, hasta la sala de baño.

La tina humeaba, y en la superficie flotaban hierbas fragantes junto con lo que parecían pétalos de flores.

—¿Te bañarás conmigo? —pregunté con valentía.

Él se preocupaba por mí. Me había deseado antes de que me hirieran. Seguramente eso no había cambiado.

Desvió la mirada.

—Debo encargarme de la cama.

—Está bien.

Contuve mi desilusión y mantuve la voz ligera.

Me sentó en el borde de la bañera.

—¿Puedes quitarte la ropa y meterte al agua sola, o necesitas ayuda?

No quería forzarlo. Si había cambiado de opinión y ya no me deseaba, presionarlo solo alargaría mi tormento.

En algún momento entre volar en brazos de Jaus sobre Feyla después de la Caza y despertar en el palacio, me había enamorado de mi compañero.

Según Jaus, eso era de esperarse, pero eso no hacía que mis sentimientos fueran menos reales.

—Puedo hacerlo —dije con voz pequeña y vacía.

Frunciendo el ceño, me estudió con atención.

—Sigues sintiendo dolor.

Suspiró.

—Te ayudaré.

—¡No!

Bajé la voz.

—No. No me duele en absoluto.

Para demostrarlo, salté del borde de la bañera, aterrizando con firmeza sobre mis pies descalzos.

Poco a poco, fui agregando más peso a mi pierna y apenas sentí un leve pinchazo de incomodidad.

—¿Ves?

Lo miré a través de mis pestañas, estudiando su rostro impasible.

Seguía sin mirarme, aunque su mano se estiró hacia mí. Me sujetaría si caía.

Lástima que yo ya había caído.

—Lo estás haciendo bien —dijo al fin.

—Estoy completamente recuperada.

Para probarlo, levanté el camisón que llevaba y lo arrojé a un lado.

No llevaba nada debajo.

Su respiración se entrecortó, pero aparte del tenso apretón de su mandíbula, siguió mirando la pared más allá de mí. Tal vez me había equivocado y estaba pensando en mí. Pensar en alguien y amarlo podían tener significados muy distintos. ¿Cuál era el suyo? Si no ponía esto a prueba, nunca lo sabría. Mejor aclararlo que quedarme para siempre en el dolor de sentimientos basados en suposiciones.

Su mano permanecía extendida hacia mí. ¿Temblaba?

Girándome con cuidado, subí los pocos escalones y me senté en el borde de la bañera, dejando caer las piernas en el agua. Jadeé por el calor.

—Estás adolorida. —Me levantó y me bajó con suavidad al agua. Juraría que sus dedos se demoraron en mis muslos antes de apartarse.

—No me duele nada. —Excepto el corazón—. El agua está caliente. Se siente maravillosa. —Me acomodé en el asiento y miré a mi alrededor—. ¿Un paño y jabón?

—Lo siento, lo olvidé. —Se apresuró hacia el estante cerca del lavabo y los trajo de vuelta, dejándolos en el borde de la bañera. Luego, giró bruscamente, tomó mi túnica y la puso en el lavabo. Sin más, se dirigió a las escaleras.

—¿Podrías lavarme la espalda? —pregunté, evitando deliberadamente mirarlo—. No alcanzo.

Con un suspiro profundo, volvió a la bañera, y juraría que solo con su mirada calentó aún más el agua. Tragó con dificultad, sumergió el paño, lo escurrió parcialmente y lo enjabonó.

Me incliné hacia adelante.

Pasó el paño rápidamente arriba y abajo por mi espalda. Un leve gemido escapó de él y sus movimientos se hicieron más pausados. Con su otra mano, me sujetó por el hombro y deslizó los dedos por la longitud de mi brazo, dibujando patrones que rebotaban en mi corazón y descendían hasta lo más profundo de mí.

Se me escapó un jadeo entre dientes apretados.

Su mano se detuvo.

—¿Te duele?

—No. Es… —Podía guardármelo todo y esperar una señal, o arriesgarme por completo y hablar—. Me encanta tu toque. Tu suavidad. Cómo haces cantar a mi pulso.

—¿Qué estás diciendo, Rhoslyn? —preguntó con voz ronca.

Encontré su mirada y mi respiración se detuvo cuando hallé un anhelo desenfrenado en ella. Quizás le resultaba tan difícil como a mí hablar de sentimientos, especialmente después del rechazo de su padre. Cuando alguien a quien amas te rechaza, confiar en otro se vuelve muy difícil.

—Te quiero, Jaus —dije—. Como sea que pueda tenerte.

—Pequeña compañera… —Cerró los ojos con fuerza y tembló—. No puedo soportar hacer nada que pueda hacerte sufrir.

—Si no me amas, sufriré para siempre.

Sus ojos se abrieron, ensanchándose.

—¿Rhoslyn? —susurró.

—Supongo que aquí es donde debería suplicarte, ¿no? —Mi sonrisa floreció. Estaba convencida de que él era tan tímido como yo al expresar sus sentimientos.

—No quiero que supliques más.

Mi sonrisa desapareció, al igual que mi corazón.

—Si eso significa que no me quieres, por favor dímelo.

—Te ansío —gruñó—. Todo lo que quiero es complacerte.

—Me conformo con el deseo, pero quiero más que eso.
Su mirada se clavó en la mía.
—¿Qué quieres, Rhoslyn?
—A ti. Tu cuerpo, tu corazón y tu alma.

CAPÍTULO 30

JAUS

—Ya son tuyos. —Mi voz se quebró, y no me importó. Lo único que importaba era escuchar lo que Rhoslyn pudiera decir después.

La observé, preparándome para su rechazo.

—Jaus. —Su sonrisa apareció, aunque vacilante—. Te amo.

Mi gruñido gutural resonó.

—*Compañera*. —Desgarré mi ropa para librarme de ella y me metí en la bañera, levantando con cuidado a Rhoslyn y acomodándola en mi regazo. La envolví con todo lo que era, temblando por la intensidad de mis sentimientos—. Hermosa compañera. Compañera preciosa. Compañera a quien amo y adoro por encima de todas.

—Jaus. —Su sonrisa se hundió en mí, haciendo que mi corazón diera un vuelco—. ¿Tú también me amas?

Asentí. Y porque no quería que volviera a dudar de mí, hablé.

—Te amo. Te adoro. Me arrodillaré para siempre solo para complacerte.

—Ya me complaces tanto. No hay necesidad de que te arrodilles. —Se movió y rodeó mi cintura con sus piernas, apoyando sus manos abiertas en mi pecho—. ¿Qué vamos a hacer con este amor?

—No vamos a suplicar.

Me dirigió una sonrisa traviesa.

—Si me tocas, tal vez suplique de todos modos. ¿Está bien para ti?

No podía creerlo.

—He sufrido estos últimos días. El miedo y la preocupación por ti consumieron cada uno de mis pensamientos.

Inclinó la cabeza.

—¿Dormiste en el suelo junto a la cama?

—No podía arriesgarme a acostarme a tu lado y lastimarte sin querer durante la noche. Así que sí, dormí en el suelo. O al menos lo intenté. Pero fue un sueño inquieto, ahogado en pesadillas de perderte. No me alejé de ti más que para conseguir comida o bañarme.

—Deberías haber dormido conmigo.

—No me atreví a arriesgarme a golpear tu pierna. Estabas tan quieta… apenas podía ver si respirabas.

—Ya estoy bien. Completamente recuperada. —Su rostro se iluminó con una sonrisa traviesa—. Quiero que me trates como a tu compañera más preciada.

—Lo haré —prometí.

—Entonces ámame. Por completo. Me encanta tu toque, pero necesitas saber que soy codiciosa. Voy a reclamarte, compañero.

Mi risa profunda resonó.

—Tengo planes de hacer lo mismo.

—Entonces será mejor que empieces.

Tomé su hermoso rostro entre mis manos y la miré a los ojos, incapaz de creer que estaba bien, mucho menos que me amaba. Sus emociones brillaban en su mirada.

La hembra con la que pensé que terminaría murió. Mi padre me rechazó una y otra vez. Nada de eso importaba mientras sostuviera a mi gloriosa Rhoslyn en mis brazos.

Con esa certeza, el peso del pasado que había cargado durante tanto tiempo se desvaneció.

Nunca volvería a levantarlo.

La besé, sujetando con delicadeza la nuca. Cuando sus labios se separaron con un gemido, desaté el amor que ardía dentro de mí, entregándoselo en el beso, en la caricia de mis manos por sus hombros y brazos, en la forma en que la atraje contra mi cuerpo.

Mi erección ardía. La había negado… nos había negado… por demasiado tiempo.

Profundicé el beso y deslicé mi lengua en su boca. Ella gimió y se aferró a mis brazos, presionando sus senos contra mi pecho.

Quería amarla por completo, ser digno del amor que me entregaba sin reservas. La idea de arruinarlo me hizo temblar.

Pero entonces entendí que ella me amaba a pesar de lo gruñón y brusco que era la mayor parte del tiempo. La había rechazado… nos había rechazado. Me había apartado de mi clan y de los designios del destino, negándome a aceptar que mi vida pudiera ser mejor si la compartía con alguien.

Rhoslyn se entregaría a mí con dulzura y absoluta confianza. Si ella creía en mí, ¿cómo podría hacer menos?

Gruñí y la besé con más fervor, mis manos recorriendo su cuerpo mientras el deseo me consumía.

Ella acarició mi pecho y mi abdomen, jugueteando con mis pezones. El fuego se propagó en mi interior, una llama que solo entregándome a ella por completo podría apagar.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió, frotándose contra mi erección. Nunca había visto nada más hermoso que mi compañera perdida en el arrebato de la pasión.

Deslicé mis dedos por sus costados, acercándome lentamente a su centro. Cuando alcancé su clítoris y lo acaricié entre mis dedos, su grito resonó en la habitación.

Aferrándose a mis brazos, me miró a los ojos mientras la estimulaba con más intensidad. Introduje un dedo en su interior, y ella se arqueó, moviéndose arriba y abajo, penetrándose a sí misma con mi mano.

Cuando sus paredes internas comenzaron a tensarse y sus gemidos se hicieron más fuertes, se apartó ligeramente de mí.

—Jaus, dame tu polla. Ahora.

—Mi único propósito en este mundo es complacerte, pequeña compañera. Tómame. Tómalo todo. Soy tuyo para siempre.

Se irguió y envolvió mi miembro con su mano, acariciándolo mientras yo gruñía y me impulsaba contra su apretado agarre.

Luego, lo alineó con su entrada y descendió.

Capítulo 31

RHOSLYN

Él era grande y grueso, y no podía esperar a sentir cómo me atravesaba. Mis experiencias pasadas no eran nada comparadas con este momento.

El amor lo hacía todo diferente. Era un pozo rebosante, un arroyo suave que fluía sobre rocas lisas.

Un infierno furioso.

Me levanté y me dejé caer de nuevo, usando mi peso para intentar llevarlo más adentro. Gemía, continuaba, aunque no estaba logrando mucho progreso.

Con una risita baja que me volvió del revés, agarró mis caderas y, cuando me dejé caer de nuevo, él empujó mientras impulsaba su miembro hacia arriba para encontrarse conmigo.

—Sí —grité cuando estuvo completamente dentro. El intenso ardor me recorrió, haciéndome desearlo aún más—. Reclámame, Jaus, porque yo voy a reclamarte a ti.

Su colgante brilló, casi cegándome con su luz gloriosa. Lo tomé como una señal de aprobación. Me eligió para él, y debería haber confiado en los espíritus del Clan Azuris desde el principio.

Mirándonos a los ojos, nos mecimos juntos, el agua chapoteando a nuestro alrededor.

—Compañera. Preciosa compañera —susurró. Su mano se deslizó entre nosotros y presionó algo. Rozó mi clítoris hasta que se aferró y comenzó a vibrar.

—¿Qué…? —pregunté, confundida.

—Mi espolón, amor —respondió con una sonrisa arrogante—. ¿Te gusta?

Era todo lo que podía hacer para respirar o pensar. Aferrado a mi sensible nudo, el espolón succionaba, enviando ondas de choque a través de mí.

Jaus me levantó y me empujó hacia abajo. Movía sus caderas para encontrarse conmigo cada vez, llevándose profundamente dentro de mí. Mientras tanto, su espolón seguía amando mi clítoris, succionando y tirando hasta que me sentí despedazada en tantos fragmentos que jamás podría recomponerme.

Era demasiado pronto. Demasiado intenso. No estaba segura de poder soportarlo.

Pero cuando comenzó a moverse más rápido, clavándose dentro de mí, estuve con él, aceptando todo lo que me daba y gimiendo que necesitaba más.

Era una tempestad, una furiosa tormenta en el mar, rugiendo hacia la orilla. No había manera de detenerme, y me dejé llevar, barrida por la corriente.

El clímax me llegó de repente, estremeciéndome en sus brazos. Él lo extrajo de mí, empujando profundamente, llevándome al borde y haciéndome caer una vez más.

Con un gemido, él se unió a mí, sosteniéndome fuerte.

Temblando.

Protegiéndome, como lo había hecho desde el momento en que lo conocí.

CAPÍTULO 32

JAUS

—Tu colgante de Azuris ya no brilla —dijo Rhoslyn. Lo levantó y lo acarició—. ¿Volverá a iluminarse?

Negué con la cabeza.

—Cumplió su propósito. Nuestros corazones están entrelazados. Nuestro vínculo está completo.

—Ah. —Se inclinó y besó mi pecho—. Me alegra que tu clan te haya dado a mí.

—Y a ti a mí. Tú, Rhoslyn, eres perfecta —gruñí en su oído—. Se suponía que solo ibas a bañarte. Aún necesitas descansar.

—Y tú se suponía que solo ibas a lavarme la espalda.

—No tengo remordimientos. Espera… ¿tú tampoco… tienes, verdad?

—Ni el más mínimo. —Me sonrió con esa alegría sincera que ya me había mostrado. ¿Había empezado a enamorarse de mí desde el principio, como me ocurrió a mí con ella?

Aclaré la garganta y pronuncié las palabras grabadas en mi corazón:

—Siento como si las estrellas hubieran conspirado para pintar tu imagen en la existencia, una obra maestra de belleza etérea que me cautivó desde el momento en que te conocí.

—Jaus. —Sus dedos se aferraron a mis brazos, y sus ojos brillaron con lágrimas—. Eso es hermoso.

Sus ojos avellana resplandecieron como llamas danzantes, llenos de vida, hechizándome con un conjuro del que no deseaba escapar.

En su mirada nadaba un océano de emociones, atrayéndome como las mareas que la luna arrastra sobre el mar.

—Te amaré por siempre, pequeña mía —susurré.

—Y yo te amaré también.

Se movió y se estremeció, aunque percibí que intentaba disimular su reacción.

—Has hecho demasiado esfuerzo. —La levanté de mi polla, que ya extrañaba su calidez envolvente—. Permíteme bañarte. Debería haberlo ofrecido desde el principio.

La deposité con cuidado en el asiento junto a mí y tomé un paño, enjabonándolo con el jabón fragante.

—Debes quedarte quieta. No te muevas ni fuerces tu pierna.

—Apenas duele.

—No deberías haberme cabalgado.

—¿Estás arrepentido? —se burló.

—Nunca —gruñí—. Pero vas a descansar y a seguir sanando. Te cuidaré, haré todo lo que necesites. Como esto.

Le lavé suavemente el rostro, deslizando el paño por su cuello hasta la nuca. Después de enjuagar la espuma, la tomé y la acomodé sobre mi regazo.

—¿Más? —preguntó con los párpados entrecerrados y la voz grave, ronca. —Estoy lista.

Mi polla se alzó, pero tendría que esperar. Debería estar satisfecha por ahora. Golpeó contra mis abdominales, insistiendo en que no lo estaba.

—Voy a tratarte con suavidad, mi pequeña —solté con fiereza.

Ella hizo un mohín, sin inmutarse por mi gruñido en lo más mínimo.

—¿Y si necesito que me ayudes a sanar? —Sus dedos rodearon mi polla, acariciándola.

Un gemido profundo me recorrió.

Qué desafío el que me lanzaba mi compañera. ¿Cómo no iba a estar a la altura?

—Voy. A. Bañarte.

Su sonrisa pícara se ensanchó.

—Está bien. Me portaré bien y te dejaré… bañarme.

Se acomodó en mi regazo mientras le lavaba con delicadeza el cabello. Cuando la coloqué de nuevo en el asiento y pasé el paño por su pecho, se aferró a mis brazos. Echó la cabeza hacia atrás, separó los labios y empujó sus pechos contra mi mano.

—¿Ves? —dijo con voz ronca—. Me estoy portando bien.

Me estaba volviendo loco. La deseaba de nuevo, y aunque me repetía que debía esperar para no lastimarla, me perdía en su mirada y en la necesidad que ardía en ella.

Lavé sus brazos y su vientre, luego abrí sus piernas.

Una sonrisa jugueteó en sus labios cuando pasé el paño por sus muslos, cuidando de su herida. Cuando arrastré la tela entre sus piernas, se arqueó contra mi mano, gimiendo.

—Sigo portándome bien —soltó con voz ronca—. No estoy haciendo nada para que te den ganas de follarme.

Mi polla estaba más dura que mi maza. Palpitaba, y solo había una forma de aliviar su tormento: reclamándola una vez más.

Salí de la tina y tomé una toalla. Levanté a Rhoslyn del agua y la envolví en la tela, asegurándome de presionar su clítoris mientras la secaba entre las piernas.

Ella se aferró a mis hombros, con las rodillas temblando, y cuando levanté la vista desde donde estaba arrodillado ante ella, me sonrió con una expresión ardiente.

La tomé en brazos y la llevé escaleras arriba hasta nuestra cama, donde la deposité sobre el colchón.

Podría cambiar las sábanas después.

Mucho después.

Me incliné sobre ella, sosteniéndome mientras la besaba. Luego deslicé mis labios por su cuello hasta sus pechos, atrapando un pezón entre mis labios.

Cuando deslicé los dedos entre sus piernas, la encontré ya húmeda para mí. Los destinos y mi clan realmente me habían bendecido con una mujer extraordinaria.

Ella levantó las caderas para encontrar mis caricias, y su jadeo gutural hizo que mi polla se alzara contra mi vientre.

Mientras succionaba su pezón, continué masajeando su clítoris. Ella gimió y se frotó contra mí, con sus dedos enredándose en mi

cabello hasta aferrarse a mis cuernos.

Ya no pude resistirme. Separé aún más sus piernas y me hundí en ella.

Ambos gemimos.

Me moví con lentitud, con cuidado, sin querer hacerle daño en la pierna, pero incapaz de evitar dejarme llevar por el éxtasis de poseerla por completo.

Ella envolvió mis caderas con sus piernas, clavando los talones en mi trasero para hundirme más en su interior.

—Jaus —gritó—. Jaus…

Su cabeza se agitó sobre la almohada mientras yo seguía embistiéndola, aún con cuidado de no lastimarla.

—Por favor —susurró.

Su cuerpo se tensó a mi alrededor, su estrecho canal aprisionando mi polla con exquisita dulzura.

Cuando alcanzó el clímax, la seguí, derramándome en ella hasta que sus estremecimientos se apaciguaron. Me giré de lado, llevándola conmigo, sin dejar que nos separáramos.

—Permaneceré aquí todo el día, amor —susurré—. Te sostendré. Te protegeré. Y te daré una almohada suave en mi pecho.

—Almohada musculosa, y me encanta —murmuró contra mi piel —. Descansa un poco, pero no te duermas… porque voy a montarte otra vez en un rato.

CAPÍTULO 33

RHOSLYN

—Despierta, pequeña compañera —dijo Jaus alegremente.

Entrecerré los ojos en su dirección. Estaba de pie junto a la cama, con la luz del sol filtrándose por las ventanas detrás de él.

—Has dormido lo suficiente —dijo—. Ya terminé mi trabajo y el resto del día es nuestro.

¿Podía haber algo mejor que pasar tiempo con él? Nos habíamos amado durante toda la noche y bien entrada la mañana. Solo cuando me dejó completamente exhausta me dormí en sus brazos.

Me incorporé, dejando que las sábanas se deslizaran por mi cuerpo desnudo.

—¿Qué quieres hacer hoy?

Su mirada chisporroteó al recorrerme. Lo único en lo que podía pensar era en su boca sobre la mía, en sus manos explorándolo todo, en el peso de su cuerpo acomodándose sobre el mío. Mi vientre se estremeció y mi boca se secó.

—Me tientas, pequeña compañera —negó con la cabeza, su cabello deslizándose sobre sus hombros—. Pero tengo planes para ti hoy, y no todos incluyen hundirme en tu cuerpo.

—¿Y qué podría ser mejor que eso? —repliqué, apartando el resto de las sábanas y deslizándome fuera de la cama. Me alegró que mi pierna apenas me doliera cuando rodeé la cama y caminé hasta él.

—Rhoslyn —gruñó—. No deberías caminar sobre esa pierna.

—Está mejor. Yo estoy mejor.

—Casi te pierdo.

—Nos enfrentamos a la muerte demasiado seguido. Eso solo me hace querer saborear más el tiempo que aún tenemos.

—Tienes razón.

Me levantó en sus brazos y me llevó de regreso a la cama, depositándome sobre el colchón. Me besó con desesperación, como si yo fuera el eslabón que lo unía a todo lo que siempre había buscado. Su tacto era tan delicioso como siempre.

Desplazó cualquier otro pensamiento en mi mente, dejando solo la sensación de estar con él.

Después de bañarnos, vestirnos y disfrutar de una comida abundante, Jaus tomó un bolso que había dejado en la encimera de la cocina y se lo echó al hombro.

Con su maza a la espalda, me llevó al balcón y llamó a Feyla. Ella descendió en picada como una lanza directa a mi pecho y aterrizó con un fuerte golpe sobre la piedra. Jaus enganchó su bolso en la espina más baja de su cuello y avanzó hasta situarse frente a ella.

Me mantuve cerca de la pared, respirando con dificultad. ¿Cómo no iba a intimidarme una bestia tan majestuosa?

Ella inclinó la cabeza hacia adelante y resopló al olfatearlo. Jaus sostuvo su rostro entre las manos y besó su frente. Cuando ella lo empujó juguetonamente con el hocico, él rio sin moverse.

—Acércate, pequeña compañera —me tendió la mano—. Te aseguro que no te hará daño.

—Es enorme.

Su risa grave resonó.

—También lo soy yo, pero me has domesticado.

—¿Realmente?

—¿No te has dado cuenta de que no puedo mantenerme lejos de ti?

Sí, lo había notado, y cada vez que me buscaba, me enamoraba más de él.

—En verdad, soy el bollo del que me hablaste —añadió con una carcajada.

Aunque aún no estaba segura de Feyla, confiaba en Jaus sin reservas. Tomé su mano y él me atrajo hasta que quedé con la espalda pegada a su pecho, sus brazos rodeándome.

Feyla me olfateó con delicadeza y, cuando resopló, solté una risa espontánea.

—¿Ves? Te quiere tanto como a mí —dijo Jaus.

No estaba segura de eso, pero mi asombro superó mi miedo, y me atreví a tocar su rostro.

—Su piel es más suave de lo que pensaba.

Ella pareció asentir.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Me entiende?

—Tal vez. Nadie lo sabe. Pero la percepción de un vox puede ser inquietantemente aguda. Le debo la vida. Me ha protegido más veces de las que puedo contar.

Agradecida por ello, también besé su frente.

Ella resopló y empujó suavemente mi vientre con el hocico. Sonreí y acaricié el costado de su rostro.

—Te adora tanto como yo, compañera.

Jaus me tomó de la mano y me condujo hasta su costado, donde me levantó para sentarme sobre su espalda. Saltó detrás de mí, rodeándome la cintura con los brazos.

—Volemos.

Un leve toque de sus talones y Feyla se lanzó al aire, desplegando las alas y batiéndolas con fuerza.

Jaus la guió por encima de la ciudad, en dirección a las enormes montañas que se alzaban hasta las nubes.

El cálido sol besaba mi piel y el batir de las alas de Feyla me reconfortaba. Había algo maravilloso en volar, y entendía por qué su pueblo forjaba lazos con los voxes.

Me acurruqué contra él, disfrutando de su calor.

—¿Adónde vamos?

—A mi propiedad en las faldas de las montañas.

—Creí que solo tenías tu casa junto al mar.

—Mi madre me crio en la finca, pero desde que me mudé a la ciudad, rara vez he regresado —su voz se tornó hueca—. Me ha costado volver desde que ella murió.

—Lo siento. Háblame de ella.

—Era amable. Dulce. Le encantaba prepararme mis comidas favoritas y me hacía trabajar con ella en los jardines.

—Intento imaginarte, mi robusto guerrero orco, arrancando malas hierbas y cavando en la tierra.

La imagen me hizo sonreír.

—Era más dado a lanzar la tierra que a cavar en ella, según me decía.

—Seguro fuiste un orcling encantador.

—Cualquier dulzura que tuve se esfumó con el entrenamiento militar.

—No lo creo. Puede que hayas desarrollado una coraza, pero en el fondo sigues siendo blando, y me encanta que lo seas.

—Compañera.

Besó mi sien.

—¿Es su brazalete el que está sobre tu tocador?

—Lo es. Lo usaba siempre. Fue un regalo de su madre. No pude deshacerme de él. Al principio, apenas podía mirarlo. Ahora, cuando lo veo, me hace sonreír.

—El tiempo suaviza la tristeza y facilita recordar lo bueno.

—Tienes razón.

Cruzamos los campos abiertos, donde vi orcos trabajando en los cultivos y pequeñas casas de metal.

—¿Los dresalods llegan tan lejos del mar?

—Avanzan hasta que los matamos a todos —su tono se tornó sombrío—. Incluso hasta la finca de mi madre, una vez.

—Entonces, ¿no hay ningún lugar seguro ante ellos?

Todavía no han viajado más allá de las montañas. Mi hermano está decidido a eliminar la amenaza de una vez por todas, aunque no sé cómo lo hará. Se reproducen rápido y no parecen preocuparse por morir. Antes solo venían de noche, pero últimamente se han vuelto más audaces. Atacan con mucha más frecuencia y ahora desafían al sol.

—¿Dónde ponen los cadáveres? —No había visto ninguno cuando caminamos por la ciudad ni en la orilla después de la batalla más reciente, al menos, no por mucho tiempo.

—Los llevamos a una península y los arrojamos de vuelta al mar. Sus propios dresalods se los comen.

—Quizá deberían enterrarlos para que tengan menos que comer.

—Lo hemos considerado, pero al menos cincuenta atacan cada vez y pocos logran ser repelidos al mar. Son demasiados para enterrarlos cada pocos meses.

O cada semana, si seguían viniendo con más frecuencia.

La situación era insostenible. Tenía que haber una forma de acabar con esto.

—¿Han pensado en mudarse lejos del mar, donde los dresalods no puedan alcanzarlos?

—El hogar del Clan Azuris está en la ciudad. Nos quedaremos allí hasta el día en que muramos.

No podía soportar la idea de perderlo a él o a cualquiera de los que vivían a nuestro alrededor.

Bajo su guía, Feyla descendió, planeando hacia una casa plateada de dos pisos que brillaba como una joya en medio de un gran campo. Aterrizó frente a un bonito jardín, y nos deslizamos de su lomo.

Jaus dejó su mochila en el suelo cercano.

—Ahora contrato jardineros —dijo mientras Feyla alzaba el vuelo, dirigiéndose hacia la enorme cordillera más allá de la casa—. Ya no más cavar en la tierra ni arrancar malas hierbas para mí. —Sus ojos recorrieron el edificio—. No tengo personal fijo dentro. Solo viene alguien cada mes, para mantener el lugar en orden y ahuyentar a las alimañas.

—Todos estos años has conservado la casa, pero no vives aquí.

—Algún día, quizá.

—Entiendo por qué podrías no querer hacerlo. Mis padres no tenían un hogar para dejarnos a Lyneth y a mí. Si lo hubieran tenido, los recuerdos podrían habernos atormentado. Aunque también habrían podido reconfortarnos. —Hice una pausa—. Me llevé el mortero y las herramientas de mi madre, además de sus cestas de

recolección, cuando nos mudamos a un pequeño lugar alquilado. Me gustaba usar sus cosas.

—Me alegra que tú y tu hermana se tuvieran la una a la otra. —Alzando su mochila, tomó mi mano.

—¿Qué haremos hoy? —pregunté mientras me guiaba alrededor del edificio.

—Pensé que podríamos hacer un picnic, como solía hacer con mi madre hace mucho. Reemplazar algunos recuerdos tristes por otros felices.

CAPÍTULO 34

JAUS

—Hace quince años, ayudé a mi madre a plantar estos árboles ahora florecientes —dije mientras guiaba a mi compañera entre ellos—. Ahora son tan altos. En aquel entonces, no eran más altos que yo.

—Son hermosos —Rhoslyn se detuvo y bajó una rama, oliendo las flores de color púrpura pálido—. Huelen increíble.

—A mi madre le encantaba el perfume. Una vez me dijo que quería olerlo todos los días de su vida. Trasplanté uno de los árboles a un lugar cerca de su tumba en las afueras de la ciudad. Ahora está rodeada de ese perfume cada verano.

—Eso es maravilloso. Nosotros... no encontramos mucho de mis padres para enterrar. Mi hermana visita su tumba —su suspiro de tristeza se escapó—. Yo no podré verla de nuevo.

—Lo siento —la abracé, y continuamos caminando.

En el centro del bosquecillo, mi madre había dejado un pequeño espacio despejado, plantado solo con hierba dulce. Dos bancos de piedra flanqueaban los lados. Señalé hacia ellos.

—Cuando las flores florecían, mi madre se sentaba aquí y cerraba los ojos, inhalando el aroma.

—Es un lugar encantador.

—Eres la única persona con la que he querido compartirlo.

Ella se inclinó hacia mí, y yo absorbí la simpatía que tan dispuesta me ofrecía.

Extendí una manta en el centro del área despejada, y nos sentamos.

Rhoslyn se recostó sobre sus palmas, con las piernas estiradas. Sus párpados se cerraron, y alzó la nariz.

—Ya me encanta este lugar. Huele maravilloso.

—Pensé que volver aquí me entristecería. No había regresado a este bosquecillo desde que fue asesinada por los shaydes.

—Ojalá pudiera decir algo para ayudarte a aliviar tu dolor.

—Siento lo mismo por ti.

Entrelazamos nuestros dedos.

—Solo estar aquí contigo hace la diferencia. Me siento... feliz —dije. No fue difícil sonreír, y a medida que mi sonrisa crecía, algunos de los bordes ásperos de mi tristeza se suavizaban.

—Tu madre estaría orgullosa de todo lo que has logrado. Apuesto a que te amaba mucho.

—Así era —nunca lo había dudado. Mi padre me rechazó, pero ella hizo todo lo posible para compensar su falta, y fue suficiente—. Acabo de darme cuenta de que no lo necesito.

—Tu padre.

Asentí.

—Todos estos años, lamenté que él no me quisiera. Pero mi madre hizo mi vida especial, y tú, mi pequeña compañera, me haces sentir completo —finalmente, me sentí libre de la presión de hacer algo, cualquier cosa, que pudiera complacerlo—. Pasé demasiado tiempo esperando que viera que yo era digno y me aceptara. Todo este tiempo, en realidad no importaba. No lo necesito.

—Creo que es natural que un hijo quiera que ambos padres lo amen.

—Fue más difícil distanciarme de él porque le da todo lo que tiene a Madr.

—No siento que estés celoso de él.

Negué con la cabeza.

—Amo a mi hermano. Es increíble. Es dos años más joven y entrenamos juntos con el personal del palacio, algo que mi padre le pidió a mi madre. Él plantó flores en su tumba con sus propias manos, sin pedirle al personal que lo hiciera por él.

—No se parece en nada a tu padre.

—Ni un poco.

Ella se recostó sobre la manta, mirando las nubes que pasaban por encima. Como no quería pasar nuestro precioso tiempo aquí lamentándonos, aparté todo excepto el pensamiento de lo increíble que era mi compañera, y cuánto anhelaba hacerla feliz.

Tomé una brizna de hierba y la hice cosquillas en su rostro, trazándola desde su nariz hasta su barbilla.

Ella rio, sus ojos brillantes encontrándose con los míos.

—¿Qué estás tramando, compañero?

—¿Te gustaría que deslizara esta brizna de hierba por todo tu cuerpo?

Su respiración se entrecortó.

—No puedo imaginar nada mejor que eso.

—Oh, creo que puedo mostrarte algo mejor.

Le quité la ropa, y la mía, y tracé la suave hierba entre sus pechos. Alrededor de cada pezón, que se endurecía perfectamente.

Un gemido escapó de sus labios.

—No debería excitarme por algo tan simple. Pero apuesto a que podrías tocarme con cualquier cosa, y me desharía.

Reemplacé la hierba con mis manos, jugueteando con sus pezones mientras mi cuerpo ardía de deseo. Acaricié su vientre, separé sus muslos y me coloqué entre ellos. Estaba húmeda, solo para mí.

Cuando la lamí, su gemido resonó de nuevo. Ella agarró mis cuernos y levantó sus caderas.

—Me estás prendiendo fuego, compañero —dijo.

Estaba demasiado ocupado chupando su clítoris para responder. Sabía dulce. Como la vida y nuestro amor.

Deslicé un dedo dentro de ella, gruñendo de ansia, ya que estaba tan mojada. Su espalda se arqueó, y acarició mis cuernos desesperadamente. Sus jadeos de placer resonaron a nuestro alrededor.

La levanté sobre sus manos y rodillas, y envolví mi cuerpo alrededor del suyo.

—¿Te duele la pierna?

—No siento nada más que una necesidad abrumadora por ti, Jaus. Por favor. No esperes.

La tomé con una embestida, enterrándome hasta el fondo dentro de ella. Sosteniendo sus caderas, me retiré y volví a empujar.

—Tu cuerpo succiona mi polla tan hermosamente —gruñí.

—Más rápido, Jaus. Por favor.

Alcancé y tiré de su clítoris, rodándolo, y ella empujó fuerte contra cada una de mis embestidas. Nuestros gemidos llenaron el prado, ahuyentando cualquier fantasma persistente, y el embriagador perfume de los árboles llenó mis sentidos.

No había nada mejor que amar a mi compañera.

Un hambre cruda me invadió, y me moví más rápido, impulsado por sus gritos de placer.

Cuando ella tembló, con su espalda arqueándose, grité y me uní a ella en el éxtasis.

CAPÍTULO 35

RHOSLYN

Después de dormir una siesta, nos vestimos y comimos la comida que él había traído, descansando sobre la manta.

Le di de comer un succire, una baya dulce que maduraba en esta época del año, y él me alimentó con tantas que no pude tomar un bocado más. Pronto, nuestros labios estaban cubiertos de rojo, y nos besábamos, saboreando la fruta en la lengua del otro.

Acostados sobre la manta, nos tomamos de la mano.

—¿Te gustaría un recorrido por la casa? —preguntó.

—Me encantaría.

Al levantarme, lo miré desde arriba. Era tan apuesto, tan perfecto, que me dolía el corazón. Temía que algo tan maravilloso me fuera arrebatado, como lo fueron mis padres y luego mi vida en la aldea. No podría soportar perderlo.

—¿Triste, mi amor? —Dándome un leve tirón, me hizo sentarme en su regazo y me sostuvo, inclinándose hacia adelante para apoyar la barbilla sobre mi cabeza.

Lo último que quería era llenarlo con mis pensamientos de pesar cuando los suyos parecían haber desaparecido.

—Nunca estoy triste cuando estoy contigo.

—Pequeña compañera —gruñó—. Dices cosas que son demasiado dulces para un viejo orco curtido como yo.

Alzando la vista, acaricié su amado rostro.

—Mereces sol y paz cada día de tu vida. Todo lo mejor que la vida tiene para ofrecer.

—Eso eres tú, Rhoslyn. Tú.

Se levantó conmigo en brazos y me dejó de pie.

—Déjame mostrarte dónde crecí. Luego tendremos que volar a casa si queremos llegar antes del anochecer.

Asentí, recogimos todo y caminamos por el sendero entre los árboles. Eché un último vistazo atrás, saboreando el dulce aroma de las flores y la serenidad del prado.

—Volvamos aquí otra vez.

Me apretó la mano.

—Sí, pronto.

Entramos en la casa por la parte trasera, atravesando la cocina, el comedor adjunto y un vestíbulo en la parte frontal. Una escalera subía al segundo nivel, pero Jaus me llevó primero por dos salas de estar, deteniéndose en la segunda.

—Mi madre y yo jugábamos aquí o leíamos por las noches —dijo, señalando la gran estantería repleta de libros.

Deslicé los dedos por los lomos.

—Son tantos.

—A mi madre le encantaba leer. Disfrutaba las novelas románticas y me las leía, saltándose las mejores partes con un sonrojo en el rostro.

Reí.

—Dudo que quisieras que te las leyera en voz alta.

—Tienes razón.

Me atrajo hacia atrás hasta quedar envuelta en sus brazos, y su felicidad se filtró en mis huesos.

—Sin embargo, me transmitió su amor por el romance.

—¿Todavía lees novelas románticas? No puedo creerlo del todo. Te imagino leyendo tratados largos sobre batallas y estrategias para ganar guerras.

—Leo esos por trabajo, pero cuando tengo tiempo libre, pocas cosas son mejores que escapar a un mundo donde el amor lo conquista todo.

—El orco gruñón que conocí en el bosque no actuaba como alguien que disfruta el romance.

Aunque ahora recordaba los libros con títulos extraños en su casa que había descartado como tratados militares.

—Puede que no actuara de manera romántica, pero las palabras y acciones que he leído durante años se quedaron en mí. ¿No he sido romántico contigo desde que llegaste a la ciudad?

—En algunos aspectos, quizá tanto como te ha sido posible.

—Creo que soy ese roll como una vez me llamaste, al menos para ti.

Me giré en sus brazos y lo besé, derritiéndome contra su cuerpo endurecido por la batalla.

—Me distraes de una manera deliciosa —dijo cuando nos separamos—. Ven, te mostraré la habitación donde dormía cuando era un orcling.

Subimos las escaleras al segundo nivel.

Señaló las primeras puertas que pasamos en el pasillo.

—Habitaciones de invitados.

Pasamos por otra que no nombró antes de detenerse en la última.

—Esta era la mía.

Abrió la puerta y me instó a entrar.

Observé los muebles y la hilera de ventanas a un lado. Cuadros de diversas criaturas colgaban en las paredes, y una caja desbordante de juguetes descansaba en una esquina.

Él cruzó la habitación y miró por las ventanas mientras yo me movía, tocándolo todo, porque cada objeto había significado el mundo para él.

Cuando se volvió, la luz del sol lo envolvía. Caminó hasta situarse junto a mí frente a una pintura que, sospechaba, debía de ser de su madre. La semejanza era asombrosa. De ella había heredado el cabello y los ojos; de su padre, la altura y la amplitud de sus hombros.

—Era hermosa —susurró.

—Hermosa.

—Eres afortunado de tener esta casa, tus cosas todavía esperándote para que las tomes de nuevo. Todos estos recuerdos aquí, listos para que los explores cuando estés preparado.

—Lamento que no pudieras quedarte en la casa de tus padres en la aldea.

— Sin sus ingresos, no podía permitirme quedarme. Nos mudamos a una casa más pequeña y allí creamos nuevos recuerdos.

—Ahora compartimos un hogar en la ciudad.

—Lo llenaremos de amor —y de orclings, si los hados nos bendicen.

—Deberíamos irnos —dijo, dejando que su mirada se demorara en cada objeto de la habitación.

Su gran cama estaba cubierta con una manta hecha de retazos.

La acarició.

—Mi madre la hizo. La dejé aquí porque era un recordatorio más de mi pérdida.

—¿Te gustaría llevarla contigo ahora? Podríamos ponerla en nuestra cama en casa.

Asintió y me dio un dulce beso.

—Sí. Gracias, compañera.

—¿Por qué?

—Por amarme.

CAPÍTULO 36

JAUS

Volamos a casa sobre Feyla, y cuando aterrizó en el balcón, levanté a Rhoslyn de la espalda de mi vox y la deposité sobre la piedra.

Ella se apresuró a colocarse frente a Feyla.

—Gracias por el viaje. Y gracias por estar aquí para Jaus. —Se inclinó hacia adelante y besó la frente de Feyla.

Mi vox empujó a Rhoslyn con el hocico, resoplando. Nada me hacía más feliz que ver a las dos hembras que amaba adorándose mutuamente.

Tomé la mano de Rhoslyn y caminamos hacia la puerta mientras Feyla se elevaba. Dio una vuelta sobre mi casa, trinando, antes de que su agudo grito resonara en el aire.

El chillido fue respondido por los alaridos de los dresalods que emergían del mar.

Mi corazón se detuvo.

—Dijiste que no volverían en unos meses —susurró Rhoslyn, con los ojos muy abiertos mientras miraba a su alrededor. Su cuerpo comenzó a temblar. Debía de estar recordando cuando uno casi la mató.

El raspado de garras resonó. Ya habían alcanzado el muro.

Rugí llamando a Feyla y desenvainé mi maza.

—Dentro, compañera —dije con voz ronca, entregándole la bolsa en la que habíamos llevado nuestra comida—. Atranca la puerta y no la abras. Por favor, quédate dentro, donde estarás a salvo.

Ella se aferró a mi túnica.

—Quédate conmigo. —El color inundó su rostro—. Lo siento. No quise decir eso. Sé que tienes que irte. La ciudad te necesita. Pero…

—Lo entiendo. Yo tampoco soportaría perderte. —La besé rápido, deseando que tuviéramos más tiempo. Con cada batalla, aumentaban las probabilidades de que no regresara a casa con ella —. Volveré contigo, pequeña compañera. Te lo prometo.

Sus ojos brillaban con lágrimas y su boca era una línea tensa, pero asintió.

—Te amo —fue lo único que dijo al alejarse, abriendo la puerta. Se giró para mirarme una vez más—. Te veré partir y luego entraré.

Feyla aterrizó detrás de mí en la plataforma.

Dejando caer mi maza, corrí hacia Rhoslyn y la alcé, cubriéndole la boca con la mía.

Ella rodeó mis hombros con los brazos, aferrándose a mí.

—Ve —dijo cuando me separé—. Estaré bien. Cuídate y no te preocupes por mí.

Se deslizó de mis brazos y entró en el edificio.

Esperé hasta que la barra de la puerta se cerró con un golpe antes de girarme, tomar mi maza y saltar sobre la columna de Feyla. Ella se lanzó al aire, volando hacia el océano en una ráfaga salvaje.

Al menos un centenar de dresalods se debatían entre las olas, avanzando hacia la orilla. Otros trepaban por los muros lisos, mientras los que estaban en lo alto les disparaban flechas llameantes. Algunos de los monstruos cayeron, pero otros subieron sobre sus compañeros caídos.

Un día de estos, no lograríamos vencerlos a todos. Nos invadirían, y todo habría terminado.

Jamás, gritó mi corazón. Lucharía contra cada uno de ellos para proteger a mi compañera y a mi pueblo. Cada habitante de la ciudad sentía lo mismo.

Guié a Feyla hacia la costa, y cuando voló justo sobre una legión de dresalods, descargué mi maza contra ellos, golpeando a uno y luego a otro. Antes de que pudieran aferrarse a mí con sus garras, Feyla giró en espiral hacia arriba, llevándome a un lugar seguro.

Hizo una pasada tras otra hasta que mi brazo dolía y mis piernas estaban cubiertas de cortes por las garras de las bestias.

—Más —grité, esforzándome por encontrar fuerzas para seguir luchando. Nunca me rendiría, nunca les permitiría atravesar el muro.

Algunos lograron llegar a la cima, donde los orcos lanzaron gritos de guerra y los enfrentaron. Los hicieron retroceder, y las criaturas cayeron desde lo alto, estrellándose contra la arena ensangrentada. Los cadáveres se amontonaban, y tomaría días retirarlos todos.

Guié a Feyla hacia otra pasada, aliviado al ver que no salían más dresalods del mar.

¿Cuántas veces podríamos seguir luchando antes de que no quedara nadie de nosotros? No quería pensar en eso. Solo importaba matar a uno y luego a otro.

Cuando Feyla barrió sobre la retaguardia de la última legión, hundí mi maza en tantos como pude.

Algo me rasgó la espalda, y solté un grito de dolor.

Fui arrancado de Feyla.

Caí, aterrizando con fuerza sobre la arena.

CAPÍTULO 37

RHOSLYN

¿Cómo podía hacer otra cosa que no fuera caminar de un lado a otro mientras Jaus y toda nuestra ciudad estaban en peligro? No necesitaba mucho para que el recuerdo del ataque de los dresalods en la calle me mostrara lo que enfrentaban nuestros valientes guerreros.

—Tiene que haber una forma de impedir que ataquen.

En la fortaleza, habíamos entregado dos mujeres al año a cambio de la protección de los orcos contra los shaydes. Al parecer, los orcos protegían a todos, incluso a sí mismos. Pero esta situación no era sostenible. Los dresalods se reproducían demasiado rápido para que pudiéramos matarlos a todos. Con el tiempo, nos desgastarían y... no quería pensar en lo que pasaría entonces.

La solución estaba en obligarlos a meterse en el mar y asegurarnos de que no volvieran. Pero ¿cómo?

Hice la cama, estremeciéndome cada vez que alguien gritaba en el lado de la ciudad que daba al mar. El silbido de los voxes montados volando sobre la ciudad atrajo mi oído, y los observé pasar mientras corría hacia la ventana y me aferraba al alféizar, viendo cómo las bestias aladas descendían hacia la orilla.

Un dresalod trepó por encima del muro, donde los guardias lo atacaron, logrando matarlo, pero perdiendo a uno de los suyos. El orco bramó y se aferró el abdomen donde lo habían atravesado, mientras sus compañeros lo arrastraban lejos del cadáver del

dresalod. Alguien ayudó al orco a incorporarse y lo llevó escaleras abajo, hacia el interior. ¿Lo esperaban sanadores en la planta baja?

Debería estar allí con ellos, atendiendo a los heridos. Me mantendría ocupada y me sentiría útil. No era una guerrera, así que tomar un mazo y liderar una carga solo me pondría en peligro.

Pero sanar... eso estaba en mi sangre.

En la cocina, dejé una nota para Jaus por si regresaba antes que yo. Luego recogí las hierbas que él me había comprado y suspiré al ver lo pocas que tenía para tratar heridas.

Lindemynt, por supuesto. Trituré aproximadamente la mitad de lo que me quedaba y la removí en agua hirviendo, preparando una papilla parecida al té que tomaba cada mañana. Luego añadí más hojas hasta formar una pasta que pudiera aplicar. La dejé enfriar y subí corriendo a nuestro dormitorio, donde encontré una túnica vieja llena de agujeros y la rasgué en tiras para hacer vendas.

De vuelta en la planta baja, enrollé las vendas y las guardé en mi canasta, añadiendo las pocas otras hierbas que había usado antes para tratar cortes y abrasiones.

La canasta estaba apenas llena en un cuarto de su capacidad; parecía demasiado poco. Necesitaba volver a la tienda de Liall y comprar las otras hierbas medicinales que vi cuando estuvimos allí.

Después de lavar bien unas cuantas cucharas de madera, las coloqué dentro de la canasta. Las usaría para aplicar la pasta de lindemynt. Localicé algunos frascos pequeños con tapa y comencé a llenar cada uno con el astringente de olor penetrante.

Mis dedos se detuvieron y mi mirada se perdió, recordando.

El dresalod me vio escondida en el estrecho rincón entre los edificios. Se lanzó hacia mí, golpeando sus garras contra las paredes plateadas.

Me encogí, sollozando, tratando de hacerme más pequeña para escapar de lo que parecía una muerte segura. Mi respiración era errática y mi pulso retumbaba como mil tambores en mis oídos.

Jaus estaba completamente concentrado en luchar contra los otros dos dresalods y no podía ayudarme.

El dresalod se encaramó y se lanzó hacia mí, con sus garras arañando la plata una y otra vez mientras yo casi me mordía la

lengua para no gritar. Si distraía a Jaus aunque fuera por un segundo, los dresalods con los que luchaba podrían herirlo.

Mató al segundo justo cuando el tercero logró alcanzarme, con su garra hundiéndose por completo en mi muslo. Un gemido gutural me subió por la garganta.

La bestia arrancó su garra y volvió a atacarme, esta vez apuntando a mi corazón. Cuando estuviera muerta, podría sacarme del rincón y devorarme a su antojo.

Tenía demasiado por lo que vivir.

Jaus...

Con un grito de batalla ardiéndome en la garganta, le arrojé mi taza de té al dresalod.

Chillando, la criatura se retorció, con sus garras delanteras chasqueando en el aire.

Donde el té de lindemynt la alcanzó, su exoesqueleto humeó y se encrespó como si algo altamente corrosivo lo estuviera devorando. Cayó al suelo, convulsionando.

Jaus me agarró y me sacó del rincón, colocándome detrás de él.

El dresalod se volteó y se puso de pie de un salto, girando en círculos mientras su cuerpo seguía humeando.

Chillando igual que los dresalods que ahora gritaban tras los muros de la ciudad, el de mi recuerdo se irguió y cojeó calle abajo. Jaus lo persiguió con su mazo ensangrentado levantado.

Me desplomé en el suelo y no desperté hasta días después en el palacio, pero asumí que Jaus había matado a la última bestia.

Pero había humeado...

—¿El té causó una reacción? —susurré, aferrando el frasco de vidrio con tanta fuerza que temí romperlo—. No es posible. Un simple té no podría dañar el exoesqueleto de un dresalod, ¿o sí?

Observando el ungüento que había preparado, repasé la escena en mi mente una vez más.

—Tal vez fue el agua caliente.

Pero mi mente seguía volviendo a la lindemynt.

—No hay daño en intentarlo.

Corrí a la cocina y puse una olla grande de agua a hervir, añadiendo el resto de la lindemynt. Odiaba pensar que podía

entrometerme en la batalla con un té potencialmente inútil, pero si hacía esta prueba, podría confirmar o descartar mi teoría. Solo necesitaba asegurarme de que la infusión fuera fuerte.

Cuando alcanzó un hervor constante, bajé el fuego y la dejé a fuego lento, el aroma mentolado y picante llenando el aire y recordándome mi infancia, cuando mi madre nos preparaba bebidas que compartíamos. Mi infancia y adolescencia estaban llenas de sus sonrisas, de mi padre revolviéndome el cabello y de los cuatro sentados afuera por las noches, contemplando las estrellas con tazas de té delicioso en las manos.

Si tan solo algo tan maravilloso pudiera ayudar ahora a mi nuevo pueblo.

Cuando sentí que el agua había absorbido toda la esencia de las hojas, las dejé dentro en lugar de colarlas. Mejor ir con todo en este experimento. Encontré una tapa y sellé la olla.

Luego, con un par de guantes de cuero de Jaus, demasiado grandes para mí, protegiéndome las manos, bajé con cuidado las escaleras traseras y salí a la calle.

El caos me recibió: orcos armados corriendo en todas direcciones en un intento por proteger la ciudad.

¿Dónde había un dresalod cuando lo necesitaba? No es que quisiera atraer uno dentro de los muros para probar mi infusión. ¿Pero dónde podía hacerlo?

Ah, la muralla. Había visto que llevaban al orco herido por unas escaleras. Si lograba llegar a la cima y evitar que me hirieran otra vez, podría verter la mezcla por el borde y observar. Si funcionaba, lo vería casi de inmediato, y si no, al menos estaría relativamente segura en la cima del muro.

Me deslicé entre los orcos que corrían en todas direcciones, manteniéndome pegada a los edificios mientras me dirigía hacia la muralla. La escalera estaba despejada, y subí con cautela, tratando de no derramar el líquido sobre mí misma. Si lo hacía, me quemaría.

No habría forma de saber si el daño que creía haber visto lo causaba el agua hirviendo o la hierba, pero al menos pronto sabría si el té de lindemynt caliente producía una reacción.

Esto podría ser un arma invaluable para mi gente.

Mi gente. Negué con la cabeza ante el pensamiento. Sin embargo, lo eran. Toda la ciudad me pertenecía. Y una vez que las cosas se hubieran estabilizado de nuevo, vería cómo podía usar mis habilidades de sanadora para ayudar a otros.

Por ahora, había adoptado el manto de guerrera, con el té como arma.

Gritos y alaridos me recibieron en la cima, aunque al menos ningún dresalod correteaba por la superficie lisa.

Arrastré la olla hasta el borde y me asomé. Un dresalod trepaba por la pared justo debajo de mí. Sería el sujeto de prueba perfecto.

Arrojé la tapa a un lado, y esta retumbó contra el suelo de piedra. Luego levanté la olla y la vacié directamente sobre el dresalod.

Resonaron bramidos a mis espaldas, y guerreros completamente armados corrieron hacia mí.

—¡Atrás! —gritó uno.

Otro gruñó:

—¿Qué haces aquí, estúpida mujer?

Y lo peor de todo:

—¡Atrápenla! ¡Arréstenla!

¿Arrestarme por qué?

La olla se deslizó de mis manos, chocando con el suelo de piedra. Mientras numerosos orcos se acercaban con pesadas pisadas, volví la vista al muro. El dresalod había caído al suelo. Se retorcía, su cuerpo humeaba. Luego quedó inmóvil cuando la infusión disolvió por completo su exoesqueleto, dejando solo un montón de papilla y extremidades espinosas que aún temblaban.

Un grito desde el mar atrajo mi atención. Conocía esa voz, y también el chillido de ese vox.

Feyla descendía en espiral hacia la arena, con Jaus sobre su lomo. Un dresalod saltó hacia ella, aterrizando detrás de Jaus. Ella se giró y rugió, remontando el vuelo.

Jaus ya no estaba con ella.

Mientras los orcos en la muralla me sujetaban los brazos y me arrastraban, grité su nombre.

Lo vi tendido en la arena.

No se movía.

CAPÍTULO 38

JAUS

Cuando impacté contra el suelo, el aire se me escapó de los pulmones. Mientras forcejeaba, tratando de recuperar el aliento, escuché a mi preciosa compañera gritar mi nombre. No podía respirar, pero mis ojos funcionaban perfectamente.

Guerreros orcos la arrastraban lejos de la muralla mientras gritaban algo absurdo que sonaba como si la estuvieran arrestando.

De ninguna manera.

Un gruñido creció en mi interior y, cuando estalló, salté de pie, justo a tiempo para blandir mi maza contra un dresalod que se lanzaba sobre mí. Le clavé las púas hasta la mitad del cráneo.

Se desplomó sobre la arena, y miré a mi alrededor.

La batalla había terminado; los dresalods restantes huían de regreso al mar, dejando tras de sí los cadáveres de sus hermanos.

Uno humeaba cerca de la muralla, pero lo ignoré. Se habían llevado a mi compañera, y pensaba abrirme paso a la fuerza para rescatarla.

Apretando el agarre sobre mi maza, avancé con paso firme hacia la ciudad. Feyla aterrizó en la arena frente a mí.

—¿Dónde estabas? —gruñí.

Ella resopló.

—Lo siento. —Lo último que quería era descargar mi furia sobre una criatura tan noble.

Resopló de nuevo y empujó mi vientre con el hocico.

Salté sobre su lomo y la insté a alzar el vuelo. Nos elevamos sobre la muralla, pero no vi a mi compañera por ninguna parte. Llevé a mi vox más alto y examiné esa parte de la ciudad, hasta que finalmente distinguí a un grupo de orcos cargando una figura menuda entre ellos.

Aterrizamos en la calle justo a tiempo para verlos entrar con Rhoslyn en el área de detención. Corrí hacia la puerta y la golpeé con fuerza.

—¿Qué quieres? —gritó alguien desde dentro.

—Soy el comandante Kreedaull. Déjenme entrar. Acaban de robarme a mi compañera. —Hacía todo lo posible por no derribar la puerta a mazazos.

—No hemos robado a nadie, y no dejaremos entrar a nadie, ni siquiera a usted, comandante.

Ya veremos.

Dando media vuelta, liberé a Feyla para que regresara a su nido y me dirigí con paso firme al palacio. Como si se tratara de una visita social, los guardias corrieron a abrir las puertas antes de que llegara, inclinándose mientras atravesaba el umbral y entraba con estrépito en el vestíbulo.

Mi bramido resonó en el espacio vacío.

—¿Qué demonios está pasando…? —Madr emergió de un salón, vestido para la batalla, aunque su armadura seguía intacta y limpia. Sostenía su mayal en alto, y la furia en sus ojos me aseguró que ya no tendría cabeza si no me reconocía a tiempo. —Hermano. —Bajó el brazo, y la maza al final de la cadena chocó con el suelo con un sonido sordo. —*Alguien* ha estado impidiéndome unirme a la lucha.

—Se acabó —dije.

—¿Victoria?

Me encogí de hombros. Si habíamos perdido a un solo orco, no lo llamaría victoria.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Madr.

—Los guardias se llevaron a Rhoslyn.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé. La dejé en mi casa. Al final de la batalla, caí de Feyla…

—¿Tú… caíste de tu vox? —Parpadeó, incrédulo. —¿Cómo pasó eso?

Gruñí, golpeando el suelo con los pies.

—No tengo idea y no importa. Me duele la espalda, pero dudo que sea más que un rasguño. Feyla está bien. Yo estoy bien. Maté a un montón de dresalods, y ellos no están bien. El resto regresó al mar.

—¿Cómo encaja Rhoslyn en todo esto?

—La vi en la muralla y oí a los guardias gritar que iban a arrestarla. La seguí en Feyla mientras la llevaban a las celdas de detención. No me dejaron entrar.

Madr frunció el ceño y levantó el brazo.

—¿Sí, mi príncipe? —preguntó un guardia junto a la puerta, dando un paso adelante.

—Lleva una escolta y trae a mi querida hermana de las celdas de detención. Tráiganla aquí de inmediato. Sean cuidadosos; es preciosa no solo para mí, sino para mi hermano. —Su rostro se encendió de ira. —Y díganle al alcaide que más le vale tener una buena explicación de por qué sus subordinados la arrestaron. Que lo espero aquí dentro de una hora para que me dé esa razón.

—Salimos de inmediato, mi príncipe —dijo el guardia, retrocediendo hacia los demás. Tras una breve conversación, uno salió corriendo por el pasillo, mientras los otros retomaban sus puestos junto a la puerta. En pocos minutos, vi a un grupo de guardias pasar a toda velocidad por la ventana del otro lado del salón, seguido del batir de alas cuando sus voxes despegaron.

El alcaide no se atrevería a desobedecer una orden directa del príncipe.

Agitado y con ganas de arrancar cabezas, comencé a recorrer el vestíbulo de un lado a otro. Madr me observaba con diversión hasta que me planté frente a él y le gruñí.

Sus labios se curvaron antes de que su expresión se tornara seria.

—Estoy seguro de que está bien. No la lastimarán.

Por ser mujer, nadie osaría tocar ni un cabello de un ser tan valioso, capaz de dar a luz orclings. Sin embargo, para mí, mi

compañera significaba mucho más que eso, y planeaba decírselo mil veces al día en cuanto la tuviera de nuevo en mis brazos.

—Que la traten con decencia no es suficiente para mí —rugí. —Voy a seguirlos. Estará asustada, preocupada por lo que sucede. Necesito estar allí para tranquilizarla.

—Quédate aquí. —Madr me sujetó del brazo, impidiéndome avanzar, y si no lo amara tanto, lo habría atravesado con mi maza. —Para cuando llegues al edificio, ya estarán de regreso en sus voxes.

Apretando su hombro, lo miré a los ojos. Sus iris verdes eran diferentes del dorado oscuro de la mayoría de los orcos; los había heredado de su madre.

—Esto no me gusta, Madr.

—A mí tampoco. Me costará contenerme para no despedazar al alcaide cuando venga a presentarse aquí con humildad. —Me guió hacia el salón. —Ven. Siéntate. Tómate un trago. Estará aquí antes de que te des cuenta.

Rechinando los dientes, lo seguí.

—Has vuelto a ahuyentar a los dresalods —dijo, tomando mi maza y apoyándola contra la pared junto a su mayal.

—Siempre.

—Mis consejeros están estudiando textos antiguos y consultando con otros reinos con la esperanza de hallar una solución permanente.

Me señaló un sofá, pero no me senté. Mientras él llenaba copas de licor pálido, continué mi ir y venir frente a la chimenea, gruñendo.

—¿Por qué estás aquí y no terminando la batalla? —preguntó el rey desde el umbral.

—Se acabó —bufé, sin ánimos de complacerlo hoy. —Matamos a tantos como pudimos antes de que el resto huyera al mar.

A pesar de que lo despreciaba, incliné la cabeza con un breve saludo, pues era el rey y mi señor.

—Parece que la lucha no ha mejorado tu humor —dijo con desdén, cruzando la habitación para unirse a Madr, quien terminaba de servir las bebidas.

Mi hermano dejó a nuestro padre para servirse a sí mismo y me trajo una bebida. Me la bebí de un solo trago y dejé el vaso en una mesa cercana con un tintineo.

—¿Más? —preguntó Madr.

—Con una basta.

—Podría animarte —dijo el rey, girando con una copa en la mano. Me observó con especulación—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Está sugiriendo que no soy bienvenido? —Ya no intentaría ganarme su aprobación ni su respeto. Si iba a ser desagradable—como siempre lo era—, bien podía devolverle el trato tan rápido como lo recibía. Se merecía una muestra de lo que me había hecho toda la vida.

Gruñó y bebió de su copa, sin dejar de mirarme.

—Mi compañera estaba en la muralla durante la batalla —le dije—. Vi que los guardias se la llevaban, pero cuando la seguí con Feyla, no logré alcanzarla antes de que la metieran en las celdas. Me han negado el acceso.

—Entonces, ¿por qué no has ido allí?

—Lo hice. Cuando se negaron a liberarla, vine aquí en busca de ayuda.

La rabia alimentada por la lucha desapareció de golpe, y volví a sentarme, apoyando los codos en las rodillas y la cara en las palmas.

—Mi pobre compañera debe de estar aterrada, y yo no estoy allí para contenerla.

—Pídele a uno de los guardias que la traiga —le dijo mi padre a Madr con un suspiro.

—Ya lo hice. Debería estar aquí en...

El batir de alas fue seguido por el raspado de garras contra la piedra cuando una bandada de voxes aterrizó en la plataforma exterior.

Rugí al ponerme de pie y corrí hacia el vestíbulo.

—¡Rhoslyn! ¡Rhoslyn!

Las puertas se abrieron de golpe, y mi gloriosa y hermosa compañera entró a grandes zancadas, con la furia tiñéndole las mejillas.

—Voy a matar al alcaide y a sus secuaces —gruñó a los guardias que la escoltaban. Un sollozo se le escapó de los labios—. Jaus cayó. Podría estar muerto, ¡y yo no estaba allí para contenerlo!

Al verme en la entrada del salón, abrió mucho los ojos.

—Jaus, estás vivo. Jaus.

Corrí hacia ella, y ella avanzó tambaleante hasta derrumbarse en mis brazos.

La estreché contra mí y la besé, necesitando su consuelo tanto como ella necesitaba el mío. Mi diminuta compañera estaba aquí. Parecía ilesa, y mi mundo volvía a estar en orden.

La empujé contra la pared y le aferré el exuberante trasero. Sus piernas se enroscaron alrededor de mí, sus talones tirando de mí hasta que quedamos pegados. Devoré su boca, cediendo al anhelo que amenazaba con consumirnos cada vez que nos tocábamos. Mi lengua se enredó con la suya, y—

—Eh, ustedes dos —dijo Madr con diversión en la voz—. ¿Tal vez podrían dejar eso para después?

Levanté la cabeza y estudié su rostro.

—¿No estás herida? ¿No te tocaron ni te hicieron daño? Los mataré de todos modos, pero necesito saber que estás a salvo antes de ir a destrozar ese lugar.

—Me trataron bastante bien, en realidad. Excepto cuando me arrastraron desde la muralla y a través de la ciudad. No me encerraron en una celda. De hecho, cuando llegaron los guardias del palacio, me estaban ofreciendo té. Pero eso no me importa. ¡Te vi caer, Jaus! ¡Estabas herido!

Sus manos recorrieron mis brazos y mi torso, buscando heridas.

—¿Dónde te duele, amor mío? Te sanaré.

—Estoy ileso. Solo mi orgullo quedó magullado cuando resbalé de Feyla. Ella parecía tan sorprendida como yo. No me caía de su lomo desde la primera vez que me permitió montarla.

—¿Estás seguro de que no tienes ninguna herida?

Sus ojos brillaban con lágrimas.

Mataría con tal de tranquilizarla.

—Estoy bien. Agradecido de poder sostenerte en mis brazos otra vez.

Soltó un suspiro tembloroso.

—Estoy tan feliz.

Se echó a llorar y se dejó caer contra mí, sollozando en mi pecho.

Le di palmaditas en la espalda y la llevé al salón, ignorando el bufido de mi padre. Me hundí en una silla y la acuné entre mis brazos, murmurándole palabras suaves con la esperanza de consolarla.

—Estoy bien, compañera. De verdad.

Ella levantó la mirada, con las lágrimas resbalándole por el rostro.

—¿Realmente?

—Absolutamente.

—Me alegra saber que los guardias no te hicieron daño, hermana —dijo Madr, dejándose caer en una silla cercana—. ¿Por qué estabas en lo alto de la muralla durante la batalla?

—¡Oh!

Rhoslyn miró de inmediato a mi hermano.

—Debo decirle al rey que he descubierto una manera de luchar contra los dresalods.

Mi padre resopló y se acercó hasta quedar de pie junto a nosotros.

—¿*Tú* has descubierto una forma de derrotar a los dresalods? Eres una humana insignificante. Solo sirves para parir orclings y perpetuar nuestra especie.

—Padre —gruñó Madr, poniéndose de pie de un salto—. No vuelvas a hablarle así.

El color inundó el rostro del rey.

—Tú, hijo mío, no me dices a *mí* cómo comportarme.

Ayudé a mi compañera a sentarse en la silla y me puse de pie de un salto. Con un gruñido, me lancé contra el rey, derribándonos a ambos. Al caer sobre él, le saqué el aire de los pulmones. Eché el puño hacia atrás, listo para estrellarlo contra su rostro, pero Madr lo sujetó, deteniéndome.

—No vale la pena —siseó—. Detente, hermano, antes de que hagas algo de lo que todos nos arrepentiremos.

Gruñendo, me aparté del rey y me acerqué a mi diminuta compañera, cayendo de rodillas ante ella y tomando sus manos entre las mías.

—Te amo, y voy a llevarte a casa.

—Eso es lo que más deseo, pero necesito explicarlo, aunque tu... ni siquiera lo llamaré así. No lo merece.

Sacudió la cabeza y su mirada buscó a Madr.

—Compartiré contigo lo que descubrí. Encontrarás la manera de usarlo a nuestro favor.

Su desdén cayó sobre el rey, que se incorporaba y alisaba su ropa. Cuando me miró, no dijo nada, pero juraría que un destello de temor cruzó sus ojos. Bien. Necesitaba aprender a morderse la lengua y a respetar mi fuerza, aunque no pudiera respetarme como persona.

—Mientras luchabas valientemente contra los dresalods... —Rhoslyn dirigió al rey una mirada aún más dura—. Recordé lo que ocurrió en la calle cuando enfrentaste a los que nos atacaron.

Apreté sus dedos entre los míos.

—No fui lo bastante rápido y tú pagaste el precio.

—Levántate. —Me instó a ponerme de pie—. Me encanta verte arrodillado ante mí, aunque llevamos demasiada ropa...

Madr carraspeó, y mi amor y mi hermano compartieron una sonrisa.

La estreché entre mis brazos y volví a sentarme con ella acomodada en mi regazo.

Se recostó contra mi pecho, y solo entonces mi ira contra el rey comenzó a desvanecerse.

—No sé si recuerdas lo que hice antes de que mataras al tercer dresalod. Cuando me apuñaló, actué por instinto. No tenía arma...

—Aquí tienes una. —Madr tomó una larga hoja montada en la pared y se la entregó.

—Era de mi padre —protestó el rey.

—Y ahora pertenece a Rhoslyn.

La muerte resonó en la voz de Madr, indicándome que el rey había ido demasiado lejos hoy, incluso para mi hermano, usualmente imperturbable.

—Increíble. —Rhoslyn examinó la hoja antes de mirarme—. Necesitaré una vaina.

—Será tuya.

—¿Hay algún propósito en todo esto? —preguntó el rey.

—Sí. —Mi diminuta compañera asintió con aplomo—. Le arrojé mi té de lindemint hirviendo al dresalod. Se chamuscó y, antes de desmayarme, juro que vi su exoesqueleto derretirse.

Madr contuvo el aliento.

—¿Crees que fue el líquido caliente o la hierba lo que causó la reacción?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy segura. Cuando lo recordé, tuve que probarlo. Preparé un gran recipiente de té de lindemint y lo vertí sobre la muralla, directamente sobre un dresalod que estaba abajo.

—¿Y? —El rey se inclinó hacia ella. Hasta él estaba atónito ante sus palabras.

—Creo que esta podría ser una forma de derrotarlos.

CAPÍTULO 39

RHOSLYN

—No lo creo. Es una coincidencia —dijo el rey con desprecio. Su mueca burlona se posó en mí—. Deberíamos haberla dejado en la celda de detención.

No iba a señalar, otra vez, que cuando llegaron los guardias del rey, yo estaba a punto de tomar el té con el alcaide, no encerrada en una celda.

—He terminado aquí. —Jaus se levantó conmigo en brazos y negó con la cabeza hacia su padre—. No te necesito. Me tomó un tiempo darme cuenta, pero ahora que lo sé, por fin me siento libre. Todo lo que necesito es a mi diminuta compañera, mi Rhoslyn.

—Y a mí —intervino Madr.

—Siempre a ti, hermano. —Me sonrió mientras bajaba la vista hacia mí—. Hora de llevarte a casa.

Estaba a salvo. Estábamos juntos de nuevo. Nada más importaba.

—Creo que yo también he terminado —dijo Madr, tomando su mayal y la maza de Jaus antes de seguirnos hasta el vestíbulo—. No supongo que tengas un lugar donde pueda dormir esta noche, ¿verdad?

Guardó la maza de Jaus en la funda de su espalda. Yo aún sostenía el cuchillo y procuré no cortarnos a ninguno con la afilada hoja.

—¿A dónde vas, Madr? —exclamó el rey, apresurándose hacia la puerta principal, que los guardias abrieron con demasiada

amabilidad. Continuó siguiéndonos hasta la pasarela.

—Te repudio—le dijo Madr. Luego nos dedicó una sonrisa—. Maldición, qué bien se siente decir eso.

Volvió a mirar a su padre.

—He soportado tu mierda durante demasiado tiempo y, como mi hermano, ya no lo haré más. Me da igual lo que hagas con tu corona. Me da igual lo que hagas tú. Ya no me importas.

Le dio una palmada en el hombro a Jaus.

—Puedes dormir en nuestro sofá —le ofreció Jaus—. Cuando quieras, puedes volar hasta mi propiedad. Puedes quedarte ahí para siempre si así lo deseas.

—Ah, sí, recuerdo el terreno. Estaré encantado de quedarme hasta que pueda reabrir la casa de mi madre en las montañas y establecerme ahí.

—Podemos discutirlo esta noche —dijo Jaus. Silbó y, poco después, Feyla aterrizó con un golpe seco en medio de un parterre. Frunció el ceño ante las flores y luego les dio un buen bocado.

Jaus soltó una carcajada y Madr y yo lo imitamos.

El rey continuó frunciendo el ceño.

—No puedes irte con ellos —le dijo a Madr, y hasta yo pude oír la derrota en su voz. Había alejado a sus dos hijos. ¿Por fin se daba cuenta de que, si tratabas a los demás con crueldad, tarde o temprano te lo devolvían con creces? Tal vez. No iba a quedarme a averiguarlo.

Con un salto, Jaus aterrizó sobre el lomo de Feyla, aún con mis brazos en torno a su cuello. Me acomodé contra él, acurrucándome. Estaba agotada y no veía la hora de llegar a casa.

—Iré justo detrás de ustedes, volando en Brakkur —gritó Madr—. ¡Y en cuanto a los dresalods, tengo un plan!

CAPÍTULO 40

JAUS

—Necesito más hojas de té de lindemint —insistió Rhoslyn—. Tenemos que detenernos a buscar más de camino a casa.

—Solo quiero llevarte dentro de nuestra casa y abrazarte, compañera. El té puede esperar. —Entonces me di cuenta de lo que estaba diciendo. Le sonreí y dirigí a Feyla en un desvío—. Eres lista, compañera. Muy lista.

—No hay nada mejor que el té de lindemint, ¿no crees?

Le di un beso rápido mientras Feyla descendía y aterrizaba en la calle, no lejos de la tienda de Liall.

Muchos de nuestros compañeros orcos que hacían compras en la gran plaza nos miraron con extrañeza, pero Feyla no era el primer vox en aterrizar en otro lugar que no fuera un balcón.

La dejamos esperando y nos apresuramos hacia la botica de Liall, donde dejé que mi compañera eligiera.

—Compra lo que quieras, amor.

Ella me dedicó una sonrisa fugaz antes de asentir con determinación. Con una cesta colgada del brazo y propósito en su andar, recorrió la tienda eligiendo una cosa tras otra. También compramos todo el lindemint que tenía Liall.

Con nuestros paquetes en un gran saco, volamos a casa, donde Feyla aterrizó junto al vox de Madr, Brakkur, en nuestro balcón.

—He estado esperando una eternidad —dijo con aspereza, aunque su sonrisa lo contradecía—. No se habrán detenido a… bah, mejor no sigo por ese camino.

Para un hombre que acababa de romper su relación con su padre, estaba demasiado animado. Aunque la tristeza seguía reflejada en sus ojos.

Entramos y mi hermano explicó que sus consejeros habían capturado un dresalod durante el último ataque y lo mantenían en un tanque de agua salada para estudiarlo.

—Creo que debemos probar qué funciona, si el agua hirviendo o la hierba, ¿no crees? —le preguntó a Rhoslyn.

Agradecí que la incluyera en la conversación como su igual. Si acaso, ella estaba muy por encima de nosotros, habiendo descubierto una solución a nuestro problema.

—Puedo preparar una taza y llevaremos ambas cosas. —Se apresuró a la cocina y no tardó en volver con una taza cubierta de agua caliente y un paquete de lindemint—. Estoy lista.

Nos dirigimos al laboratorio construido en el muro costero donde los consejeros de Madr retenían al dresalod, y mi corazón se detuvo al verlo flotar en el tanque, fulminándonos con la mirada.

—¿Podría bajar un poco el nivel del agua? —Madr le pidió a su consejero, que rondaba cerca, retorciéndose las manos.

—Por supuesto, mi príncipe.

—Solo Madr. —Su suspiro se escapó con pesadez, aunque no percibí arrepentimiento—. He renegado de mi padre. Del trono. De todo.

—¿Qué? —El consejero se tambaleó hacia atrás, alzando los brazos—. Eso no es posible.

—Y, sin embargo, lo he hecho.

—Le aconsejaría que no…

—Está hecho —gruñó Madr.

El consejero hizo una reverencia.

—Muy bien, su… no puedo llamarlo de otra manera que no sea mi príncipe. —Sus manos temblaron sobre su garganta, presas del pánico.

—Baje el nivel del agua, por favor.

El consejero giró uno de los diales al costado del tanque, y el agua descendió rápidamente.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que el dresalod quede completamente expuesto —dije.

Rhoslyn observaba con atención, con el agua y el paquete de hierbas en las manos.

Cuando el agua bajó lo suficiente, el consejero giró de nuevo los diales. El dresalod arañó el interior del tanque, tratando de abrirse paso con sus garras. Por el hambre en sus ojos, nos destrozaría y devoraría en segundos.

—Toma. —Rhoslyn extendió el agua y las hierbas hacia mi hermano.

Él le dedicó una mirada solemne.

—Me gustaría que fueras tú quien haga los honores, si no te importa, hermana.

—De acuerdo. —Se acercó al tanque y estudió al dresalod a través del cristal por un momento—. Qué bestia tan peligrosa. Si tan solo pudiera darnos paz. —Subió a un bloque junto al tanque y destapó el agua. Con un movimiento brusco del brazo, el líquido se derramó sobre el dresalod.

Se estremeció, pero no ocurrió nada más.

—Hmm —murmuró mientras desataba el paquete de hierbas—. Esperemos que esto sí funcione.

Vertió un gran puñado de lindemint sobre el tanque.

El dresalod chilló y se retorció, su exoesqueleto empezó a humear. Cayó de costado y se agitó mientras la hierba corroía su dura coraza protectora, matándolo casi tan rápido como yo podría hacerlo con mi maza.

—Bueno —dijo con la voz temblorosa—. Como sanadora, no me gusta matar a nadie, pero en este caso, debo admitir que me alegra que haya funcionado. —Saltó del bloque y se acurrucó en mis brazos, mirándome—. Creo que es hora de empezar a plantar lindemint en la costa, ¿no crees?

CAPÍTULO 41

RHOSLYN

Dos Semanas Después

Nos tomó más de una semana desenterrar suficientes arbustos de lindemint y plantarlos a lo largo de un largo tramo de la costa, desde más arriba de la ciudad hasta mucho más abajo. Sospechábamos que tendríamos que plantar más, cubriendo una distancia considerable en ambas direcciones, pero por ahora, esto era una prueba. Confiábamos en que la hierba nos ayudaría, pero ¿detendría a los dresalods? Lo descubriríamos en el próximo ataque.

Dado que la hierba era tan abundante, secamos enormes manojos de hojas y las esparcimos a lo largo de la costa, por encima de la línea del agua. También instalamos pequeñas catapultas que lanzarían una mezcla de lindemint envuelta cuidadosamente en membranas delgadas que se romperían al impactar.

—Por primera vez, tengo esperanza de que podamos vencerlos —dijo Jaus mientras estábamos de pie sobre la muralla con nuestros amigos, quienes nos habían ayudado a completar el trabajo—. Nos diste este regalo, pequeña compañera, y nunca podremos agradecértelo lo suficiente.

A nuestro alrededor, los orcos gruñeron en señal de acuerdo. Había hecho amigos, muchos, y había encontrado un hogar.

Extrañaba a mi hermana, pero habíamos hablado de visitar la fortaleza. Jaus y Feyla me llevarían allí, y le pediría a Kael que notificara a mi hermana que la esperaba fuera de la muralla. Sería maravilloso verla de nuevo, abrazarla una vez más. No podía esperar para escuchar sus planes de boda y el futuro que planeaba con su amor.

—Si vienen ahora, descubrirán rápidamente que peleamos de maneras inusuales —gruñó Jaus.

Sin nada más que hacer que esperar, bajamos de la muralla.

—¿Nos veremos en la fiesta esta noche? —preguntó Madr al pie de las escaleras.

—Tenemos otros planes —Jaus me apretó la mano. Después de trabajar arduamente todos los días durante las últimas semanas para preparar todo a lo largo de la costa, caíamos exhaustos en la cama cada noche. Habíamos hablado de pasar esta noche a solas.

—Entonces nos veremos en otra ocasión.

Madr nos contó que iba a mudarse definitivamente a la modesta casa de su madre en lo alto de las montañas. Era rústica, pero le gustaba hacer las cosas por sí mismo y la soledad que había encontrado allí. No había hablado con su padre desde que dejó el palacio semanas atrás, y no creía que lo hiciera nunca. Si algún puente iba a construirse entre ellos, el rey tendría que colocar las primeras piedras.

La mirada de Madr viajó de Jaus a mí, deteniéndose en nuestras manos entrelazadas, y la añoranza en sus ojos hizo que me doliera el corazón. Días atrás, me había dicho con nostalgia que esperaba encontrar a su compañera en la próxima cacería. Representaría a su clan nuevamente en un año, pero hasta entonces, solo podía esperar que su colgante del Clan Lumen resplandeciera por una de las dos mujeres.

Pensar que yo había estado aterrorizada cuando me ofrecí voluntaria. No solo asustada, sino también horrorizada ante la idea de ser capturada y reclamada por un orco. Es curioso cómo las cosas terminan sucediendo como deben suceder.

Sospechaba que, tarde o temprano, el destino elegiría un gran amor para Madr, y no podía esperar a conocerla. Ojalá fuera lo

bastante audaz para darle una oportunidad, para amarlo como él merecía.

Madr se detuvo al pie de las escaleras que llevaban a la cima de la muralla.

—Está bien, entonces. Espero que tengan una gran noche.

Lo abracé y lo observé mientras se alejaba hacia el centro del pueblo.

—Me da pena tu hermano.

Jaus bufó.

—¿Por qué?

—Está solo.

—Tiene amigos. Tú. Yo.

—Y ciertamente eres increíble.

Él resopló.

—Lo eres.

—Tú, mi preciosa, estás cegada.

Sonreí, mirándolo.

—Tengo buenos motivos, ¿no?

Se detuvo y me besó.

—Los tienes.

Le pasé un brazo por el suyo y comenzamos a caminar hacia nuestra casa.

—¿Crees que él y el rey algún día repararán su relación?

Jaus se encogió de hombros.

—Eso depende de ellos.

Madr había hecho las paces con su decisión. Solo el rey podía cambiar las cosas entre ellos. Tendría que esforzarse mucho para ganarse el derecho a su amistad.

—Ojalá la próxima cacería le traiga una mujer hermosa que lo ame para siempre.

—Eres dulce al decir eso.

Jaus se detuvo y me giró hacia él. Con los pulgares, acarició mis mejillas y me besó de nuevo. Mi vientre se estremeció y, con un gemido, me apreté contra él.

Gruñó y me levantó, profundizando el beso mientras me empujaba contra la pared de un edificio. Me encantaba cómo podía

hacerle perder el control, cómo no podíamos mantenernos alejados el uno del otro.

Nos separamos, sonriendo.

—Necesitas llevarme a casa, compañero —susurré.

—Desde luego que sí.

Me alzó en sus brazos y corrió por las calles, subiendo las escaleras traseras de tres en tres. Dentro de nuestra torre, pateó la puerta para cerrarla, lanzó su maza al otro lado de la habitación y me llevó a nuestro dormitorio. Me tumbó en la cama y se arrastró sobre mí, sosteniéndome el rostro mientras me miraba con ternura.

—Te amo tanto, mi preciosa —gruñó.

—Yo también te amo.

Nos despojamos de la ropa con urgencia y suspiramos al sentir nuestra piel desnuda encontrarse.

Sin apartar los ojos de mi rostro, recorrió mi cuerpo con las manos, explorando cada centímetro. Su toque era electrizante, enviando ráfagas de placer por mis venas. Temblé al sentir sus caricias, sus dedos trazando círculos en mi vientre antes de deslizarse más abajo. Me besó de nuevo, presionándome contra el colchón mientras su lengua se enredaba con la mía.

Acarició mi pecho, jugueteando con mi pezón hasta que se endureció, y solté un gemido de necesidad bajo su cuerpo. Abandonando mi boca, besó mi cuello, mordisqueándolo con la suficiente fuerza como para que supiera que dejaría una marca. Suavemente, sus labios recorrieron mi clavícula, dejando un rastro de escalofríos en mi piel. Bajó más y más hasta alcanzar su destino entre mis piernas.

Cuando su boca atrapó mi clítoris, el placer me golpeó con la fuerza de una marea imparable.

Me aferré a las sábanas mientras Jaus me llevaba más y más alto, su boca y sus dientes encontrando cada punto de placer y atendiéndolo con esmero. Deslizó sus dedos dentro de mí, y arqueé las caderas, gritando su nombre.

No se detuvo hasta arrancarme todo, y luego volvió a besar su camino de regreso hasta mi boca.

Me volteó sobre el vientre, levantándome hasta apoyarme sobre las rodillas. Su dureza presionó contra mi entrada, deslizándose dentro de mí lentamente, cada centímetro un deleite insoportable. Jadeé al sentirme llena por completo, casi abrumada por la sensación.

Se movió con lentitud al principio, con embestidas profundas y sensuales. Inclinándose sobre mí, buscó mis manos y entrelazó nuestros dedos.

Cada movimiento suyo encendía aún más mi deseo, hasta que la anticipación se convirtió en necesidad ardiente. Jaus aumentó el ritmo, empujándonos a ambos al borde de algo maravilloso.

Cuando me entregué a las sensaciones, él fue más rápido. Su cuerpo se tensó y dejó escapar un gruñido profundo que resonó en la habitación como un trueno.

Nos quedamos ahí por un momento después, jadeando y temblando de placer hasta que por fin descendimos de nuestro éxtasis. Jaus rodó fuera de mí y me atrajo contra su pecho, envolviéndome con sus brazos desde atrás.

—Me dejas atónito, pequeña compañera —susurró en mi cabello antes de presionar un beso en la cima de mi cabeza.

Sonreí y me acurruqué contra él, dejándome llevar por el sueño.

Desperté con el movimiento de Jaus detrás de mí y un grito ronco en el exterior.

—¡Vienen!

Los alaridos hicieron eco al llamado del guardia, al igual que el sonido de un cuerno. Los dresalods estaban atacando.

Los brazos de Jaus se apretaron alrededor de mí, pero solo por un instante antes de deslizarse fuera de la cama y empezar a vestirse.

—Debo irme.

—Iremos los dos.

Quería ver si nuestro trabajo de las últimas semanas haría alguna diferencia. Si las plantas de lindenmint y las hojas en la orilla no tenían efecto, ¿qué más podríamos intentar?

Se me cerró la garganta al pensar que quizás habíamos trabajado tantos días solo para no ver ningún cambio.

En poco tiempo, ya me había puesto un vestido y calzado los zapatos.

Jaus me acarició el rostro, su mirada preocupada clavándose en la mía.

—Deberías quedarte aquí, donde es seguro, amor. Por favor. Si estoy luchando con Feyla, no puedo distraerme. Mi miedo por ti me consumiría vivo.

—Podría ir a la muralla.

Sacudí la cabeza y le dediqué una sonrisa torcida.

—Nuestros amigos no me arrestarán esta vez. Me vigilarán. Estaré segura allí. Si algún dresalod trepa la muralla, te prometo que bajaré las escaleras y seguiré corriendo hasta estar a salvo dentro de nuestra casa.

Él rechinó los colmillos, pero vi que estaba cediendo.

—Estaré a salvo. Realmente.

Como esas criaturas no podían acceder a nuestro edificio, podría esconderme, aunque odiaba hacerlo mientras mis amigos y mi amado compañero luchaban para protegernos.

Ningún lugar dentro de la ciudad era completamente seguro, pero a menos que nos mudáramos lejos, donde los shaydes podrían atacar en su lugar, no había sitio al que pudiéramos ir sin que algo peligroso pudiera encontrarnos.

Él gruñó con indecisión.

—Debo irme. Ya están luchando y me necesitan.

—Prométeme que harás todo lo posible por volver a casa conmigo, Jaus. No soporto la idea de perderte.

Me levantó y nos besamos con desesperación. Él lo era todo para mí. ¿Cómo podría seguir adelante si algo le ocurría?

Con el corazón pesado, lo seguí escaleras abajo hasta el primer piso de nuestra casa. Mientras aseguraba su maza en la vaina de su

espalda, yo deslicé la daga que me había dado Madr en la funda de mi cintura.

—Tengo con qué defenderme.

No era gran cosa contra un dresalod, pero al menos daría pelea.

Con un gruñido que me decía que quería discutir, pero no tenía tiempo, tomó mi mano y me llevó al balcón. Feyla ya nos esperaba, rechinando los dientes con nerviosismo y arañando la piedra con sus garras.

Los dresalods chillaban en la orilla, y por el sonido, muchas legiones estaban atacando. ¿Habrían enviado una gran fuerza esta vez?

Sospechaba que sí. Como si supieran que buscábamos una solución permanente, habían venido a derrotarnos una vez más.

Conmigo en sus brazos, Jaus saltó sobre Feyla. A su indicación, ella se elevó, surcando el aire hacia la muralla, donde orcos erizados de armas observaban el avance de más dresalods de los que habían visto en mi vida.

—Son tantos —susurré, el viento arrebatándome las palabras—. ¿Cómo los rechazaremos si el lindenmint no funciona?

Algunos orcos en la muralla nos oyeron llegar y se volvieron. Uno vitoreó, lo cual fue alentador, aunque quizás solo se alegraban de ver a Jaus.

Él guió a Feyla hacia abajo hasta que pudo haber atrapado a uno de ellos con sus garras si hubiera querido. Saltó y aterrizó con precisión sobre la piedra. Me bajó y me tomó el rostro entre sus manos, la desesperación marcada en sus facciones.

—Quédate aquí, donde tienes protección. Si un dresalod atraviesa el lindenmint, corre a nuestra casa. ¿Te quedó claro?

Asentí.

—Cuídate. Vuelve conmigo, compañero.

—Siempre.

Me besó y deslizó los nudillos por mi mejilla, mirándome como si necesitara memorizar mi rostro. Luego, giró, saltó sobre el lomo de Feyla y despegó, volando hacia los dresalods con la maza en alto.

Corrí hacia el borde de la muralla y miré hacia abajo. Numerosas criaturas avanzaban entre las olas, sus garras alzándose y

entrechocando.

Un escalofrío me recorrió la piel, y el recuerdo de una de ellas clavándome su aguijón en la pierna me hizo estremecerme de miedo.

Uno de los orcos se paró junto a mí, observando también.

—Mira. Están alcanzando la hierba. ¿Funcionará? Debemos rezar a los hados.

Aferré la piedra de la muralla y contuve la respiración.

La línea de dresalods cruzó la sección donde habíamos esparcido lindenmint sobre la arena.

Chillaron y comenzaron a girar, con sus extremidades humeando. Uno cayó sobre la hierba y se retorció, con su gran caparazón quemándose. Otros treparon sobre sus compañeros caídos y avanzaron hacia la muralla, con la mirada fija en nosotros.

La furia oscureció sus ojos y mis pulmones se congelaron. Sabían que nosotros habíamos hecho esto, y venían a vengarse.

¿Debería irme ya?

Feyla y otros voxes descendieron en picada, los guerreros sobre sus lomos hundiendo sus armas en las legiones de dresalods, acabando con muchos. Jaus los lideraba, y nunca me había sentido más orgullosa de mi compañero.

Era fuerte, decidido y astuto.

Volvería conmigo.

Por favor.

El ejército dresalod llegó hasta los arbustos que habíamos plantado con tanto cuidado. Habíamos dispuesto tres hileras, alternando el espacio, creando un muro tan alto como mi barbilla.

Con riego cuidadoso, habían echado raíces, y si esto funcionaba, nos aseguraríamos de que no solo se multiplicaran, sino que fueran valorados y bien cuidados.

Cuando los dresalods comenzaron a entretejerse entre los arbustos, las gruesas hojas rozaron sus caparazones.

De inmediato, sus exoesqueletos comenzaron a humear. Se retorcieron, chillando, y los que venían detrás retrocedieron hacia el mar.

Los voxes esperaban, y aquellos dresalods que no murieron por contacto con la planta no llegaron al agua. Jaus y su equipo los aniquilaron, dejando tras de sí solo cuerpos inertes.

Pronto, ya no quedaban dresalods atacando.

Vítores se alzaron entre los orcos que estaban en la muralla a mi alrededor, y el clamor se extendió por toda la ciudad.

Feyla voló cerca y Jaus saltó de su lomo, aterrizando a mi lado.

Se acercó a mí mientras deslizaba su maza en la funda sobre su espalda.

—Estás a salvo —exclamé.

—No podía hacer otra cosa que volver contigo, pequeña compañera.

Levantándome el mentón, me dio un beso rápido y una sonrisa.

—Lo has logrado, amor. Les has dado a los nuestros una oportunidad de vivir.

Mientras me besaba, me dejé envolver por los vítores de nuestros amigos.

Cuando tomé el lugar de mi hermana en la Caza de Compañeros Monstruos, jamás imaginé que encontraría felicidad o amor.

Ahora los había hallado entre esta gente.

Y en el amor de mi preciado compañero, Jaus.

CAPÍTULO 42

JAUS

Dos Meses Después

Viajábamos sobre Feyla mientras ella volaba sobre el bosque.

Habíamos salido de la ciudad la tarde anterior, viajado toda la noche y pasado el día en el prado donde nos habíamos quedado después de que reclamé a mi preciosa compañera durante la Caza. Luego, reanudamos el viaje al anochecer. Nos quedaban unas pocas horas antes de que el sol se pusiera y tuviéramos que emprender el regreso.

Al acercarnos a la fortaleza, las manos de Rhoslyn temblaban.

Me incliné y besé su sien.

—¿Por qué tienes miedo, pequeña compañera?

—Estoy más nerviosa que asustada —suspiró—. Extraño tanto a mi hermana. ¿Y si me ha olvidado?

—¿Cómo podría? Eres increíble. Maravillosa.

Me sonrió por encima del hombro.

—Me encanta que sigas adorándome.

Apreté los brazos alrededor de ella.

—Siento lo mismo.

Apoyándose en mi pecho, suspiró otra vez.

—Lyneth debe de estar casada ya.

—Eso es bueno, ¿no?

—Lo es. Incluso podría estar embarazada, como yo.

Acaricié su vientre aún plano, algo que hacía siempre que podía. En la cama, en la bañera (y mientras cabalgaba sobre mí en la bañera), incluso cuando nos sentábamos a comer. Como ella decía, la adoraba. Y no podía esperar a sostener a nuestro orcling, que sería un poco de ambos. Creíamos que había quedado embarazada nuestra primera vez juntos.

—Cuando vivía tras los muros, pensaba que ese era todo el mundo —dijo.

—Dijiste que ibas al bosque casi todos los días a recoger hierbas.

—Pero nunca de noche.

—Hasta la Caza.

—Especialmente durante la Caza.

Sonreí.

—Temías a los poderosos orcos.

—¿Cómo no hacerlo? No podemos matar ni a un solo shayde sin perder a tres o cuatro de los nuestros, pero los orcos pueden acabar con tres de un solo golpe de maza.

—Yo puedo acabar con tres de un solo golpe de mi maza. Cualquier otro orco necesitaría al menos dos.

Su risa se escapó en un resoplido y su espalda se relajó, justo lo que buscaba con mi broma.

—Ese es el orco que conozco y amo. —Se acomodó en mi abrazo —. Mi hermana era mi mundo hasta que tuve que dejarla. ¿Crees que estará enojada conmigo?

—Diste un paso valiente hacia lo que creías una situación horrible para salvarla. ¿Cómo podría enojarse por eso? Te ama.

—Tanto como yo a ella. Éramos todo lo que teníamos después de que murieran nuestros padres. Siempre la protegí. Luego tuve que dejarla, y ni siquiera me dejaron despedirme.

—Estoy seguro de que lo entiende.

—Eso espero.

Guié a Feyla hacia el suelo y aterrizamos en un prado abierto, no lejos de la fortaleza. Nos deslizamos de su lomo.

Rhoslyn acarició el largo hocico de Feyla y le dio un beso en la frente.

—Nadie ha regresado jamás de la Caza.

—Lo que debe de hacer parecer todo aún más aterrador.

—No creerías las cosas horribles que mi gente dice sobre los orcos, las historias que cuentan sobre lo que les sucede a las desafortunadas mujeres que corren por el bosque con orcos persiguiéndolas.

La envolví en mis brazos desde atrás.

—Deben de pensar que las dañamos, cuando todo lo que queremos es amarlas.

—Al menos ahora puedo contarles la verdad sobre eso.

La giré en mi abrazo y la besé con suavidad.

—¿Estás lista, pequeña?

Mordiéndose el labio inferior, asintió.

De la mano, cruzamos el bosque por un sendero ancho que nos permitía caminar casi lado a lado. Al llegar al borde del bosque, nos detuvimos, mirando el gran campo abierto que nos separaba de la fortaleza.

Entonces, salimos juntos a la luz del sol.

A medida que nos acercábamos, gritos resonaron desde lo alto de la muralla, y una sonrisa iluminó el rostro de mi preciosa compañera.

—Todo saldrá bien —dijo—. ¡Estoy tan emocionada!

Nos detuvimos antes de llegar a la puerta. Cuando los guardias alzaron sus arcos en nuestra dirección, sentí la tentación de sacar mi maza, pero me contuve. Sería un error dispararnos. Eso pondría en riesgo el tratado que firmamos y que les brindaba la protección que necesitaban.

—Es Rhoslyn —gritó un hombre.

Rhoslyn se sobresaltó.

—¿Kael? ¿Eres tú, Kael?

—¿Ese orco te está haciendo daño, Rhoslyn? —gritó Kael—. Porque yo… —Su voz se suavizó—. Por favor, dime que no te ha hecho daño.

Ella apretó mi mano.

—Este es mi compañero, Jaus. Nos conocimos durante la Caza, y no podría ser más feliz de que me haya encontrado.

Mi risa grave resonó.

—Peleaste conmigo desde el momento en que nos conocimos, amor —dije en voz baja—. No eras feliz entonces.

Me lanzó una sonrisa.

—Peleé porque eras gruñón y huraño.

—Ya no.

—Ahora eres mi héroe dulce como un rollo de canela.

—Para siempre —prometí.

Se volvió hacia la puerta.

—He venido a ver a mi hermana. ¿Podrían llamar a Lyneth?

—No será una trampa, ¿verdad? —preguntó Kael con una mirada severa. Era viejo, pero sospechaba que era un guerrero experimentado. No sería rival para un orco, pero respetaba que quisiera proteger a mi Rhoslyn.

—No es una trampa. Solo estamos aquí de visita, en paz. Por favor, ¿puedo hablar con Lyneth? —pidió Rhoslyn—. Envíenla afuera.

—Veremos si quiere hablar contigo —respondió alguien.

Poco después, una voz femenina se escuchó detrás de la puerta.

—Déjenme verla. ¡Rhoslyn! ¡Rhoslyn! Por favor, díganme que está a salvo.

Rhoslyn se apoyó en mi costado.

—Es mi hermana. Está viniendo. —Alzó la voz—. Estoy a salvo. ¡Ven a verme, Lyneth!

La puerta rechinó al abrirse y dos guardias armados hasta los dientes salieron, seguidos por una mujer algunos años más joven que Rhoslyn. Tenía el mismo cabello dorado y los mismos ojos azules de mi amor, además de su sonrisa, que vaciló cuando su mirada se posó en mí.

Apretaba un cuchillo mientras avanzaba con cautela. Levantó la mano y susurró:

—Corre hacia mí, Rhos. Lo mantendré a raya con el cuchillo y escaparemos dentro de la fortaleza. No se atreverá a atacar el pueblo solo.

—Este es mi compañero, mi esposo, Lyneth —dijo Rhoslyn con una risa—. Por favor, baja el cuchillo. No hay otro lugar en el que prefiera estar que a su lado.

Lyneth se quedó inmóvil, frunciendo el ceño.

—¿Tú… aprecias a este orco?

—Es maravilloso. Me adora. Me valora por encima de todos los demás, y lo más importante, me ama. Y yo lo amo a él. —Su mano descansó sobre su vientre—. Vamos a tener un orcling. ¿Puedes creerlo? Serás tía.

Lyneth tragó saliva con fuerza, y el cuchillo cayó de su mano inerte, golpeando la hierba junto a sus pies.

—¿Lo amas?

Su mirada buscó la mía, y lo que vio allí pareció tranquilizarla. Sus hombros se encorvaron y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Soy Jaus —dije, inclinándome en una reverencia.

—Eh… —volvió a tragar saliva—. Soy Lyneth.

—Diles a las mujeres que corren por el bosque que la caza de compañeros es una oportunidad para encontrar un orco que las amará por siempre —dijo Rhoslyn.

—No puede ser verdad —la voz de Lyneth se quebró—. ¿O sí?

—Lo es.

Rhoslyn abrió los brazos.

—Ven aquí, hermanita. Necesito un abrazo.

—¡Rhoslyn! —sollozó Lyneth—. Te he extrañado tanto.

Lyneth corrió hacia mi compañera, y ambas se abrazaron y lloraron. Afortunadamente, sus lágrimas pronto se transformaron en risas.

Cuando se separaron, Lyneth me miró con cautela.

—Todavía no sé qué pensar sobre los orcos.

—Somos bastante asombrosos —aseguré.

Rhoslyn rio.

—Y este en particular es bastante engreído, te lo advierto. Pero lo adoro.

Lyneth me tendió la mano. Rhoslyn me había explicado que estrechar las palmas era una costumbre humana para sellar una presentación.

Tomando su mano, me incliné ante ella una vez más.

—Es un honor conocerte. Mi compañera habla mucho de ti. Te ha extrañado.

—Yo… —una sonrisa fugaz cruzó el rostro de Lyneth, y sus mejillas se tiñeron de rojo—. También es un honor conocerte, Jaus.

Su sonrisa se amplió cuando sus ojos se encontraron con los de Rhoslyn.

—Es bastante apuesto, ¿verdad? Solo había visto orcos de lejos. Es… grande. Muy musculoso.

Rhoslyn se apoyó contra mi costado.

—También es amable y gentil.

—¿Quieren entrar en la fortaleza? —Lyneth señaló la puerta—. Podríamos charlar más. Han sucedido cosas…

—¿Está todo bien?

Lyneth cerró los ojos un momento, y cuando los abrió, las lágrimas brotaron, recorriendo su rostro.

—Perdí a mi esposo por una fiebre hace un mes. Ha sido terrible, Rhos. No sabía cómo seguir adelante.

—Oh, hermana…

Rhoslyn la abrazó de nuevo, y lloraron juntas una vez más.

—No podemos entrar. Sabes cómo reaccionarían los demás al ver a un orco aquí.

—Ellos no saben lo que nosotras sí —los ojos de Lyneth se posaron en los míos—. Lamento no haberte recibido como debía. Siempre serás bienvenido en mi hogar, hermano.

—Gracias. Somos grandes, verdosos e imponentes. Entiendo que dudes en confiar en nosotros para algo más que protección.

—Ya no más.

Se apresuró a abrazarme, y yo sonreí a mi compañera, que asintió con nuevas lágrimas en los ojos.

Cuando nos separamos, atraje a Rhoslyn hacia mí.

Lyneth nos observó con aprobación.

—Me alegra que hayan venido. Te he echado mucho de menos, Rhos, pero saber que eres feliz con Jaus me da tranquilidad.

—Ella es mi pequeña compañera, mi preciosa esposa —dije.

—Ahora lo veo.

Lyneth y Rhoslyn se abrazaron una vez más, y luego Lyneth regresó lentamente a la fortaleza, recogiendo su cuchillo al pasar. Antes de cruzar la puerta, se giró y le lanzó un beso a Rhoslyn.

—Volveremos después de que nazca nuestro orcling —llamó Rhoslyn—. Tienes que conocerlo.

—¡No puedo esperar!

Lyneth entró, y la puerta se cerró con un estruendo tras ella.

—Me alegra tanto haber visto a mi hermana —dijo Rhoslyn, girándose en mi abrazo. Me sonrió con una mezcla de tristeza y alegría—. Pero creo que es hora de irnos a casa, ¿no crees, Jaus?

La tomé en mis brazos y la llevé de vuelta al bosque.

Antes de volar a casa, nos detendríamos en la tumba de sus padres, fuera de los muros de la fortaleza, para dejar flores.

CAPÍTULO 43

EPÍLOGO

RHOSLYN

La Víspera de la Siguiente Cacería

Nuestros amigos se unieron a nosotros en el balcón para una celebración. Nos reuníamos con frecuencia, celebrando el continuo éxito de las plantas de lindemint y la seguridad que habíamos encontrado en nuestra ciudad.

Aunque aún usábamos el balcón como punto de aterrizaje para Feyla, también habíamos amueblado el amplio espacio con un sofá, sillas y mesas, y nos encantaba relajarnos juntos aquí por las noches, contemplando las estrellas.

Eleri estaba sentada con Odik, su hija de un mes, Yusta, durmiendo en su regazo. Él le rodeaba los hombros con un brazo, y parecía ajeno a todo lo demás. Su hijo pequeño jugaba con juguetes cerca de ellos.

Madr alzó su copa en un brindis.

—Por la Caza de Compañeras. Que los machos de este año tengan tanto éxito como los de años anteriores.

Su mirada se cruzó con la nuestra con un anhelo evidente mientras pasaba los dedos por el colgante del Clan Lumen que colgaba de su cuello. Con forma de sol, representaba las montañas y los cielos sobre ellas.

—Que el colgante de mi clan brille para mí —murmuró, bajando la mirada a su copa.

Esperaba que este año fuera elegido. Decía que no le importaba cuando le preguntaba cómo estaba, asegurándome que se sentía bien, incluso feliz, pero podía notar su soledad. Disfrutaba vivir en las alturas de las montañas y nos visitaba con frecuencia, pero ¿quién no desearía tener un compañero a su lado? Por supuesto, quería que todos nuestros amigos encontraran amor y felicidad con una pareja. Todos merecíamos tener a alguien especial en nuestras vidas.

Shirra se movió en mi regazo, y sonreí al mirar a mi preciosa hija orcling. Con solo dos meses, tenía el hermoso cabello de Jaus, teñido de baya, y su piel era verde-dorada. Sus rasgos y cuerpo eran más delicados, como los míos, y sus ojos eran de mi brillante azul. Como eran casi de la misma edad, Eleri y yo esperábamos que nuestras hijas crecieran como mejores amigas.

Se despertó y comenzó a balbucear y a mover los pies. Era un bebé feliz, apenas se quejaba de la mañana a la noche.

—Finalmente, nuestra pequeña princesa despierta —exclamó Madr, dejando su copa y tomándola en brazos.

Seguía insistiendo en que estaba destinada al trono, pero nosotros solo sacudíamos la cabeza. El rey no había respondido la nota que le enviamos anunciando su nacimiento y aún no reconocía a Jaus como debía hacerlo.

—¿Le gustaría a mi hermosa sobrina dar un paseo con su tío?

Con ella acurrucada en sus brazos, Madr caminó lentamente por el balcón, señalándole los puntos de referencia mientras Shirra lo miraba con adoración y babeaba.

—¿Tendrás más orclings? —preguntó Eleri.

—Pensamos esperar hasta que Shirra camine —dijo Jaus.

Como sanadora, conocía las hierbas que prevenían el embarazo y las tomaría hasta que estuviéramos listos para tener otro orcling. También las había compartido con mis amigas. Amábamos a nuestros compañeros y a nuestros hijos, pero era un alivio poder decidir cuántos orclings queríamos tener.

—También queremos esperar hasta mudarnos por completo a mi hacienda en las estribaciones de las montañas —agregó Jaus.

—Estás renovando este edificio, ¿correcto? —preguntó Odik, haciendo un gesto hacia el balcón en general.

Asentí y tomé un sorbo de mi bebida.

—El comerciante del nivel más bajo trasladó su negocio, y necesitamos el espacio para cuando visitemos la ciudad.

—Ahora que ya no tenemos que temer los ataques de los dresalods, podemos vivir también en la planta baja —dijo Jaus—. Trasladaremos la cocina y los aposentos al primer nivel y añadiremos dormitorios en el área donde ahora está la cocina y la sala de estar.

—Les encantará tener dos hogares —dijo Eleri, apoyándose contra Odik—. Cerca del mar rara vez hace calor. La brisa del océano mantiene el clima fresco. Y pueden pasar otras temporadas en las colinas.

—¿Cómo van las plantaciones de lindemint? —preguntó Odik.

—Las hemos plantado a lo largo de los acantilados alrededor de toda la isla. Una vez que echan raíces, las tormentas no parecen afectarlas. Son resistentes, que es justo lo que necesitamos.

Ahora que Jaus ya no tenía que pasar tanto tiempo luchando contra los dresalods, había dirigido su atención y la de sus soldados a trasplantar los arbustos que no solo nos habían salvado la vida, sino que seguían protegiéndonos. Los dresalods seguían reproduciéndose, pero al menos ya no podían alcanzarnos. Cada vez que emergían del mar, se topaban con la hierba y muchos se daban cuenta de su error demasiado tarde.

—Hemos plantado arbustos de lindemint por muchos cliks debajo de la ciudad y seguimos avanzando hacia el norte —dijo Jaus—. Sin embargo, hemos descubierto algo más interesante sobre los dresalods.

Todos escuchamos con atención.

—Su número está disminuyendo.

—¿Realmente? —exclamó Odik. Tomó a su hija de los brazos de Eleri y la recostó sobre su hombro, dándole suaves palmaditas en la espalda mientras ella seguía durmiendo.

—Mi idea está funcionando, ¿verdad? —dije, sonriendo a Jaus—. Sé que al principio dudaste.

—Siempre te escucho, compañera.

Solté una risa.

—No al principio.

Se inclinó y besó mi nariz antes de dirigir a todos una sonrisa.

—Tiene razón, pero he aprendido de mis errores. Ahora que quemamos los cadáveres de los dresalods y usamos sus cenizas para fertilizar nuestros campos, los que quedan en el mar tienen menos alimento. Menos alimento significa menos crías de dresalod. No esperamos eliminarlos por completo, y ni siquiera estamos seguros de que debamos hacerlo, ya que limpian el fondo del mar comiendo desechos. Pero sería un alivio no tener que preocuparnos por sus ataques en grandes números otra vez.

—Por ese futuro —dijo Odik, alzando su copa.

Todos hicimos lo mismo, esperando que los hados nos protegieran y nos dieran la oportunidad de vivir en paz.

Jaus me sonrió e, inclinándose hacia adelante, me besó.

Pensar que al principio me resistí a él. Ahora, no podía imaginar amar a nadie más que a él y a nuestra hija. Pronto visitaríamos a mi hermana de nuevo para presumir a Shirra, y Madr venía a cenar al menos una vez por semana.

Tenía una nueva vida. Una nueva familia.

Acurrucada en el abrazo de Jaus, no había ningún otro lugar en el que quisiera estar.

¡Espero que hayas disfrutado la historia de Jaus y Rhoslyn!

Asegúrate de conseguir
El destino del orco, la historia de Madr.
Madr llega tarde a la caza. ¿Logrará otro macho llegar antes que él y reclamar a la mujer que está destinado a amar por el resto de su

vida?

Suscríbete a mi newsletter aquí

EL DESTINO DEL ORCO

¿Pueden una viuda solitaria y un orco con secretos encontrar el amor verdadero juntos?

Lyneth: Después de la muerte de mi esposo, mi aldea me empuja al bosque durante la caza de compañeras de monstruos, donde seré reclamada como la esposa de un orco.

He jurado que nunca volveré a amar, pero entonces soy reclamada por Madr, un orco fuerte y apuesto, quien sospecho que tiene secretos ocultos. Sobre su vox, una criatura similar a un dragón, vuela conmigo hacia su hogar. Sus cálidos brazos me mantienen a salvo, y su toque juguetón me hace replantearme todo lo que creía sobre mi pasado y mi futuro. ¿Me atreveré a entregarle mi corazón a un orco?

Madr: Cuando abdiqué el trono orco, planeé llevar una vida sencilla. Nunca esperé que los hados me unieran a Lyneth ni que me enamorara de ella tan rápido.

Pero alguien quiere matarme, y si no lo detengo, no sobreviviré lo suficiente para reclamar a mi nueva esposa.

El Destino del Orco es el Libro 3 de la serie de Caza de Compañeras para Monstruos. Espera un seductor príncipe orco con una creatividad... (ejem), una notable diferencia de tamaño, su despertar, solo una cama/proximidad forzada, una mujer en duelo que encuentra un nuevo amor, compañeros predestinados y un mundo de fantasía en el que querrás vivir.

Final feliz garantizado. Cada libro se puede leer de forma independiente, pero la serie es más divertida si se sigue en orden.

Libros en Orden:
La Pareja del Orco (Precuela)
El Deseo del Orco
El Destino del Orco
La Doncella del Orco
La Cautiva del Orco
El Sometimiento del Orco

Desliza hacia adelante para leer el Capítulo 1 . . .

Acerca del Autor

Ava Ross es una autora que ha figurado dos veces en la lista de USA *Today* Bestselling Authors y ha escrito numerosas novelas, todas con un romance dulce y apasionado. Se enamoró de los hombres con rasgos inusuales cuando vio Star Wars por primera vez, donde las criaturas alienígenas se hicieron populares. Vive en Nueva Inglaterra con su esposo (que, lamentablemente, no es un alienígena, aunque tiene su propio encanto), sus hijos y algunas mascotas.

avarosswrites(dot)com